

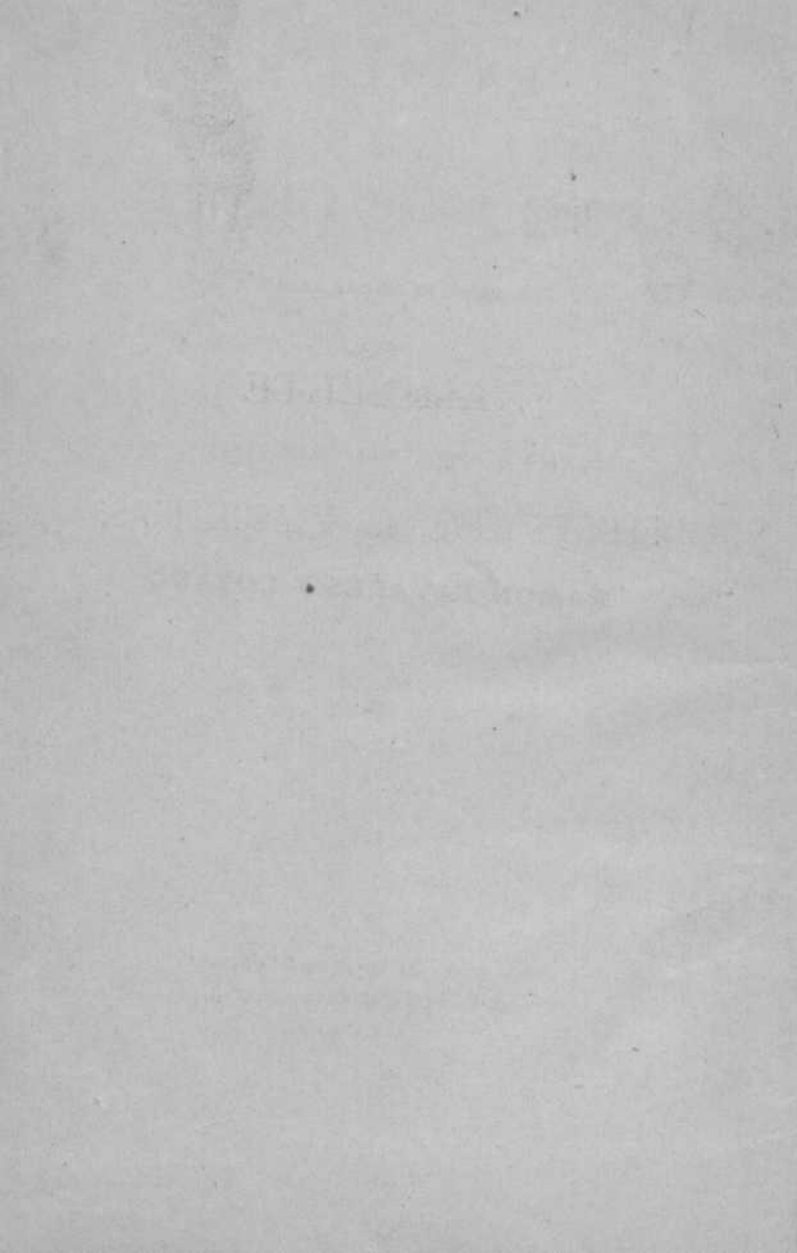
C. 1161542

L. 129786

RAMILLETE

DE

FLORES MÍSTICAS Y ASCÉTICAS.



RAMILLETE
DE
FLORES MÍSTICAS Y ASCÉTICAS

SACADAS DE LAS OBRAS

DE LA

inspirada y seráfica madre

SANTA TERESA DE JESUS,

POR

RAMON TAVARÉS Y LOZANO.

MADRID

BIBLIOTECA DE LA CIENCIA CRISTIANA,
calle de Villanueva, núm. 5.

1883

Tip. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Atocha, 68.



R. 97240

PRÓLOGO.

Gustoso y altamente satisfactorio me ha sido el trasladar para este librito, como de un rico y bien surtido plantel de lindas, aromáticas y delicadas flores, algunas de las muchísimas bellezas ascéticas y místicas de que están sembradas las obras de Santa Teresa de Jesús, tanto que pudiera decirse de ellas que son como un cielo puro y esplendente, tachonado de planetas y de astros de grande magnitud, brillantes á cual más y en extremo bellos todos.

En medio de tan singular placer me ví agobiado con el peso de tanta grandeza, y desde luego conocí mi incompetencia, noté mi pequeñez y no se me ocultó mi temeridad.

Todo ello no ha bastado para hacerme desistir de un empeño que, si bien laudable en sí, tiene para mí la desconfianza del buen éxito.

Impresionado con esta variedad de ideas, me dije : ¿quién podrá acercarse á ver y examinar, si-

quiera sea mesurada y comedidamente, el profundo abismo de tan elevados escritos? ¿Quién querrá descubrir los divinos arcanos, descorrer el tupido velo de aquellos tiernos coloquios, de aquellas conferencias íntimas y afectuosas que tuvo la Santa bendita, con su dulcísimo Jesús, de quien dijo: « Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor (1). »

A nada de esto me atrevo, ni tampoco me creo digno de pisar los umbrales de tan grandioso y místico castillo; pero, colocado ya en el camino, habré de seguir en él hasta llegarme y entrar respetuoso y con la mayor timidez, en el bello y amenísimo jardín de sus altísimas obras, en donde hay y encuentro, á cada paso que doy por sus áureas páginas, tantas, tan variadas y peregrinas flores espirituales, de tan suave y dulce olor, de tan marcada y grata fragancia, que habría, con su exuberante multitud, para componer muchos, muy preciados y vistosísimos ramilletes.

Dudo si habré sido afortunado en la eleccion de varias de esas bellísimas plantas de virtudes, para arreglar el piadoso vergel que encierra este escrito.

De grande gozo sería para mí el haber tomado y escogido para su composicion las más aceptas y

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXVII.

predilectas de la Santa, que sobresalen en sus maravillosos escritos por su esbeltez y lozanía, las más preciosas por su hermosura, las más agradables por su perfume y aroma celestial, y por fin las de más elevado matiz divino por su esmalte y brillantez.

El que lea éste mi opúsculo y haya pasado ratos de indecible gusto y complacencia, saboreando lectura tan deliciosa y amena como es la que, luciente y deslumbradora, se desprende de los incomparables libros de la Gloriosa Madre, á la manera que sale y brota á copiosos raudales de una hermosa fuente el agua más pura y más cristalina; podrá decir si he logrado humedecer mis labios y gustado siquiera algunas gotas de tan suave, dulcísimo y exquisito licor.

Pero, quien desee aproximarse más y más al modelo perfecto y acabado de elocuencia y de virtud; quien conocer quiera y apreciar mejor á la ilustre y elegante Escritora; quien gustare admirar entusiasmado á la gran Santa, abra y repase hoja por hoja, línea por línea, *inflamado su corazón en puro y recto espíritu* (1), las prodigiosas obras de la inmortal Madre Teresa de Jesús, y allí, en ese rico é inagotable manantial de excelente y sublimi-

(1) Cor mundum crea in me Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis. Ps. I, v. 12.

sima doctrina espiritual, apagará su sed de aprender; y en esa mina poderosa y fecunda de ciencia encantadora, celestial y divina, satisfará su ánsia de saber.

Ahora callo yo, para que hablen otros por mí: autoridades científicas de elevada reputacion y gran valía, dignísimas, y para que hablen con erudicion sólida, con pureza de estilo y convenientemente de los sublimes escritos, de los conventos y aún del mismo Serafin del Carmelo.

El eminente sabio P. Maestro fray Luis de Leon, del órden de San Agustin, dice : «Que son las es-
»crituras y libros, en los cuales, sin ninguna duda,
»quiso el Espiritu Santo que la Santa Madre Te-
»resa fuese un ejemplo rarísimo ; porque en la al-
»teza de las cosas que trata , y en la delicadeza y
»calidad con que las trata, escede á muchos inge-
»nios ; y en la forma del decir ; y en la pureza y
»facilidad del estilo , y en la gracia y buena com-
»postura de las palabras , y en una elegancia des-
»afeitada, que deleita en extremo, dudo yo que
»haya en nuestra lengua escritura que con ellos se
»iguale. Y así siempre que los leo, me admiro de
»nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que
»no es ingenio de hombre el que oigo: y no dudo
»sino que habla el Espiritu Santo en ella en mu-

«chos lugares, y que le seguía la pluma y la mano,
«que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas
«oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras
«en el corazón que los lee...

»Porque no solamente he trabajado en verlos y
»examinarlos, que es lo que el Consejo mandó;
»sino también en cotejarlos con los originales mis-
»mos que estuvieron en mi poder muchos días, y
»en reducirlos á su propia pureza en la misma ma-
»nera, que los dejó escritos de su mano la Santa
»Madre, sin mudarlos ni en palabras, ni en cosas
»que se habían apartado mucho los trabajos que
»andaban, ó por descuido de los escribientes, ó por
»atrevimiento y error. Que hacer mudanza en las
»cosas que escribió su pecho en quien Dios vivía,
»y que se presume la movía á escribirlas, fué atre-
»vimiento grandísimo, y error muy feo querer en-
»mendar las palabras; porque si entendieran bien
»el castellano, vieran que el de la Santa Madre es
»la misma elegancia (1).»

El R. P. fray Antonio de San José, Religioso
carmelita descalzo, anotador de las obras de la
mística Doctora, dice que: «Era, por cierto, su
»virginal cuerpo el pensil de los recreos de Dios,
»donde el Soberano jardinero labraba aquella ame-

(1) En la *Vida de Santa Teresa*, tomo 1.

»na tierra, para recrearse en las flores de su heróica
»virtud (1).

»Son jardines los Conventos de la Santa, como
»muchas veces se lo dijo el Señor, y en los jardi-
»nes sólo placen las flores de la primavera, no los
»árboles ya desnudos del otoño, ni las aristas secas
»del estío. En los jardines quiere el Esposo las
»plantas que dan delicia á su Divino Corazon, y
»éstas, dice San Juan de la Cruz, son las flores de
»las virtudes de las frescas mañanas de la juven-
»tud (2).

»Pues como en el Cielo hay distintas moradas,
»así hay muchos grados de virtud en las Comuni-
»dades, que son los cielos de la tierra. En el Cielo
»no sólo hay estrellas de primera magnitud, sino
»tambien de segundo y tercero orden, con bri-
»llante variedad de astros y planetas, y todos lucen
»y adornan la esfera, aunque con diferente luz.

»En los huertos y jardines no sólo se plantan y
»cultivan los lirios, azucenas, rosas y claveles, que
»descuellan sobre las demás flores, más tambien se
»aprecian y estiman la pequeña violeta y el hu-
»milde nardo y alhelí, con otras efímeras, humil-

(1) En las notas á la Carta VI, tomo III.

(2) En las notas á la Carta LXVI, tomo IV.

»des, que dan adorno y hermosura agradable al
»vergel (1).»

El Excmo. y Rmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, Obispo que fué de Osuna, dice sobre las Cartas de la Peregrina del Cielo: «Si los demás
»escritos de Santa Teresa, para llevar á Dios al-
»mas, han sido tan eficaces, yo estoy pensando que
»lo han de ser mucho más éstas espirituales Epís-
»tolas. Porque la misma Santa dejó escrito en su
»*Vida* el provecho interior que sentia un sacerdote
»en sí mismo al leer aquello que le escribia. Y que
»sólo con pasar por ello los ojos le templaba y ahu-
»yentaba muy graves tribulaciones (2).»

Después de juicios tan respetables, tan acertados y tan dignos, ¿quién se atreverá á elogiar las obras de Santa Teresa de Jesús, que lo pudiera hacer con más elocuencia y mayor elegancia? Además de ser tan profundas y de una sublimidad inimitable, son tan preciosas y tan bellas, de tanto solaz y entretenimiento divinos, que pudiera decirse de todas ellas lo que la misma Santa decia de sus Moradas con singular hermosura de lenguaje, harta gracia, encantador y florido estilo. «Una vez mostradas á
»gozar deste Castillo, en todas las cosas hallareis

(1) En las notas á la Carta LXVIII, tomo IV.

(2) En las *Cartas de Santa Teresa*, tomo I.

»descanso, aunque sean de mucho trabajo, con es-
»peranza de tornar á él, y que no os lo puede qui-
»tar naide. Aunque no se trata de más de siete Mo-
»radas, en cada una destas hay muchas, en lo bajo
»y alto, y á los lados, con lindos jardines, y fuen-
»tes y laberintos, y cosas tan deleitosas, que desea-
»reis deshaceros en alabanzas del gran Dios, que lo
»crió á su imágen y semejanza (1).»

A vos, por último, me dirijo, ¡oh, excelsa Madre Teresa de Jesús! y os ruego con encendido fervor, acojais benigna este pobre trabajo de mi *Ramillote de Flores místicas y ascéticas*, que más, muchísimo más, os pertenece que á mí, y useis de indulgencia y perdon, si no ha estado feliz en el acierto, con vuestro más entusiasta y rendido admirador, si bien el más pequeño é indigno de vuestros sumisos devotos, que desterrado en esta vida de miserias y de infortunio, espera postrado, y con el rostro en el polvo, le bendigais con aquella bendición, *Madre mia* (2), que reservais para vuestras queridas y más predilectas Hijas.

(1) *Moradas Sétimas*, cap. IV.

(2) Permitidme, Santa Bendita, que, aunque profano á vuestra Sagrada Orden, use éste tan dulce y sabrosísimo nombre, *Madre mia*, llamándoos como mi corazón quiere que os llame.

RAMILLETE

DE

FLORES MÍSTICAS Y ASCÉTICAS.

Misericordias Domini in æternum cantabo.
Cantaré eternamente las misericordias del
Señor.

Salmo LXXXVIII. V 2. (1)

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

**Del gran amor al Señor.—Ama el Señor
á quien le ama.**

1. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes, él le enseñará: mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué mas queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare, y siempre le tragere cabe de sí. Miremos al glorioso San

(1) Blasón que fué de Santa Teresa, segun el P. Gracian de la Madre de Dios. Prólogo sobre los Conceptos del Amor de Dios. Tm. II de las obras de la Santa.

Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús; como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestra dello en las llagas. San Antonio de Padua, en el Niño. San Bernardo se deleitaba en la Humanidad. (1)

2. También me parece que anda Su Magestad á probar quién le quiere, sino uno, sino otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, por avivar la fé, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: Mira, que esto es una gota del mar grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama; y como vé que le reciben así, da y se da. Quiere á quien le quiere, y qué bien querido y qué buen amigo. ¡Oh Señor de mi alma, y quién tuviere palabras para dar á entender, qué dais á los que se fían de Vos, y qué pierden los que llegan á este estado, y se quedan consigo mismos! (2)

CAPÍTULO II.

Del amor y temor de Dios.

1. Mas mirad, Hermanas, hay unas señales que parece que los ciegos las ven, no están secretas, aunque no queráis entenderlas, ellas dan voces, que hacen mucho ruido; porque no son muchos los que con perfección las tienen, y así se señalan

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXII.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXII.

más. Como quien no dice nada, amor y temor de Dios. Son dos castillos fuertes, de donde se da guerra al mundo y á los demonios. Los que de veras aman á Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre, y los favorecen y defienden; no aman sino verdades, y cosas que sean dignas de amar.

¿Pensais que es posible los que muy de veras aman á Dios, amar vanidades, ni riquezas, ni cosas del mundo, ni deleites, ni honras? Ni tienen contiendas, ni andan en envidias, todo porque no pretenden otra cosa sino contentar al Amado: andan muriendo, por que los ame, y ansí ponen la vida en entender cómo le agradarán más. Que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible esté muy encubierto: sino mirad un San Pablo, una Magdalena, en tres dias el uno comenzó á entenderse que estaba enfermo de amor (este fué San Pablo); la Magdalena desde el primer dia: ¡y cuán bien entendido! Que esto tiene, que hay más y menos, y ansí se da á entender; como la fuerza que tiene el amor, si es poco, dáse á entender poco; si es mucho, mucho: más poco ó mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende. (1)

2. ¡Cómo me he alargado! Pues no tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar con tal amor; ¡qué será tenerle! ¡Oh señor mio, dádmele Vos, no vaya yo desta vida, hasta que no quiera

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XL.

cosa della, ni sepa qué cosa es amar fuera de Vos, ni acierte á poner este nombre en nadie, pues todo es falso, pues lo es el fundamento y así no durará el edificio! No sé por qué nos espantamos, cuando oimos decir, aquel me pagó mal, estotro no me quiere, yo me rio entre mí. ¿Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer? En esto vereis quien es el mundo, que en ese mesmo amor os dá despues el castigo: y eso es lo que os deshace, porque siente mucho la voluntad de que la hayais traído embebida en juegos de niños.

Ahora vengamos al temor de Dios, aunque se me hace de mal no hablar en este amor del mundo un rato, porque os libraredes dél para siempre: mas porque salgo de propósito lo habré de dejar. El temor de Dios es cosa tambien muy conocida de quien le tiene y de los que le tratan; aunque quiero entendais, que á los principios no está tan crecido sino es en algunas personas, á quien (como he dicho) dá el Señor en breve rato, la sube á tan altas cosas de oracion, que desde luego se entiende bien. Mas á donde no van las mercedes en este crecimiento que, como he dicho, en una llegada deja un alma rica de todas las virtudes, váse creciendo poco á poco, y váse aumentando el valor y creciendo más cada dia. Aunque desde luego se entiende, porque luego se apartan de pecados, y de las ocasiones, y de malas compañías, y se ven otras señales. Mas cuando ya llega el alma á contemplacion (que es de lo que más ahora aquí tratamos), el temor de Dios tambien anda muy al descubierto, como el amor;

no va disimulado aún en lo exterior. Aunque con mucho aviso se miren estas personas, no las verán andar descuidadas, que por grande que le tengamos en mirarlas, las tiene el Señor de manera, que si gran interés se le ofrece, no harán de advertencia un pecado venial: los mortales temen como al fuego. Y estas son las ilusiones que yo querría, hermanos, que tuviésemos mucho, y supliquémos siempre á Dios, no sea tan récia la tentacion que le ofendamos, sino que nos venga conforme á la fortaleza que nos ha de dar para vencerla, que con limpia conciencia, poco daño ó ninguno os puede hacer. Esto es lo que hace al caso, este temor es el que yo deseo, que nunca se quite de nosotras, que es lo que nos ha de valer (1).

CAPÍTULO III.

Del amor de Dios y del prógimo.—Qué nos impide muchas veces el perdonar.

1. Lo que aquí pretende el demonio, no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que seria gran daño. Entendamos, hijas mias, que la perfeccion verdadera es amor de Dios y del prógimo, y miéntras con más perfeccion guardaremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa, sino de medios para guardar esto con mas perfeccion. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño: cada una se

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XLI.

mire á sí. Porque en otra parte os he dicho harto sobre esto, no me alargaré. Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderias, que á las veces no será imperfeccion, sino como sabemos poco, quizá lo echaremos á la peor parte, puede el alma perder la paz y áun inquietar la de las otras: mira si costaría caro la perfeccion. También podria el demonio poner esta tentacion con la Priora, y seria más peligrosa (1).

2. ¡Oh Señor! ¿Sois Vos nuestro dechado y Maestro? Sí por cierto: ¿pues en qué estuvo vuestra honra, honra de Maestro? No la perdistes por cierto en ser humillado hasta la muerte. No, Señor, sino que la ganastes para todos. ¡Oh! por amor de Dios, hermanas, que llevaremos perdido el camino, si fuésemos por aquí, porque va errado desde el principio. Y plega á Dios, que no se pierda algun alma, por guardar estos negros puntos de honra, sin atender en qué está la honra; vernemos despues á pensar que hemos hecho mucho, si perdonamos una cosita de estas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada: y muy como quien ha hecho algo, vernemos á que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadnos, mi Dios, á entender, que no nos entendemos, y que venimos vacías las manos, perdonadnos Vos por vuestra misericordia.

Mas que estimado debe ser del Señor este amarnos unos á otros; pues pudiera el buen Jesús po-

(1) *Moradas primeras*, cap. II.

nerle delante otras cosas, y decir : perdónanos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, ó porque rezamos mucho, y ayunamos, y lo hemos dejado todo por Vos, y os amamos mucho; y porque perderíamos la vida por Vos, y, como digo, otras muchas cosas que pudiera decir, sino sólo porque perdonamos. Por ventura, como nos conoce por tan amigos de esta negra honra, y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo y se la ofrece de nuestra parte (1).

CAPÍTULO IV.

De los bienes que hay en el cielo.—Qué dones da el Señor á los que ama.

1. Ahora pues, el gran bien que me parece á mí hay en el Reino del Cielo, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra, sino un sosiego y gloria en sí mismos, en alegrarse que se alegren todos, una paz perpétua, una satisfaccion grande en sí mismos, que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor, y bendicen su nombre y no le ofende nadie. Todos le aman, y la misma alma no entiende en otra cosa, sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce; y así le amaríamos acá, aunque no en esta perfeccion, ni en un ser, mas muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos, si le conociésemos (2).

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXXV.

(2) *Camino de perfeccion*, cap. XXX.

2. Pues quieroos avisar y acordar qué es su voluntad; no hayais miedo que sea daros riquezas, ni deleites, ni honores, ni todas estas cosas de acá; no os quiere tampoco, y tiene en mucho lo que dais, y quiere os lo pagar bien, pues os da su Reino, aún viviendo. ¿Quereis ver cómo se há con los que de véras le dicen esto? Preguntadlo á su hijo glorioso, que se lo dijo cuando la Oracion del Huerto: como fué dicho con determinacion, y de toda voluntad, mirá si lo cumplió bien en él, en lo que le dió de trabajos, dolores, injurias y persecuciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de Cruz. Pues veis aquí, hijas, á quien más amaba lo que dió, por donde se entiende cuál es su voluntad. Ansí que estos son sus dones en este mundo. Va conforme al amor que nos tiene. A los que ama más da estos dones; mas á los que ménos, ménos; y conforme el ánimo que ve en cada uno, y el amor que tiene á Su Majestad. Quien le amase mucho, verá que puede padecer mucho por él; al que amase poco, dará poco. Tengo yo para mí, que la medida de poder llevar gran Cruz ó pequeña, es la del amor.

Ansí que, Hermanas, si le teneis, procurad no sean palabras de cumplimiento las que decís á tan gran Señor, sino esforzaos á pasar lo que Su Majestad quisiere. Porque si de otra manera dais voluntad, es mostrar la joya, é irla á dar, y rogar que la tomen; y cuando estienden la mano para tomarla, tornáosla vos á guardar muy bien. No son estas burlas para con quien le hicieron tantas por

nosotros; aunque no hubiera otra cosa, no es razon que burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el *Pater noster* (1).

CAPÍTULO V.

Plática de Dios con el alma.—Manera de entenderse Dios y el alma.

1. Paréceme será bien declarar, cómo es este hablar que hace Dios al alma, para que v. m. lo entienda; porque desde esta vez que he dicho, que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, más con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, ó advertir á otra cosa, de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer, ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros (2).

2. Pues tornando á esta manera de entender, lo que me parece es, que quiere el Señor de todas

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXXII.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXV.

maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el Cielo : y paréceme á mí, que ansí como allá sin hablar se entienden (lo que yo nunca supe cierto es ansí, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese, y me lo mostró en un arrobamiento), ansí es acá, que se entienden Dios y el alma, con sólo querer Su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse á entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho, y tienen buen entendimiento, áun sin señas, parece que se entienden con sólo mirarse. Esto debe ser ansí, que sin ver nosotros, como de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el esposo á la esposa en los cantares, á lo que creo, hélo oído que es aquí (1).

CAPÍTULO VI.

Del estado del alma. — Descansa el alma gozando de Dios.

1. Paréceme ahora á mí, como sin navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo, porque en estotras maneras son tan grandes los efectos, que casi luego ve el alma su mejoría, porque luego bullen los deseos, y nunca acaba de satisfacerse un alma: esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, á quien Dios los da. Es como unas fuentecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el

(1) Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus. *Cantares*, vii, 10.—*Vida de Santa Teresa*, cap. XXVII.

arena hácia arriba. Al natural me parece este ejemplo, y comparacion de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquella agua, sino que la echa de sí. Ansí está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí, con el amor que tiene : ya la tiene á ella empapada en sí, querria bebiesen los otros, pues á ella no le hace falta, para que la ayudasen á alabar á Dios. O qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor á la Samaritana, y ansí soy muy aficionada á aquel Evangelio; y es ansí cierto, que sin entender, como ahora, este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenia dibujada á donde estaba siempre con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo : *Dómine, da mi aquam*. Parece tambien como un fuego que es grande, y para que no se apaque, es menester haya siempre qué quemar: ansí son las almas que digo, aunque fuese muy á su costa, que querrian traer leña, para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que áun con pajás que pudiese echar en él, me contentaría; y ansí me acaece algunas, y muchas veces; unas me rio, y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita á que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos y flores á imágenes, en barrer, ó en poner un oratorio, ó en unas cositas tan bajas, que me hacia confusion. Si hacia algo de penitencia, todo poco y de manera que á no tomar el Señor la voluntad, veia yo era sin ningun tomo, y yo

misma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo á ánimas que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande; porque le faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego, y ella muere, porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume, y hace ceniza, y se deshace en lágrimas, y se quema, y es harto tormento, aunque es sabroso (1).

2. Parece, Señor mio, que descansa mi alma, considerando el gozo que ternia, si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de Vos. Mas querria primero serviros, pues ha de gozar de lo que Vos sirviéndola á ella le ganastes. ¿Qué haré, Señor mio? ¿Qué haré, mi Dios? O qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábades Vos, Señor, grangeando y llamando para que toda me emplease en Vos. ¿Por ventura, Señor, desamparastes al miserable, ó apartastes al pobre mendigo, cuando se quiere llegar á Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas, ó vuestras magníficas obras? ¡Oh Dios mio y misericordia mia! ¡Y cómo las podeis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios: ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí, mirando el tiempo que ha perdido, y cómo en un punto podeis Vos, Señor, hacer que le torne á ganar. Paréceme que desatino, pues el tiempo perdido suelen decir, que no se puede tornar á cobrar.

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXX.

¡Bendito sea mi Dios. O Señor! Confieso vuestro gran poder: si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mio, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podeis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinacion creo que lo hareis Vos. ¿Y qué hay que maravillarse de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabeis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias, nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mio, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si quereis, podeis (1).

CAPÍTULO VII.

Desprendimiento que hemos de tener.— Que no es nada lo que dejamos por Dios.

1. Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfeccion. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con sólo el Criador, y no se nos dando nada por todo lo criado, Su Majestad infunde las virtudes de manera, que trabajando nosotras poco á poco lo que es en nosotras, no tenemos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los de-

(1) Exclamacion IV.

monios, y contra todo el mundo en nuestra defensa (1).

2. ¡Oh hermanas mías! que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéramos hacer por un Dios, que así se quiere comunicar á un gusano. Y si tenemos esperanza de aun en esta vida gozar deste bien, ¿qué hacemos? ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante, para que un momento dejemos de buscar á este Señor, como lo hacia la esposa por barrios y plazas? (2) ó qué es burlería todo lo del mundo, si no nos llega, y ayuda á esto, aunque duráran para siempre sus deleites, y riquezas, y gozos, cuantos se pudieran imaginar! Que es todo asco y basura, comparados á estos tesoros, que se han de gozar sin fin. Ni aún éstos no son nada en comparacion de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros, y del cielo y de la tierra (3).

CAPÍTULO VIII.

De las mercedes que nos hace el Señor con suma bondad.

1. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra á donde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron á la tierra de Promision los del pueblo de Israel (4), para que pase los trabajos

(1) *Camino de Perfección*, cap. VIII.

(2) *Per vicus, et plateas quæram quem diligit anima mea. Cantares*, cap. III, v. 2.

(3) *Moradas Sextas*, cap. IV.

(4) *Absciderunt palmitem cum uvasua, quem portaverunt in vecta duo viri. Num. V. c. XIII, v. 24.*

deste camino tan trabajoso, sabiendo á donde ha de ir á descansar. Aunque cosa que pasa tan de presto, no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor. Por donde se ve bien no ser cosa del demonio; que de la propia imaginacion es imposible, ni el demonio podría representar cosas que tanta operacion, paz, y sosiego, y aprovechamiento dejan en el alma, en especial tres cosas muy en subido grado.

La primera, conocimiento de la grandeza de Dios; porque mientras más cosas viéremos della, más se nos da á entender. La segunda propio conocimiento, y humildad de ver como cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, le ha osado ofender, ni osa mirarle. La tercera, tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueran las que pueda aplicar para servicio de tan gran Dios. Estas son las joyas que comienza el Esposo á dar á su Esposa, y son de tanto valor, que no las porná á mal recaudo, que así quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas, hasta que las goce para siempre, si no fuese para grandísimo mal suyo: mas el Esposo que se las da, es poderoso para darle gracia que no las pierda. Pues tomando el ánimo que es menester, ¿pareceos que es tan liviana cosa? Que verdaderamente parece que el alma se aparta del cuerpo, porque se ve perder los sentidos, y no entiende para qué. Menester es, que le dé, el que dá todo lo demás. Direis que bien pagado va este temor. Así

lo digo yo; sea para siempre alabado el que tanto puede dar. Plegue á Su Majestad, que nos dé para que merezcamos servirle. Amen (1).

2. Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para qué hace el Señor estas mercedes en este mundo. Aunque en los efectos dellas los habreis entendido (si advertísteis en ello), os lo quiero tornar á decir aquí, porque no piense alguna, que es para sólo regalar estas almas, que sería grande yerro, que no nos puede Su Majestad hacerle mayor, que es darnos vida, que sea imitando á la que vivió su hijo tan amado; y así tengo yo por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho muchas veces, para poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto, que los que más cercanos anduvieron con Cristo Nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos; miremos á los que pasó su gloriosa Madre, y los gloriosos apóstoles.

¿Cómo pensais que pudiera sufrir San Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efectos hacen las verdaderas visiones, y contemplacion, cuando es de Nuestro Señor, y no imaginacion, ó engaño del demonio. ¿Por ventura escondióse con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo dia de descanso (á lo que podemos entender), y tampoco le debia de tener de noche, pues en ella ganaba lo que habia de comer. Gusto yo mucho de San Pedro,

(1) *Moradas sextas*, cap. V.

cuando iba huyendo de la cárcel, y le apareció Nuestro Señor, y le dijo que iba á Roma á ser crucificado otra vez. Ninguna rezamos esta fiesta á donde esto está, que no me es particular consuelo, cómo quedó San Pedro desta merced del Señor, ó qué hizo? Irse luego á la muerte, y no es poca misericordia del Señor, hallar quien se la dé (1).

CAPÍTULO IX.

El Señor no mira tanto la grandeza de las obras, como el amor con que se hacen.—Nuestra nada en presencia de Dios.

1. En fin, hermanas mias, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras, como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vamos pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida (y quizá será más poco de lo que cada uno piensa), interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la Cruz por nosotros al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras. Plegue á Su Majestad, Hermanas é Hijas mias, que nos veamos todas adonde siempre le alabemos, y me dé gracia para que yo obre algo de lo que os

(1) *Moradas sétimas*, cap. IV.

digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reina por siempre jamás. Amen. Que yo os digo, que es harta confusion mia, y así os pido por el mesmo Señor, que no olvideis en vuestras oraciones á esta pobre pecadora. Amen (1).

2. O vida, vida, ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de tu vida? En tanta soledad, ¿en qué te empleas? ¿Qué haces, pues todas tus obras son imperfectas y faltas? ¿Qué te consuela, o ánima mia, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no viví lastimada. O Señor, que vuestros caminos son suaves! Mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy á servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, sino me lo dais Vos. ¡O Dios mío! ¡Misericordia mía! ¿Qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos haceis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría, pues la mesma sois Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quájase la voluntad, porque querría que nadie la estorbase á amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar, y no vé cómo, puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo la estorba, aunque primero fué ayudada en

(1) *Moradas sétimas*, cap. IV.

la consideracion de vuestras grandezas, adonde se hallan mejor las innumerables bajezas mias. ¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye sino Vos, Padre y Criador mio? Pues para entender Vos mi pena, ¿qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estais dentro de mí? Este es mi desatino. Mas ¡ay Dios mio! ¿Cómo podré yo saber cierto, que no estoy apartada de Vos? ¡O vida mia! ¡Que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te deseará, pues la ganancia que de tí se puede sacar, ó esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta y llena de peligros (1)?

CAPÍTULO X.

**Invocacion al Señor y palabras de gran consuelo.—
Con Dios ó por Dios.**

1. O Señor mio, cómo sois Vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuando quereis podeis, nunca dejais de querer si os quieren. Alaben os todas las cosas. Señor del mundo. ¡O quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan, vos Señor de todas ellas nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama. ¡O Señor mio, qué delicada, y pulida, y sabrosamente los sabeis tratar! ¡O quién nunca se hubiese detenido en amar á nadie, sino á Vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama

(1) Exclamacion I.

para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡O Dios mio, quién tuviera entendimiento, y letras, y nuevas palabras, para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma ! Fáltame todo, Señor mio, más si Vos no me desamparais, no os faltaré yo á Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíguenme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me falseis vos Señor, que ya tengo esperiencia de la ganancia con que sacais á quien en solo Vos confia. Pues estando en esta tan gran fatiga (aun entónces no habia comenzado á tener ninguna vision) sólas estas palabras bastaban para quitármela y quietarme del todo: *No hayas miedo hija, que yo soy, y no te desampararé, no temas.* (1)

2. No hay que temer, andando (como he dicho) en verdad delante de Su Majestad, y con limpia conciencia. Para esto (como he dicho) querria yo todos los temores, para no ofender en este punto á quien en el mesmo punto nos puede deshacer. Que contento Su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, que no lleve las manos á la cabeza. Podráse decir, que así es; mas que, ¿quién será esta alma tan recta, que del todo le contenta, que por eso teme? No la mia por cierto, que es muy miserable y sin provecho, y llena de mil miserias; mas no egecuta Dios con las gentes, que entiende nuestras flaquezas, mas por grandes congeturas siente

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXV.

el alma en sí, si le ama de verdad, porque en las que llegan á este estado, no anda el amor disimulado, como á los principios, sino con tan grandes ímpetus, y deseo de ver á Dios, como despues diré, ó queda dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, sino es con Dios, ó por Dios: no hay descanso, que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso. (1)

CAPÍTULO XI.

**Larga es la vida para el alma que se desea ver
en la presencia de Dios.**

¡Ay de mí! ¡Ay de mí, Señor! Que es muy largo este destierro, y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡O Jesús! ¡Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con ella la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dais á este padecer? No le hay sino cuando se padece por Vos. O mi suave descanso de los amadores de mi Dios! No faltais á quien os ama, pues por vos ha de crecer, y mitigarse el tormento que causa el amado al alma que le desea. Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales: siendo esto así, no culpareis á mi deseo. Véisme aquí, Señor,

(1) *Vida de Santa Teresa, cap. XXVI.*

si es necesario vivir para haceros algun servicio, no rehusó todos cuantos trabajos en la tierra me puedan venir, como decia vuestro amado San Martin. Mas ¡ay dolor! ¡ay dolor de mí, Señor mio! Que tenia obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para mas. Valgan mis deseos, Dios mio, delante de vuestro divino acatamiento, y no mireis á mi poco merecer. Merezcamos todos amaros, Señor, ya que se ha de vivir, vívase para Vos, acá-bense ya los deseos é intereses nuestros: ¿qué mayor cosa puede ganar que contentaros á Vos? ¡O contento mio y Dios mio! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos á mi Dios: ¿pues para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mia? Espera, espera, que no sabes cuando vendrá el dia, ni la hora. Vela con cuidado, que todo pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes á tu Dios, y más te gozarás con tu amado con gozo y deleite que no puede tener fin. (1)

CAPÍTULO XII.

Todo mi bien, Dios mio, está en contentaros.

¡O Dios mio, y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! O amor, que me amas más de lo

(1) Exclamacion XV.

que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisieredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedir cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mi deseo desear, teneis Vos ya entendidos sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar? En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque si os pido que me libreis de un trabajo, y en aquel está el fin de mi mortificacion, ¿qué es lo que pido, Dios mio? Si os suplico que me le deis, no conviene por ventura á mi paciencia, que aun está flaca, y no puede sufrir tan gran golpe: y si con ella le paso, y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y haceislo Vos todo, mi Dios. Si quiero padecer más, no querria en cosas en que parecè no conviene para vuestro servicio perder el crédito, ya que por mí no entienda en mi sentimiento de honra, y podrá ser, que por la mesma causa que pienso se ha de perder, se gane más para lo que pretendo, que es serviros. Muchas cosas más pudiera decir en esto, Señor, para darme á entender que no me entiendo: mas como sé que las entendeis, ¿para qué hablo? Para que cuando veo despierta mi miseria, Dios mio, y ciega mi razon, pueda ver si la hallo aquí en este escrito de mi mano: que muchas veces me veo, mi Dios, tan miserable, y flaca, y pusilánime, que ando á buscar qué se hizo vuestra sierva, la que ya le parecia tenia recibidas mercedes de Vos para pelear contra las tempestades deste mundo.

Que no, mi Dios, no, no más confianza en ccsa que yo pueda querer para mí; quered Vos de mí lo que quisiéredes querer, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros: y si Vos, Dios mio, quisiéredes contentarme á mí, cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que iría perdida. ¡Qué miserable es la sabiduría de los mortales, é incierta su providencia! Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva más á vuestro gusto, que al suyo. No me castigéis en darme lo que yo quiero, ó deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre) no lo deseare. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo; para que yo le pueda servir él viva, y me dé vida: él reine y sea yo cautiva, que nõ quiere mi alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ageno? ¿Qué mayor, ni más miserable cautiverio, que estar el alma suelta de la mano de su Criador? ¡Dichosos los que con fuertes grillos, y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos é inhabilitados para ser poderosos para soltarse! Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡O quién se viese ya muerto de sus manos, y arrojado en este divino infierno, de donde, de donde ya no se esperase poder salir, ó por mejor decir, no se temiese verse fuera! ¡Mas ay de mí, Señor, que mientras dura esta vida mortal, siempre corre peligro la eterna! Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte! Súfrote porque sufre Dios, y manténgote, porque eres suya;

no me seas traidora, ni desagradecida. Con todo esto, ay de mí, Señor, que mi destierro es largo: breve es todo tiempo, para darle por vuestra eternidad; y muy largo es un sólo día, y una hora para quien no sabe, y teme si os ha de ofender. Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad, sino vives enclavado con el temor, y amor de quien te crió! O cuándo será aquel dichoso día, que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, donde yá no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios. Él es bienaventurado, porque se conoce, y ama, y goza de sí mismo sin ser posible otra cosa: no tiene ni puede tener, ni fuera perfeccion de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí, y dejarse de amar. Entónces, alma mia, entrarás en tu descanso, cuando te entrañases con este sumo bien, y entendieses lo que entiende, y amases lo que ama, y gozases lo que goza. Ya que vieses perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza, porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho partícipera de su divina naturaleza, con tanta perfeccion, que ya no puedes, ni deseas poder olvidarte del Sumo bien, ni dejar de gozarle junto con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro desta vida. Mas tú, alma mia, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aun ahora me confesaré á él mis pecados, y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanzas con suspiros perpetuos al Salvador mio, y Dios mio: podrá ser vaya

algun dia cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos: mas entre tanto en esperanza, y silencio será mi fortaleza. Mas quiero vivir y morir en pretender, y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas, y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en tí espero, no sea confundida mi esperanza, sirvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres. (1)

CAPITULO XIII.

Quién más amigo de dar que el Señor.—Se halla la suma perfeccion en estar nuestra voluntad conforme con la de Dios.

1. O grandeza de Dios! Y cómo mostrais vuestro poder en dar osadía á una hormiga! Y cómo, Señor mio, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Cómo nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores, y prudencias humanas; ansí, Dios mio, no obrais Vos vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién más amigo de dar, si tuviese á quien, ni de recibir servicios á su costa? Plega á Vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno, y no tenga mas cuenta que dar de lo mucho que he recibido. Amen (2).

2. Acuérdome, que me contó un Religioso, que

(1) *Exclamacion.* XVII.

(2) *Fundaciones.* cap. II.

habia determinado, y puesto por sí, que ninguna le mandase el Prelado, que digese de no, por trabajo que le diese; y un dia estaba hecho pedazos de trabajar, y ya tarde, que no se podia tener, y iba á descansar, sentándose un poco, y topóle el Prelado y díjole, que tomase el hazadon, y fuese á cabar á la huerta; él calló, aunque bien affligido el natural, que no se podia valer, tomó su hazadon, y yendo á entrar por un tránsito que habia en la huerta (quē yo ví muchos años despues que él me lo habia contado, que acerté á fundar en aquel lugar una casa), se le apareció nuestro Señor con la Cruz á cuestas, tan cansado y fatigado, que le dió bien á entender, que no era nada el que él tenia en aquella comparacion. Yo creo, que como el demonio ve que no hay camino que más pronto lleve á la suma perfeccion, que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades, debajo de color de bien, y esto se note bien, y verán claro que digo verdad. En lo que está la suma perfeccion, claro está que no es en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos, ni en visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo amargo, como lo sabroso, entendiendo que lo quiere Su Majestad. Esto parece dificultosísimo, no el hacerlo, sino este contentarnos con lo que de todo en todo nuestra voluntad contradice conforme á nuestro natural, y así es verdad que lo es; mas esta fuerza tiene el amor (si

es perfecto), que olvidamos nuestro contento, por contentar á quien amamos. Y verdaderamente es así, que aunque sean grandísimos trabajos, entendiendo contentamos á Dios, se nos hacen dulces; y desta manera aman los que han llegado aquí en las persecuciones, y deshonras y agravios (1).

CAPITULO XIV.

**Bien que se recibe en los trabajos.—De los trabajos.
Dios á quien ama dá trabajos.**

1. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien, que es pasar trabajos, y persecuciones por él; porque fué tanto el acrecentamiento que ví en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos, y las otras personas pensaban que estaba muy corrida: y sí estuviera, si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios, que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba, y no decia á nadie estas ganancias (2).

2. Desear trabajos á las que tienen oración, es muy ordinario, estando sin ellos; mas estando en los mismos trabajos, alegrarse de padecerlos, no es de muchos (3).

3. Sea Dios por todo bendito. Bien parece que

(1) *Fundaciones*, cap. V.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXIII.

(3) *Fundaciones*, cap. XII.

en esa casa le aman, pues de tantas maneras dá trabajos, para que sufridos con la paciencia que se llevan, pueda hacer mayores mercedes. Harto grande será, que se vaya entendiendo lo poco que se ha de hacer caso de vida, que tan de continuo, da á entender que es percedera; y se ame, y procure la que nunca se ha de acabar (1).

CAPITULO XV.

Que por ser tan accepta á Dios, fué conveniente la probase la tribulacion (2).—A mayores trabajos corresponde más gloria.

1. Sea Dios bendito, que hemos de ver eternidad sin mudanzas de tiempos. Plegue á Su Majestad se pase este de manera, que podamos gozar de tan gran bien. Así me ha probado la tierra de manera, que no parece nació en ella: no creo he tenido mes y medio de salud, y esto al principio, que vió el Señor, que sin ella no se podía asentar entonces nada: ahora Su Majestad lo hace todo: yo no entiendo sino en regalarme: en especial tres semanas há, que sobre las cuartanas me dió dolor en un lado, y esquinancia. El uno destos males bastaba para matar, si Dios fuera servido; mas no parece le ha de haber que llegue á hacerme este bien (3).

2. Págue nuestro Señor á Vm. la merced que siempre me hace. Alcánzame tanta parte de los tra-

(1) Carta V, tomo 3.º

(2) Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio provaret te. *Tobias*, cap. XII, v. 13.

(3) Carta VI, tomo 3.º

bajos de Vm., que si así los pudiese remediar, ya serian acabados. Mas como soy tan ruin, merezco poco delante de nuestro Señor. Sea por todo alabado, que pues así lo permite, debe de convenir, para que Vm. tenga más gloria. ¡O mi Señora, qué grandes son los juicios deste gran Dios! Verna tiempo que lo precie Vm. más que cuantos descansos ha tenido en esta vida. Ahora duélenos lo presente; mas si consideramos el camino que Su Majestad tuvo en esta vida, y todos los que sabemos que gozan de su Reino, no habria cosa que más nos alegrase que el padecer; ni la debe haber más sigura, para asegurar vamos bien en el servicio (1).

CAPITULO XVI.

De las Fundaciones.

1. No pongo en estas Fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con frios, con soles, con nieves, que venia vez no cesarnos en todo el dia de nevar; otras, perder el camino; otras con hartos males y calenturas, porque (gloria á Dios) de ordinario es tener yo poca salud, sino que veia claro que Nuestro Señor me daba esfuerzo. Porque me acaecia algunas veces que se trataba de Fundacion, hallarme con tantos males y dolores, que yo me congojaba mucho; porque me parecia, que aún para estar en la celda sin acostarme no estaba, y tornarme á nuestro Señor, quejándome á Su Majestad,

(1) Carta LVI, tomo 3.º

y diciéndole, que cómo quería hiciese lo que no podía: y despues, aunque con trabajo, Su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponía, y el cuidado, parece que me olvidaba de mí (1).

2. Estando yo un dia acabando de comulgar, puesta en estas dudas, y no determinada de hacer ninguna fundacion, habia suplicado á nuestro Señor me diese luz, para que en todo hiciese yo su voluntad; y la tibieza no era de suerte, que jamás un punto me faltaba este deseo, díjome nuestro Señor con una manera de reprension: *¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mesmo que he sido soy ahora, no dejes de hacer estas dos fundaciones.* ¡O gran Dios! Y cómo son diferentes vuestras palabras de las de los hombres! Ansí quedé determinada y animada, que todo el mundo no bastara á ponerme contradiccion, y comencé luego á tratar dello, y comenzó nuestro Señor á darme medios (2).

3. Sin es por quien pasa, no se creerá el contento que se recibe en estas fundaciones, cuando nos vemos ya con clausura, donde no puede entrar persona seglar, que por mucho que los queramos, no basta para dejar de tener este gran consuelo de vernos á sólas. Paréceme que es como cuando en una red se sacan muchos peces del rio, que no pueden vivir sin los tornan al agua; ansí son las almas mostradas á estar en las corrientes de las aguas de su Esposo, que sacadas de allí á ver las redes de las cosas del mundo, verdaderamente no se vive hasta

(1) *Fundaciones*, cap. XVIII.

(2) *Fundaciones*, cap. XXIX.

verse tornar allí. Esto veo en todas estas Hermanas: siempre, esto entiendo de experiencia, que las Monjas que vieren en sí deseo de salir fuera entre seglares, ó de tratarlos mucho, temen que no han topado con el agua viva que dijo el Señor á la Samaritana (1), y que se las ha escondido el Esposo: y con razon, pues ellas no se contentan de estarse con él. Miedo que nace de dos cosas, ó que ellas no tomaron este estado por sólo él, ó que despues de tomado no conocen la gran merced que Dios les ha hecho en escogerlas para sí, y librarlas de estar sujetas á un hombre, que muchas veces las acaba la vida, y plegue á Dios no sea tambien el alma. ¡O verdadero Hombre y Dios, Esposo mio! En poco se debe tener esta merced. Alabémosle, Hermanas mías, porque nos la ha hecho, y no nos cansemos de alabar á tan gran Rey y Señor, que nos tiene aparejado un Reino, que no tiene fin, por un trabajillo envuelto en mil contentos, que se acabarán mañana. Sea por siempre bendito. Amen. Amen (2).

CAPÍTULO XVII.

De los Monasterios.

1. Es esta casa un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar á Dios Nuestro Señor, y no hace caso de contento suyo, y tiene muy buena vida: en queriendo algo más, lo perderá todo, porque no lo puede tener. Y

(1) Domine da mihi hanc aquam. S. Juan, cap. IV, v. 15.

(2) *Fundaciones*, cap. XXXI.

alma descontenta, es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar le da en rostro; y lo que los sanos comen con gran gusto, le hace asco en el estómago (1).

2. Una vez estando en una necesidad, que no sabia qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me apareció San José, mi verdadero Padre y Señor, y me dió á entender, que no me faltarian, que los concertase, y así lo hice sin ninguna blanca, y el Señor, por manera que se espantaban los que lo oían, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser Monasterio, y queria comprar otra, ni habia con qué, ni habia manera para comprarse, ni sabia qué me hacer, que estaba junta á ella otra tambien harto pequeña para hacer la iglesia; y acabando un dia de comulgar, díjome el Señor: *Ya te he dicho que entres como pudieres. Y á manera de exclamacion tambien me dijo: ¡O codicia del género humano, que áun tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener á donde me meter! Yo quedé muy espantada, y ví que tenia razon, y voy á la casita, y tracéla y hallé, aunque bien pequeño, Monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase en ella, de manera que se puede vivir, todo tosco y sin labrar, no más de como no fuese dañoso á la salud, y así se ha de hacer siempre (2).*

(1) *Camino de Perfeccion*, cap. XIII.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXIII.

3. Pues comenzando á poblarse estos palomarcitos de la Virgen Nuestra Señora, comenzó la Divina Majestad á mostrar sus grandezas en estas mujercitas flacas, aunque fuertes en los deseos, y en el desasirse de todo lo criado, que debe ser lo que más junta el alma con su Criador, yendo con limpia conciencia. Esto no habia menester señalar, porque si el desasimiento es verdadero, paréceme no es posible sin él no ofender al Señor; y como todas las pláticas, y trato no sale dél, así Su Majestad no parece se quiere quitar de con ellas. Esto es lo que veo ahora, y con verdad puedo decir: teman las que están por venir, y esto leyesen; y si no vieren lo que ahora hay, no lo echen á los tiempos, que para hacer Dios grandes mercedes á quien de veras le sirve, siempre es tiempo, y procuren mirar si hay quiebra en esto, y enmendarla.

Oyo algunas veces de los principios de las órdenes decir que (como eran los cimientos) hacia el Señor mayores mercedes á aquellos Santos nuestros pasados, y es así, más siempre habian de mirar, que son cimientos de los que están por venir; y si ahora los que vivimos no hubiésemos caído de lo que los pasados, y los que viniesen despues de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaría firme el edificio. ¿Qué me aprovecha á mí que los santos pasados hayan sido tales, si yo soy tan ruin despues, que dejo estragado con la mala costumbre el edificio? Porque está claro, que los que vienen no se acuerdan tanto de los que há muchos años que pasaron, como de los que ven presentes. Donosa

cosa es, que lo eche yo á no ser de las primeras, y no mire la diferencia que hay de mi vida y virtudes á la de aquellos, á quien Dios hacia tan grandes mercedes.

O válame Dios! ¡Qué disculpas tan torcidas, y qué engaños tan manifiestos! No trato de los que fundan las religiones, que como los escogió Dios para gran oficio, dióles más gracia. Pésame á mí, mi Dios, de ser tan ruin, y tan poco en vuestro servicio; mas bien sé que está la falta en mí, de no me hacer las mercedes que á mis pasados. Lastímame mi vida, Señor, cuando la cotejo con la suya, y no lo puedo decir sin lágrimas. Veo que he perdido yo lo que ellos trabajaron, y que en ninguna manera me puedo quejar de Vos, ni ninguna es bien que se queje, sino que si viese va cayendo en algo su orden, procure ser piedra tal, con que se torne á levantar el edificio, que el Señor ayudará para ello (1).

4. Los seglares en caso de interese miran poco á la razon. A esa Madre Priora no le falta, que como está mostrada á las sobras de Pastrana, hála quedado poca pobreza de espíritu, que á mí me daba pena, y dará cada vez que entienda esto: porque estas casas á gloria de Dios se han fundado, sólo confiando en él; y ansí temo que en comenzando á poner la confianza en medios humanos, nos han de faltar algo de los divinos (2).

(1) *Fundaciones*, cap. IV.

(2) Carta XXXI, tomo IV

CAPITULO XVIII.

De los confesores.

1. Siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados; porque no los tenia de tan buenas letras como quisiera. He visto por esperiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fian de sí, sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiára; y buen letrado nunca me engañó (1).

2. Tratando con aquel siervo de Dios, que lo era harto y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabia este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oracion, porque no iba bien fundada, ni habia comenzado á entender mortificacion: y era ansí, que áun el nombre no me parecia entendia, que en ninguna manera dejase la oracion, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacia tan particulares mercedes, que qué sabia si por mis medios queria el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que despues el Señor ha hecho conmigo), que ternia mucha culpa, sino respondia á las mercedes que Dios me hacia. En todo me parecia hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, segun se

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. V.

imprimia en ella. Hízome gran confusion, llevóme por medios, que parecia del todo me tomaba otra. Qué gran cosa es entender un alma! Díjome que tuviese cada día oracion en un paso de la Pasion, y que me aprovechase dél, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera, que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada, y el Señor, que me ayudó y á él para que entendiese mi condicion, y cómo me habia de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido destes benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido (1).

3. El me dió grandísima luz, porque al ménos en las visiones que no eran imaginarias, no podia yo entender qué podia ser aquello, y parecíame que en las que veía con los ojos del alma, tampoco entendia cómo podia ser; que, como he dicho, sólo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía á mí habia de hacer caso, y éstas no tenia. Este santo hombre (2) me dió luz en todo, y me lo declaró y dijo, que no tuviese pena, sino que alabase á Dios y estuviese tan cierta, que era espíritu suyo que, sino era la fe, cosa más verda-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXIII.

(2) Fr. Pedro de Alcántara.

dera no podia haber ni que tanto pudiese creer; y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor y merced, y siempre despues tuvo mucha cuenta conmigo, y dábame parte de sus cosas y negocios; y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra (que éstos dábamelos el Señor muy determinados) y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo. Que á quien el Señor llega á este estado, no hay placer ni consuelo que se iguale á topar con quien le parece le ha dado el Señor principios desto; que entónces no debía yo de tener mucho más, á lo que me parece, y plega al Señor lo tenga ahora: túvome grandísima lástima. Díjome, que uno de los mayores trabajos de la tierra, era el que habia padecido, que es contradiccion de buenos, y que todavía me quedaba harto (1).

4. Jesús sea siempre con vuestra merced. Yo le digo mi Padre, que ya mis holguras, á mi parecer, no son deste Reino, porque lo que quiero no lo tengo; lo que tengo no lo quiero. Que es el mal que lo que solia holgarme con los confesores, ya no es: ha de ser más que confesor: ménos que cosa que sea como alma no hinche su deseo. Por cierto que me ha aliviado escribir esta: déle Dios á vuestra merced siempre en amarle (2).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXX.

(2) Carta Xv III, tomo IV.

CAPÍTULO XIX.

San José.—San Agustín.

1. Tomé por Abogado y Señor al glorioso San José, y encomendéme mucho á él: vi claro que así desta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mio me sacó con más bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo esperiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenia nombre de padre siendo ayo, le podia mandar, así en el cielo hace cuanto le pide...

Quería yo persuadir á todos fuesen devotos deste glorioso Santo, por la gran esperiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme há algunos años, que cada año en su dia le pido una cosa y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la peticion, él la endereza para más bien mio...

Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyese, y verá por esperiencia el gran bien, que es encomendarse á este glorioso Patriarca y tenerle devocion, en especial personas de oracion, siempre le habian de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare Maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso Santo por Maestro, y no errará el camino (1).

2. Yo soy muy aficionada á San Agustin, porque el Monasterio donde estuve seglar era de su órden; y tambien por haber sido pecador, que de los santos, que despues de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos habia de hallar ayuda; y que como los habia el Señor perdonado, podia hacer á mí: salvo, que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que á ellos sola una vez los habia el Señor llamado, y no tornaban á caer, y á mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenia, tornaba á animarme, que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces (2).

CAPÍTULO XX.

Concierto en todo.—Dios es buen pagador.

1. Aunque parezca cosa no conveniente comenzar por lo temporal, me ha parecido, que para que

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VI.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. IX.

lo espiritual ande siempre en aumento, es importantísimo, aunque en Monasterios de pobreza no lo parece; mas en todas partes es menester haber concierto, y tener cuenta con el gobierno, y concierto de todo. Presupuesto primero, que al prelado le conviene grandísimamente haberse de tal manera con las súbditas, que aunque por una parte sea afable, y las muestre amor; por otra dá á entender, que en las cosas sustanciales ha de ser riguroso, y por ninguna manera blandear. No creo hay cosa en el mundo, que tanto dañe á un prelado, como no ser temido, y que piensen los súbditos, que pueden tratar con él, como con igual, en especial para mujeres, que si una vez entienden qué hay en el prelado tanta blandura, que ha de pasar por sus faltas, y mudarse por no desconsolar, será bien dificultoso el gobernarlas (1).

2. ¡O hijas mías, que Dios es buen pagador y teneis un Señor y Esposo, que no se le pasa nada sin que lo vea y entienda! y así aunque sean cosas muy pequeñas, no dejeis de hacer por su amor lo que pudiéredes, que Su Majestad las pagará por grandes, que no mira sino el amor con que las hicieredes (2).

(1) *Modo de visitar los conventos de Religiosas.*

(2) *Conceptos, cap. I.*

CAPITULO XXI.

Pasa la figura de este mundo (1).—Ejemplar resolución.—Cruz y más cruz.

1. Cada día entiendo más la merced que me hace nuestro Señor, en tener entendido el bien que hay en padecer, para llevar con quietud el poco contento que hay en las cosas desta vida, pues son de tan poca dura (2).

2. No es maravilla haya hecho devocion y movimiento, porque está tal el mundo por nuestros pecados, que pocas de las que tienen como vivir en él á su parecer con descanso, abrazan la Cruz de nuestro Señor, y quédales harto mayor en que darse en él (3).

3. Créame mi padre, que tengo entendido que no quiere el Señor tenga en esta vida sino cruz y más cruz, y lo que peor es, que á todos los que me la desean dar, les cabe parte, que veo me quiere dar el tormento por esta via, sea por todo bendito (4).

(1) Præterit enim figura hujus mundi. 1.º Cor. VII, 31.

(2) Carta VII, tomo iv.

(3) Carta LIII, tomo iv.

(4) Carta LXXII, tomo iv.

CAPÍTULO XXII.

Sentimiento por la persecucion de sus hijos.—Segun los dolores de mi corazon, tus consolaciones alegraron mi alma (1).

1. Sea Dios alabado por siempre, pues así lo quiere. Mas tengo tanta certeza, mi Padre, ahora que veo mundo y infierno levantado contra mis hijos, que Su Majestad, y mi Padre San José han de tomar á su cargo esta causa, que desde hoy, Padre mio, téngase por vencedor, y no por vencido: que no queria otra cosa Lucifer, sino que este rebañito de la Vírgen fuese deshecho. Pues no será así como piensa; ántes bien, hijo mio, esos que nos persiguen, serán en nuestro favor.

Por tanto, vuélvase en gozo esos llantos, que yo lo lloro, pues por una pecadora hayan mis hijos de padecer, y andar descarriados y perseguidos. Esto lloro, y esto gimo, que lo demás cierta tengo de mi parte la victoria, pues hacemos la causa de Dios (2).

2. Alabo mucho á nuestro Señor, que da á vuestro Padre esa quietud, y deseo de contentarle en todo. Y esa luz que le da á tiempo de cosas tan regaladas, es harta misericordia suya. En fin, ha de dar Su Majestad el ayuda conforme á los trabajos; y como son grandes, lo son las mercedes. Bendito sea su nombre por siempre jamás (3).

(1) Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tue letificaverunt animam meam. Ps. XCIII. v. 19.

(2) Ca. ta LXXX, tomo iv.

(3) Fragmento XXV, tomo iv.

CAPITULO XXIII.

A mucho obliga la necesidad.—Dificultad de componer la virtud con el interés.—Confianza en nuestro Soberano Padre.

1. Piensa mi Padre, que para las casas que yo he fundado, que me he acomodado á pocas cosas que no quisiera: no sino á muchas: algo se ha de sufrir para acomodar una necesidad como ésta (1).

2. No sé qué me diga de este mundo, que en habiendo interés, no hay santidad, y esto me hace que lo querria aborrecer todo (2).

3. Paréceme es poca confianza en nuestro Señor pensar que nos ha de faltar lo necesario: pues Su Majestad tiene cuidado hasta del más mínimo animalito de proveerle de sustento. Hijas mias, pongan su cuidado y diligencia en nuestro buen Jesús y procuren servirle, que yo aseguro que no nos falte ni nos desampare (3).

CAPÍTULO XXIV.

Poder de la nobleza virtuosa.—El Señor mide el padecer conforme á las fuerzas.—Buscar á Dios en sus principios.

1. Así que V. S. se anime mucho, y no le pase por pensamiento pensar, que no ha sido ordenado de Dios (que yo así lo tengo por cierto) sino que

(1) Fragmento XXXVII, tomo iv.

(2) Fragmento LXIV, tomo iv.

(3) Fragmento LXXI, tomo iv.

quiera Su Majestad, que lo que V. S. ha deseado servirle, lo ponga ahora por obra : que ha estado mucho tiempo ocioso, y nuestro Señor está muy necesitado de quien le favorezca la virtud: que poco podemos la gente baja y pobre, sino despierta Dios quien nos ampare, aunque más queramos no querer cosa, sino su servicio; porque está la malicia tan subida, y la ambicion, y honra en muchos que la habian de traer debajo de los piés, tan canonizada, que aún el mismo Señor parece se quiere ayudar de sus criaturas, con ser poderoso, para que venza la virtud sin ellas; porque le faltan los que habia tomado para ampararla, y así escoge las personas, que entiende le pueden ayudar (1).

2. Sea Dios alabado. Siempre cuando el Señor dá tanta multitud de trabajos juntos, suele dar buenos sucesos, que como nos conoce por tan flacos, y lo hace todo por nuestro bien, mide el padecer conforme á las fuerzas. Y así pienso nos ha de suceder en estas tempestades de tantos días; que sino estuviese cierta viven estos descalzos y descalzas procurando llevar su regla con rectitud y verdad, habría algunas veces temido han de salir los émulos con lo que pretenden (que es acabar este principio que la Virgen Santísima ha procurado se comience) segun las astucias trae el demonio, que parece le ha dado Dios licencia, que haga su poder en esto (2).

(1) Carta III, tomo I de las Cartas.

(2) Carta III, tomo I de las Cartas.

3. Caro costaría, sino pudiéramos buscar á Dios sino cuando estuviésemos muertos al mundo. No lo estaba la Magdalena, ni la Samaritana, ni la Cananea, cuando le hallaron. Tambien trata mucho de hacerse una mesma cosa con Dios en union; y cuando esto viene á ser, y hace esta merced al alma, no dirá que le busque, pues ya le ha hallado (1).

CAPÍTULO XXV.

De la Compañía de Jesús.—Para sacar fruto de las persecuciones.

1. De los de la Orden de este Padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y como digo otras cosas he visto dellos de mucha admiracion, y ansí tengo esta Orden en mucha veneracion, porque los he tratado mucho, y veo conforme su vida con lo que el Señor me ha dado dellos á entender. (2)

2. Para que las persecuciones, é injurias dejen en el alma fruto y ganancia, es bien considerar, que primero se hacen á Dios, que á mí; porque cuando llega á mí el golpe, ya está dado á esta Majestad por el pecado.

Y tambien, que el verdadero amador ya ha de tener hecho concierto con su Esposo de ser todo

(1) Carta V, tomo 1 de las Cartas.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap XXXVIII.

suyo, y no querer nada de sí: pues si él lo sufre, ¿por qué no lo sufriremos nosotros? El sentimiento había de ser por la ofensa de Su Majestad, pues á nosotros no nos toca en el alma, sino en esta tierra deste cuerpo, que tan merecido tiene el padecer.

Morir y padecer han de ser nuestros deseos.

No es ninguno tentado más de lo que puede sufrir (1).

No se hace cosa sin la voluntad de Dios. *Padre mio, Carro sois de Israel y guía dél* (2), dijo Eliseo á Elías (3).

CAPÍTULO XXVI.

Cartas de pésame á personas afligidas.

1. Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea con V. S. I. siempre, y la dé fuerzas para sufrir tantos trabajos, que cierto este ha sido recio golpe, y así me dió mucha pena por la que V. S. terná, aunque estoy confiada en las mercedes que nuestro Señor hace á V. S. que no la dejará de consolar en esta afliccion, y de poner en la memoria las que Su Majestad y su gloriosa Madre pasaron en este santo tiempo; que si éstas sintiésemos como es razon, todas las penas de la vida pasaríamos con gran facilidad.

Harto quisiera estar á donde pudiera acompañar á V. S. y ayudar á sentir su pena; aunque acá me

(1) Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id, quod potestis. I. Cor., cap. x, v. 13.

(2) Pater mi, pater mi, carrus Israel, et auriga ejus. IV. Reg. cap. II, v. 12.

(3) Aviso VIII, tomo I de las Cartas.

ha alcanzado mucha parte. No tuve otro consuelo sino suplicar á San José se fuese con V. S., y á nuestro Señor con nuestras oraciones todas no nos hemos descuidado de suplicar por V. S. y por aquel alma santa, que espero en él la tiene yá consigo, y que antes que más entendiese las cosas del mundo, quiso sacarla dél. Todo se ha de acabar tan presto, que si tuviésemos la razon despierta y con luz, no era posible sentir los que mueren conociendo á Dios, sino holgarnos de su bien.

El Conde me ha hecho tambien lástima, mirado no más de lo que vemos; más los juicios de Dios son grandes, y sus secretos no los podemos entender: quizá está su salvacion en quedar sin estado. Yo pienso que de todas sus cosas de V. S. tiene Su Majestad particular cuidado, que es muy verdadero amigo: fiémonos que ha mirado lo que conviene á las almas: que en todo lo demás en esta comparacion hay que hacer poco caso. El bien ó el mal eterno es en lo que nos vá, y así suplico á V. S. por amor de nuestro Señor que no piense en las causas que hay para tener pena, sino en las con que puede consolarse: pues en esto se gana mucho, y en lo demás se pierde, y puede hacer daño á la salud de V. S. y ésta está obligado á mirar, por lo mucho que á todos nos va en ella. Désela Dios á V. S. como todas le suplicamos, muchos años. (1)

2. La gracia del Espíritu Santo sea con V. m. y le dé fuerzas espirituales y corporales para llevar

(1) Carta XIV, tomo IV.

tan gran golpe, como ha sido este trabajo; que á no ser dado de tan piadosa y justa mano, no supiera con qué consolar á V. m. segun á mí me ha lastimado. Mas como entiendo cuán verdaderamente nos ama este gran Dios, y sé que V. m. tiene ya bien entendido la miseria y poca estabilidad desta miserablê vida, espero en Su Majestad dará á V. m. más y más luz, para que entienda la merced que hace nuestro Señor á quien saca della, conociéndole; en especial pudiendo estar cierto, segun nuestra fé, que esta alma santa está á donde recibirá el premio, conforme á los muchos trabajos que en esta vida ha tenido, llevados con tanta paciencia.

Esto he yo suplicado á nuestro Señor muy de veras, y he hecho que lo hagan estas Hermanas; y que dé á V. m. consuelo y salud, para que comience á pelear de nuevo en este miserable mundo. Bienaventurados los que están ya en seguridad. No me parece ahora tiempo para alargarme más, sino es con nuestro Señor, en suplicarle consuele á V. m., que las criaturas valen poco para semejante pena; cuanto 'más tan ruines como yo. Su Majestad haga como poderoso, y sea en compañía de V. m. de aquí adelante, de manera que no eche ménos la muy buena que ha perdido. (1)

(1) Carta XXXIX, tomo I de las cartas .

CAPITULO XXVII.

Del agua bendita.

De muchas veces tengo esperiencia, que no hay cosa con que huyan más (los demonios) para no tornar: de la Cruz tambien huyen, mas vuelven luego, debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular, y muy conocida consolacion que siente mi alma cuando la tomo (1).

CAPÍTULO XXVIII.

Reglas admirables de conducta y máximas divinas.

1. La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil, así el entendimiento del hombre (2).

2. Acomodarse á la complexion de aquel con quien trata; con el alegre, alegre: y con el triste, triste: en fin hacerse todo á todos, para ganarlos á todos (3).

3. En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios y sabiduría, y en todas le alabe (4).

4. Despegue el corazon de todas las cosas, y busque y hallará á Dios (5).

5. Jamás hagas cosa que no pueda hacerse delante de todos (6).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXI.

(2) *Avisos de Santa Teresa*, tomo I de sus obras.

(3) *Idem id.*, tomo id.

(4) *Idem id.*, tomo id.

(5) *Idem id.*, tomo id.

(6) *Idem id.*, tomo id.

6. Tenga presente la vida pasada, para llorarla; y la tibieza presente, y lo que le falte por andar de aquí al cielo, para vivir con temor, que es causa de grandes bienes (1).

7. Acuérdate que no tienes más de un alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, y una que es particular: ni hay más de una gloria, y esta eterna, y darás de mano á muchas cosas (2).

8. Tu deseo sea de ver á Dios: tu temor, si le has de perder: tu dolor, que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz (3).

9. A quien ama á Dios como V. m. todas esas cosas le serán cruz, y para provecho de su alma, si V. m. anda con aviso de considerar, que sólo Dios y ella están en esa casa (4).

10. Cualquiera cosa grave, que se haya de determinar, pase primero por la oracion (5).

11. Procúrense criar las almas muy desasidas de todo lo criado, interior y exteriormente: pues se crián para Esposas de un Rey tan celoso, que quiere que de aun sí mismas se olviden (6).

(1) Idem id., tomo id.

(2) Idem id., tomo id.

(3) Idem id., tomo id.

(4) Aviso VII, tomo I de las Cartas.

(5) Aviso XVII, tomo I de las Cartas.

(6) Aviso XVIII, tomo I de las Cartas.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO.

De la humildad.

1. Mirad mucho, hijas, mirad mucho en este punto que os diré, porque alguna vez podrá ser humildad, y virtud tenemos por tan ruin, y otras, grandísima tentacion; porque yo he pasado por ello lo conozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea, sino viene con paz, y regalo y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflija, y le parece con justicia todos le habian de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí, y contento, que no queríamos vernos sin ella: no alborota, ni aprieta el alma, ántes la dilata, y hace hábil para servir más á Dios. Estotra pena, todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve; es muy penosa (1).

2. Despues de hacer lo que los de las moradas pasadas, humildad, humildad; por ésta se deja vencer el Señor á quanto dél queremos: y lo primero en que vereis si la teneis, es en no pensar que me-

(1) *Camino de perfeccion, cap. XXXIX.*

receis estas mercedes y gustos del Señor, ni los habeis de tener en vuestra vida. Diréisme, que desta manera, que cómo se han de alcanzar no los procurando. A esto respondo, que no hay otra mejor de la que os he dicho, y no los procurar, por estas razones. La primera, porque lo primero que para esto es menester, es amar á Dios sin interés. La segunda, porque es un poco de poca humildad, pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande. La tercera, porque el verdadero aparejo para esto, es deseo de padecer, y de imitar al Señor, y no gustos, los que en fin le hemos ofendido. La cuarta, porque no está obligado Su Majestad á dárnoslos (como á darnos la gloria, si guardamos sus mandamientos), que sin esto no podremos salvar, y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y quién le ama de verdad: y así es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir por sólo servir á Jesucristo crucificado, que no sólo no le piden gustos, ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida: esto es verdad. La quinta es, porque trabajaremos en valde, que como no se ha de traer esta agua por arcaduces, como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que aunque más meditacion tengamos, aunque más nos estrujemos, y tengamos lágrimas, no viene esta agua por aquí, sólo se da á quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma. Suyas somos, hermanas, haga lo que quisiere de nosotras,

llévenos por donde fuese servido: bien creo que quien de verdad se humillare y desasiere (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos engañan, sino que estemos desasidas del todo) que no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabremos desear. Sea por siempre alabado y bendito. Amen (1).

CAPÍTULO II.

Rasgo de grandísima humildad.—Seamos humildes y no soberbios.

1. Pido, por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado santo, de los que se tornan á Dios, con quien me consolar. Porque considero, que despues que el Señor los llamaba, no le tornaban á ofender: yo no sólo tornaba á ser peor, sino que parece traía estudio á resistir las mercedes que Su Majestad me hacia, como quien se veia obligar á servir más, y entendia de sí, no podia pagar lo ménos de lo que debia. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó (2).

2. Si nuestro Señor por su bondad quiere representarse á un alma, para que más le conozca y ame, ó mostrarla algun secreto suyo, ó hacerla algunos particulares regalos y mercedes, y ella (como

(1) *Moradas cuartas*, cap. II.

(2) *Vida de Santa Teresa*.

he dicho) con esto que habia de confundirse, y conocer cuán poco lo merece su bajeza, se tiene luego por santa y le parece,* por algun servicio que ha hecho, le viene esta merced, claro está que el bien grande, que de aquí la podia venir, convierte en mal, como la araña. Pues digamos ahora que el demonio, por incitar á soberbia, hace estas apariciones : si entónces (pensando que son de Dios) se humilla, y conoce no ser merecedora de tan gran merced, y se esfuerza á servir más, porque viéndose rica, mereciendo áun no comer las migajas que caen de las personas que ha oido hacer Dios estas mercedes (quiero decir, ni ser sierva de ninguna) humillase y comienza á esforzarse á hacer penitencia, y á tener más oracion, y á tener más cuenta con no ofender á este Señor, que piensa es el que la hace esta merced, y á obedecer con más perfeccion, yo aseguro que no torne el demonio, sino que se vaya corrido, y que ningun daño deja en el alma (1).

CAPÍTULO III.

De la humildad y mortificacion.—Del amor y humildad.

1. O soberanas virtudes, Señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las

(1) *Fundaciones*, cap. VIII.

tuviere, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo, y sus ocasiones: no haya miedo de nadie, que suyo es el Reino de los Cielos: no tiene á quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida: sólo teme descontentar á su Dios, y suplícale le sustente en ellas, porque no les pierda por su culpa. Verdad es que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; más tiénelas en tanto, que siempre anda procurando tenerlas, y válas perfeccionando en sí más; aunque bien se señalan los que las tienen, luego se da á entender á los que las tratan, sin querer ellos. Mas ¡qué desatino, ponerme yo á loar humildad y mortificación, estando loadas del Rey de la Gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! (1).

2. No os pareza mucho todo esto, que voy entablado el juego, como dicen. Pedísteisme os dijese el principio de Oracion: yo, Hijas, aunque no me llevó Dios por este principio, porque aún no le debó tener destas virtudes, no sé otro. Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar, y sino sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun si me habeis de reprender, porque hablo en cosa de juego, no la habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí vereis la Madre que os dió Dios, que hasta

(1) *Camino de Perfeccion*, cap. X.

esta vanidad sabia; mas dicen que es lícito algunas veces, y cuán lícito sería para nosotras esta manera de juego, y cuán presto si mucho lo usamos, daremos mate á este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá. La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que así haga rendir al Señor como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello á nuestras almas. Y crean, que quien más tuviere, más le terná, y quien menos, ménos. Porque yo no entiendo, ni puedo entender, cómo haya, ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad. Ni es posible estar estas dos virtudes en su perfeccion, sin gran desasimiento de todo lo criado (1).

CAPÍTULO IV.

Quienes deben llevar la bandera de la humildad.—
Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad.

1. Así que, Hermanas, oracion mental, y quien ésta no pudiere, vocal, y leccion y coloquios con Dios, como despues diré: no deje las horas de oracion, que no sabe cuando llamará el Esposo (no le acaeza como á las Vírgenes locas) y las querrá dar más trabajo disfrazado con gusto, y si no se le diere, entienda que no es para ello, y que le con-

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XVI.

viene lo otro. Y aquí entra el merecer con la humildad, creyendo con verdad, que áun para lo que hacen, no son. Andar alegres sirviendo en lo que les mandan, como he dicho; y si es de veras esta humildad, bienaventurada tal sierva de vida activa, que no murmurará sino de sí, deje á las otras con su guerra, que no es pequeña. Porque aunque en las batallas el Alférez no pelea, no por eso deja de ir en gran peligro; y en lo interior debe de trabajar más que todos, porque como lleva la bandera, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos, no la ha dejar de las manos: así los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad, y sufrir cuantos golpes les dieren, sin dar ninguno, porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la Cruz, no la dejar de las manos por peligros en que se vean, sin que muestren flaqueza en padecer, para eso les dan tan honroso oficio (1).

2. Una vez estaba yo considerando, por qué razón era nuestro Señor tan amigo desta virtud de la humildad; y púsoseme delante, á mi parecer, sin considerarlo, sino de presto esto, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada: y quien esto no entiende, anda en mentira; á quien más lo entiende, agrada más á la suma verdad, porque anda en ella. Plega á Dios, Hermanas, nos

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XVIII.

haga merced de no salir jamás deste propio conocimiento. Amen. Destas mercedes hace nuestro Señor al alma, porque como á verdadera Esposa, que ya está determinada á hacer en todo su voluntad, le quiere dar alguna noticia de en qué la ha de hacer, y de sus grandezas. No hay para qué tratar de más, que estas dos cosas he dicho por parecerme de gran provecho : que en cosas semejantes no hay que temer, sino que alabar al Señor; porque las da, que el demonio (á mi parecer) ni áun la imaginacion propia, tienen aquí poca cabida, y ansí el alma queda con gran satisfaccion (1).

CAPÍTULO V.

De las almas bienaventuradas.

O almas que ya gozais sin temor de vuestro gozo, y estais siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fué vuestra suerte. Qué gran razon teneis de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estais ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes, que en estos desventurados tiempos se hacen á mi Dios, y de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás. O bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad á nuestra miseria, y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos

(1) *Moradas sextas*, cap. X.

dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que teneis. Dadnos, Dios mio, vos á entender, qué es lo que se da á los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos, o ánimas amadoras, á entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y como es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. O desventurados de nosotros, Señor mio, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen, ni las quieren conocer! O gente interesal, codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo á gozarlos tan en abundancia, por no esperar una hora y por ventura no será más de un momento, lo pierden todo; por gozar de aquella miseria que ven presente. Oh, oh, oh, qué poco fiamos de Vos, Señor! Cuántas mayores riquezas y tesoros fiastes Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y despues muerte tan intolerable y lastimera nos dístes á vuestro Hijo, y tantos años ántes de nuestro nacimiento, y áun sabiendo que no os lo habíamos de pagar, no quisistes dejarnos de fiar tan inestimable tesoro, porque no quedara por Vos, lo que nosotros grangeando con él podemos ganar con Vos, Padre piadoso! ¡O ánimas bienaventuradas! Que tan bien supístes aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa, y permanente con este precioso precio : decidnos cómo grangeabades con él bien tan sin fin? Ayudadnos,



pues estais tan cerca de la fuente, coged agua para los que acá perecemos de sed (1).

CAPÍTULO VI.

**De la hermosura y dignidad de nuestras almas.—
Vuelo que desea tomar el alma.**

1. Estando hoy suplicando á nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba á cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algun fundamento, que es considerar nuestra alma, como de un castillo todo de un diamante, ó muy claro cristal, á donde hay muchos aposentos; así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, Hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso á donde (dice) él tiene sus deleites. Pues qué tal os parece que será el aposento á donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma, y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, á comprenderlo; así como no pueden llegar á considerar á Dios, pues él mismo dice, que nos crió á su imágen y semejanza (2).

O pobre mariposilla, atada con tantas cadenas

(1) Exclamacion XIII.

(2) *Moradas primeras*, cap. I.

que no te dejan volar lo que querriás! Habed lástima mi Dios; ordenad ya de manera, que ella pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra, y gloria. No os acordeis de lo poco que lo merece, y de su bajo natural: poderoso sois Vos, Señor, para que la gran mar se retire, y el gran Jordan, y dejen pasar los hijos de Israel (1): no las hayais lástima, que con vuestra fortaleza ayudada, puede pasar muchos trabajos. Ella está determinada á ello, y los desea padecer: alargad, Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pase la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada della, os alaben á vos, cuéstele lo que le costáre, que eso quiere, y dar mil vidas, porque un alma os alabe un poquito más á su causa, si tantas tuviera; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad, que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuanto más morir. No sé á qué propósito he dicho esto, Hermanas, ni para qué, que no me he entendido. Entendamos que son estos los efectos que quedan destas suspensiones ó éxtasis sin duda ninguna; porque no son deseos que se pasan, sino que están en un ser; y cuando se ofrece algo en qué mostrarlo, se ve que no era fingido. Por qué digo están en un ser? Algunas veces se siente el alma cobarde (y en las cosas más bajas) y atemorizada, y con tan poco ánimo, que no le parece posible te-

(1) Et ingressi sunt filii Israel per medium sicci maris. Exodo, cap. XVI, v. 22.

nerle para cosa. Entiendo yo que la deja el Señor entónces en su natural, para mucho más bien suyo; porque ve entónces, que si para algo le ha tenido, ha sido dado de Su Majestad con una claridad, que la deja aniquilada á sí, y con mayor conocimiento de la misericordia de Dios y de su grandeza, que en cosa tan baja la ha querido mostrar: mas lo más ordinario está, como ántes hemos dicho (1).

CAPÍTULO VII.

De las almas que no tienen oracion.—Alma en gracia y alma en pecado.

1. Pues tornando á nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podemos entrar en él. Parece que digo algun disbarate; porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues ella se es el mesmo: como parecería desatino decir á uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habeis de entender que va mucho de estar á estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es á donde están los que le guardan, y que no se les dá nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni áun que piezas tiene. Ya habréis oido en algunos libros de oracion aconsejar al alma, que entre dentro de sí, pues esto mesmo es.

Decíame poco há un gran letrado, que son las

(1) *Moradas sextas*, cap. VI.

almas que no tienen oracion, como un cuerpo con perlesía ó tullido, que aunque tiene piés y manos, no los puede mandar; que ansí son, que hay almas tan enfermas, y mostradas á estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí, porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias, que están dentro del castillo, que ya casi está hecha como ellas: y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversacion, no ménos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estátuas de sal, por no volver la cabeza hácia sí; ansí como lo quedó la mujer de Loth por volverla (1). Porque quanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo, es la oracion y consideracion: no digo más mental que vocal, que como sea oracion, ha de ser consideracion; porque la que no advierte con quien habla, y lo que pide, y quien es quien pide, y á quien, no la llamo yo oracion, aunque mucho menée los labios porque aunque algunas veces si será, aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras: mas quien tuviere de costumbre hablar con la Majestad de Dios, como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene á boca, y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oracion, ni plega á Dios que ningun cristiano la tenga desta suerte, que entré vosotras, hermanas,

(1) Respiciens que usor ejus post se, versa est in statuam salis. Génesis, cap. XIX, v. 26.

espero en su Majestad no la habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad (1).

2. Una vez estando en oracion me mostró el Señor por una manera de vision intelectual, cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía ví por vision intelectual la Santísima Trinidad, de cuya compañía venía á aquel alma un poder que señoreaba toda la tierra. Diéronseme á entender aquellas palabras de los cantares, que dicen: *Dilectus meus descendit in hortuum suum* (2). Mostróme tambien cómo está el alma que está en pecado, sin ningun poder, sino como una persona que estuviese del todo atada, y liada, y atapados los ojos, que aunque quiere ver no puede, ni andar, ni oír, y en gran oscuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así, que cualquiera trabajo me parece ligero para librar una. Parecióme que á entender esto como yo lo ví, que se puede maldecir, que no era posible querer ninguno perder tanto bien, ni estar en tanto mal (3).

CAPITULO VIII.

De las almas que están en pecado mortal.—Fuerza que tienen las palabras de la consagracion.

1. Antes que pase adelante, os quiero decir, que considereis, qué será ver este castillo tan resplan-

(1) *Moradas primeras*, cap. I.

(2) *Cantares*, cap. VI, v. 1.

(3) De un manuscrito de la Santa Madre. Fr. Luis de Leon.

deciente y hermoso, esta perla oriental, éste árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios; cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no esté mucho más. No queráis mas saber, de que con estarse el mismo Sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar dél, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad, como el cristal para resplandecer en el sol. Ninguna cosa le aprovecha; y de aquí viene que todas las buenas obras que hiciere, estando así en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos dél, no pueda ser agradable á sus ojos: pues en fin el intento de quien hace un pecado mortal, no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una misma tiniebla (1).

2. Llegando una vez á comulgar, ví dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y ví á mi Señor con la Majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba á dar, que se veía claro ser ofensoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. Qué sería, Señor mio, ver esta vuestra hermosura entre

(1) *Moradas primeras*, cap. II.

figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados, y espantados delante de Vos, que de buena gana parece que huyeran, si Vos los dejáredes ir. Díome tan gran turbacion, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera vision de Dios, que no permitiera Su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mesmo Señor, que rogase por él, y que lo habia permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagracion; y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, como se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mio y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes á ser buenos, que otros, y cuán récia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal (1).

CAPITULO IX.

De los deseos del bien de las almas.—Silvo suave del Divino Pastor.

1. A los cuatro años, me parece era algo más, acertó á venirme á ver un fraile Francisco, llamado Fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mesmos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo hasta

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXVIII.

envidia. Este venia de las Indias poco habia, comenzóme á contar de los muchos millones de almas que allí se perdian por falta de doctrina, é hízonos un sermon y plática, animando á la penitencia, y fuése. Yo quedé tan lastimada de la perdicion de tantas almas, que no cabia en mí; fuíme á una ermita con hártas lágrimas, y clamaba á nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algun alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oracion algo, ya que yo no era para más. Habia gran envidia á los que podian por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes: y así me acaece, que cuando en las vidas de los santos leemos, que convirtieron almas, mucha mas devocion me hacen y más ternura, y más envidia, que todos los martirios que padecen, por ser esta inclinacion que nuestro Señor me ha dado, pareciéndome, que precia más un alma, que por nuestra industria y oracion le ganaremos mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer (1).

2. Dicen que el alma se entra dentro de sí; y otras veces que sube sobre sí: por este lenguaje no sabré yo aclarar nada, que esto tengo malo, que por el que yo lo sé decir, pienso que me habeis de entender, y quizá será solo para mí. Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias (que ya he dicho que son la gente deste castillo que es lo que

(1) *Fundaciones*, cap. I.

he tomado para saber decir algo) que se han ido fuera, y andan con gente estraña enemiga del bien deste castillo, dias y años; y que ya se han ido (viendo su perdicion) acercando á él, aunque no acaban de estar dentro; porque esta costumbre es récia cosa, sino no son ya traidores, y andan al rededor.

Visto ya el gran Rey, que está en la morada deste castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérelos tornar á él, y como buen Pastor, con un silvo tan suave, que áun casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz, y que no anden tan perdidos, sino que se tornen á su morada: y tiene tanta fuerza este silvo del Pastor, que desamparan las cosas exteriores en que andan enagenados, y métense en el Castillo (1).

CAPÍTULO X.

De los llamamientos del Señor.—De la brevedad y miseria de la vida.

1. O grandeza de Dios! Muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente queria Su Majestad ayudarme, para que se efectuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que Su Majestad se deleita; como una vez estando en oracion me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite, y ansí parece há Su Majestad escogido las almas que ha traído á él, en

(1) *Moradas cuartas*, cap. III.

cuya compañía yo vivo con harta, harta confusión; porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura y pobreza, y oración, y llevando con una alegría y contento, que cada una se halla por indigna de haber merecido de venir á tal lugar, en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad y gala del mundo, á donde pudieran estar contentas conforme á sus leyes, y háles dado el Señor tan doblados los contentos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias á Su Majestad: á otras ha mudado de bien en mejor. A las de poca edad da fortaleza y conocimiento, para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan es vivir en mayor descanso, áun para lo de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad, y con poca salud, da fuerzas, y se las ha dado para poder llevar la aspereza, y penitencia que todas (1).

2. O válame Dios, y qué vida esta tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza; habia tan poquito, que no me parece trocára mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa dél me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabia qué hacer de mí. O si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería con experiencia en lo poco que se ha de tener contento, ni descontento della (2).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXV.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXVI.

CAPÍTULO XI.

En qué está el merecer.—Qué es lo que causa fatiga.

1. Esto me dijo el Señor un día: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, y en padecer, y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los goces celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando ves á mi Madre, que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos, sin grave tormento: desde que le dijo Simeon aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz para que viese lo que habia de padecer. Los grandes Santos, que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacian graves penitencias, y sin esto tenian grandes batallas con el demonio, y consigo mismos; mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolacion espiritual. Cree, hija, que á quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y á estos responde el amor. ¿En qué te le puedo más mostrar, que querer para tí lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad. Así me ayudarás á llorar la perdicion que traen los del mundo (entendiendo tú esto) que todos sus deseos, y cuidados y pensamientos se emplean en como tener lo contrario. Cuando

este día comencé á tener oracion, estaba con tan gran mal de cabeza, que me parecia casi imposible poderla tener. Díjome el Señor : Por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, hé yo hablado contigo, y regaládote. Y es ansí cierto, que sería como hora y media, poco ménos, el tiempo que estuve recogida. En él me dijo las palabras dichas, y todo lo demás, ni yo me divertía, ni sé á donde estaba, y con tan gran contento, que no sé decirlo, y quedóme buena la cabeza, que me ha espantado, y harto deseo de padecer. Tambien me dijo que trajese mucho en la memoria las palabras que dijo á sus Apóstoles, que no habia de ser más el siervo que el Señor (1).

2. ¡O Redentor mio, que no puede mi corazon llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? Siempre han de ser los que más os deben, los que os fatigan? ¿A los que mejores obras haceis? ¿A los que escogeis para vuestros amigos? ¿Entre los que andais, y os comunicais por los sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habeis pasado? Por cierto, Señor mio, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues á Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos la tengan? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras, para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad del

(1) De un manuscrito de la Santa Madre, Fr. Luis de Leon.

Señor no estamos en aquella roña pestilencial, que ya aquellos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos; y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazon, ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada dia. ¡O hermanas mias en Cristo, ayudadme á suplicar esto al Señor que para eso os juntó aquí! Este es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; estas vuestras peticiones (1).

CAPÍTULO XII.

No es posible agradar á la vez al mundo y á Dios.—

Desemejanza de este mundo al otro.

1. ¿Pensais, hijas mias, que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse, como he dicho, á la conversacion del mundo, y ser en lo exterior extraños del mundo, y enemigos del mundo, y estar como quien está en destierro, y en fin, no ser hombres, sino Angeles? Porque á no ser esto así, ni merecen nombre de capitanes, ni permita el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán que provecho; porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar: y si en

(1) *Camino de perfeccion*, cap. I.

lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los piés, y estar desasidos de las cosas que se acaban, y asidos á las eternas, por mucho que lo quieran encubrir, han de dar señal. Pues con quién lo han, sino con el mundo, no hayan miedo se lo perdone, ni que ninguna imperfeccion dejen de entender. Cosas buenas muchas se les pasaran por alto, y áun por ventura no las ternán por tales, más mala, ó imperfecta, no hayan miedo (1).

2. Paréceme ahora á mí, que cuando una persona allegándola Dios á claro conocimiento de lo que es el mundo, y que hay otro mundo, y la diferencia que hay de lo uno á lo otro, y que lo uno es eterno, y lo otro soñado, y qué cosa es amar al Criador, ó á la criatura, esto visto por experiencia, que es otro negocio, que sólo pensarlo y creerlo, y ver y probar qué se gana con lo uno, y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador, y qué cosa es criatura; y otras muchas cosas que el Señor enseña con verdad y claridad, á quien se quiere dar á ser enseñado dél en la oracion, ó á quien Su Majestad quiere; que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí. Podrá ser, hermanas, que os parezca impertinente tratar en esto, y que digáis que estas cosas que he dicho, todas las sabeis. Plegue al Señor ser así, que lo sepáis de la manera que hace al caso, imprimiéndolo en las entrañas. Pues si lo sabeis, vereis que no miento en decir

(1) *Camino de perfeccion*, cap. III.

que á quien el Señor llega aquí, tiene este amor. Son estas personas (las que Dios llega á este estado) almas generosas, almas reales. No se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan, bien que aplace á la vista, y alaban al Criador; mas para detenerse en ello, no. Digo detenerse de manera, que por estas cosas les tengan amor, parecerles ya que aman cosa sin tomo, y que se ponen á querer sombra, correrán de sí mismos, y no ternian cara, sin gran afrenta suya, para decir á Dios que le aman (1).

CAPÍTULO XIII.

Leccion espiritual á un Prelado de la Iglesia.

Reverendísimo Padre de mi alma: Por una de las mayores mercedes que me siento obligada á nuestro Señor, es por darme Su Majestad deseo de ser obediente; porque en esta virtud siento mucho contento, y consuelo, como cosa que más encomendó nuestro Señor.

V. S. me mandó el otro dia, que le encomendase á Dios: yo me tengo en esto cuidado, y añadíomele más el mandato de V. S. Yo lo he hecho, no mirando mi poquedad, sino ser cosa que mandó V. S., y con esta fé espero en su bondad, que V. S. recibirá lo que me parece representarle, y recibirá mi voluntad, pues nace de obediencia.

(1) *Camino de perfeccion*, cap. VI.

Representándole, pues, yo á nuestro Señor las mercedes que le ha hecho á V. S. y yo le conozco de haberle dado humildad, caridad, y celo de almas, y de volver por la honra de nuestro Señor; y conociendo yo este deseo, pedíle á nuestro Señor acrecentamiento de todas virtudes, y perfeccion, para que fuese tan perfecto, como la dignidad en que nuestro Señor le ha puesto pide. Fuéme mostrado, que le faltaba á V. S. lo más principal que se requiere para esas virtudes; y faltando lo más, que es el fundamento, la obra se deshace, y no es firme. Porque le falta la oracion con lámpara encendida, que es la lumbre de la fé; y perseverancia en la oracion con fortaleza, rompiendo la falta de union, que es la union del Espíritu Santo, por cuya falta viene toda la sequedad, y desunion, que tiene el alma.

Es menester sufrir la importunidad del tropel de pensamientos, y las imaginaciones importunas, é ímpetus de movimientos naturales, así del alma, por la sequedad, y desunion que tiene, como del cuerpo, por la falta de rendimiento que al espíritu ha de tener. Porque aunque á nuestro parecer no haya imperfecciones en nosotros, cuando Dios abra los ojos del alma, como en la oracion lo suele hacer, parécense bien estas imperfecciones.

Lo que me fué mostrado del órden que V. S. ha de tener en el principio de la oracion, hecha la señal de la cruz, es: acusarse de todas sus faltas cometidas despues de la confesion, y desnudarse de todas las cosas, como si en aquella hora hubiera

de morir: tener verdadero arrepentimiento de las faltas, y rezar el salmo del *Miserere* en penitencia dellas. Y tras esto tiene de decir: *A vuestra escuela Señor, vengo á aprender, y no á enseñar. Hablaré con vuestra Majestad, aunque polvo y ceniza, y miserable gusano de la tierra.* Y diciendo: *Mostrad, Señor, en mí vuestro poder, aunque miserable hormiga de la tierra.* Ofreciéndose á Dios en perpetuo sacrificio de holocausto, pondrá delante de los ojos del entendimiento, ó corporales, á Jesucristo crucificado, al cual con reposo, y afecto del alma, remire, y considere parte por parte.

Primeramente considerando la naturaleza divina del Verbo Eterno del Padre, unida con la naturaleza humana, que de sí no tenía sér, si Dios no se le diera, y mirar aquel inefable amor, con aquella profunda humildad, con que Dios se deshizo tanto haciendo al hombre Dios, haciéndose Dios hombre: y aquella magnificencia, y largueza con que Dios usó de su poder, manifestándose á los hombres, haciéndoles participantes de su gloria, poder, y grandeza.

Y si esto le causase la admiracion que en mi alma suele causar, quédese aquí: que debe mirar una alta tan baja, y una baja tan alta. Mirarle á la cabeza coronada de espinas, á donde se considera la rudeza de nuestro entendimiento, y ceguedad. Pedir á nuestro Señor tenga por bien de abrírnos los ojos del alma, y clarificarnos nuestro entendimiento, con la lumbre de la fé, para que con humildad, entendamos quien es Dios, y quien somos

nosotros; y con este humilde conocimiento podemos guardar sus mandamientos, y consejos, haciendo en todo su voluntad. Y mirarle las manos clavadas, considerando su largueza, y nuestra cordedad; confiriendo sus dádivas, y las nuestras.

Mirarle los pies clavados, considerando la diligencia con que nos busca, y la torpeza con que le buscamos. Mirarle aquel costado abierto, descubriendo su corazon, y entrañable amor con que nos amó, cuando quiso fuese nuestro nido, y refugio, y por aquella puerta entrásemos en el Arca, al tiempo del diluvio de nuestras tentaciones, y tribulaciones. Suplicarle que como él quiso que su costado fuese abierto, en testimonio del amor que nos tenia, dé orden, que se abra el nuestro, y le descubramos nuestro corazon, y le manifestemos nuestras necesidades, y acertemos á pedir el remedio y medicina para ellas.

Tiene de llegarse V. S. á la oracion con rendimiento, y sujecion, y con facilidad ir por el camino que Dios le llevase, fiándose con seguridad de Su Majestad. Oiga con atencion la leccion que le leyere: ahora mostrándole las espaldas, ó el rostro, que es cerrándole la puerta y dejándose fuera, ó tomándole de la mano y metiéndole en la recámara. Todo lo tiene de llevar con igualdad de ánimo: y cuando le reprendiese, aprobar su recto, y ajustado juicio, humillándose.

Y cuando le consoláre, tenerse por indigno dello: y por otra parte aprobar su bondad, que tiene por naturaleza manifestarse á los hombres, y hacerlos

participantes de su poder y bondad. Y mayor injuria se hace á Dios, en dudar de su largueza en hacer mercedes, pues quiere más replandecer en manifestar su omnipotencia, que no en mostrar el poder de su justicia. Y si el negar su poderío, para vengar sus injurias, sería grande blasfemia, mayores negarle en lo que él quiere más mostrarle, que es en hacer mercedes. Y no querer rendir el entendimiento, cierto es querer enseñarle en la oracion, y no querer ser enseñado, que es á lo que allí se va; y sería ir contra el fin, y el intento con que allí se ha de ir. Y manifestando su polvo y ceniza, tiene de guardar las condiciones de polvo y ceniza, que es de su propia naturaleza estarse en el centro de la tierra.

Mas cuando el viento lo levanta, haría contra naturaleza, si no se levantase; y levantado, sube cuanto el viento lo sube y sustenta: y cesando el viento, se vuelve á su lugar. Así el alma, que se compara con el polvo y ceniza, es necesario que tenga las condiciones de aquello con que se compara: y así ha de estar en la oracion sentada en su conocimiento propio: y cuando el suave soplo del Espíritu Santo la levantara, y la metiera en el corazón de Dios, y allí la sustentare, descubriéndole su bondad, manifestándole su poder, sepa gozar de aquella merced con hacimiento de gracias, pues la entrañiza, arrimándola á su pecho, como á Esposa regalada, y con quien su Esposo se regala.

Sería gran villanía y grosería, la esposa del Rey (á quien él escogió, siendo de baja suerte) no hacer

presencia en su casa y córte el dia que él quiere que la haga, como lo hizo la Reina Vasthi (1), lo cual el Rey sintió; como lo cuenta la Santa Escritura. Lo mesmo suele hacer Nuestro Señor con las almas, que se esquivan dél; pues Su Majestad lo manifiesta, diciendo: *que sus regalos eran estar con los hijos de los hombres.* (2) Y si todos huyesen, privarian á Dios de sus regalos; segun este atributo, aunque sea debajo de color de humildad, lo cual no sería, sino indiscrecion y mala crianza, y género de menosprecio, no recibir de su mano lo que él da; y falta de entendimiento del que tiene necesidad de una cosa para el sustento de la vida, cuando se la dan no tomarla.

Dícese tambien, que tiene de estar como el gusano de la tierra. Esta propiedad es, estar el pecho pegado á ella, humillado y sujeto al Criador y á las criaturas, que aunque le huellen, ó las aves le piquen, no se levanta. Por el *hollar* se entiende, cuando en el lugar de la oracion se levanta la carne contra el espíritu, y con mil géneros de engaños, y desasosiegos, representándole, que en otras partes hará más provecho; como acudir á las necesidades de los prójimos, y estudiar para predicar, y gobernar lo que cada uno tiene á su cargo.

A lo cual se puede responder, que su necesidad es la primera, y de más obligacion, y la perfecta

(1) Quæ renuit, et ad regis imperium, quod per ennuchos mandaverat, venire contempsit. Ester, c. I, v. 12.

(2) Et delitiæ meæ, esse cum filiis hominum. Prov. cap. VIII, v. 31.



caridad empieza de sí mismo. Y que el pastor para hacer bien su oficio, se tiene de poner en el lugar más alto, de donde puede bien ver toda su manada, y ver si la acometen las fieras; y este alto es el lugar de la oracion.

Llámase tambien gusano de la tierra; porque aunque los pájaros del cielo le piquen, no se levanta de la tierra, ni pierde la obediencia y sujecion que tiene á su Criador, que es estar en el mismo lugar que él le puso. Y ansí el hombre ha de estar firme en el puesto que Dios le tiene, que es el lugar de la oracion; que aunque las aves, que son los demonios, le piquen y molesten con las imagi-naciones, y pensamientos importunos, y los desasosiegos, que en aquella hora trae el demonio, llevando el pensamiento y derramándole de una parte á otra, y tras el pensamiento se va el corazon; y no es poco el fruto de la oracion sufrir estas molestias, é importunidades con paciencia. Y esto es ofrecerse en holocausto, que es consumirse todo el sacrificio en el fuego de la tentacion, sin que de allí salga cosa dél.

Porque el estar allí sin sacar nada, no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia: porque se trabaja sin interes, y por sola la gloria de Dios: que aunque de presto le parece que trabaja en valde, no es ansí, sino que acontece como á los hijos, que trabajan en las haciendas de sus padres, que aunque á la noche no llevan jornal, al fin del año lo llevan todo.

Y esto es muy semejante á la oracion del Huer-

to, en la cual pedia Jesucristo nuestro Señor, que le quitasen la amargura, y dificultad, que se hace para vencer la naturaleza humana. No pedia que le quitasen los trabajos, sino el disgusto con que los pasaba; y lo que Cristo pedia para la parte inferior del hombre era, que la fortaleza del espíritu se comunicase á la carne, en la cual se esforzase pronta, como lo estaba el espíritu, cuando le respondieron, que no convenia, sino que bebiese aquel cáliz: que es que venciese aquella pusilanimidad y flaqueza de la carne; y para que entendiésemos, que aunque era verdadero Dios, era tambien verdadero hombre, pues sentia tambien las penalidades como los demás hombres.

Tiene necesidad el que llega á la oracion de ser trabajador, y nunca cansarse en el tiempo del verano y de la bonanza (como la hormiga) para llevar mantenimiento para el tiempo del invierno, y de los diluvios, y tenga provision de que se sustente, y no perezca de hambre, como los otros animales desapercibidos; pues aguarda los fortísimos diluvios de la muerte y del juicio.

Para ir á la oracion, se requiere ir con vestidura de boda, que es vestidura de Pascua, que es de descanso, y no de trabajo: para estos dias principales todos procuran tener preciosos atavíos; y para honrar una fiesta, suele uno hacer grandes gastos, y lo da por bien empleado, cuando sale como él desea. Hacerse uno gran letrado y cortesano, no se puede hacer sin grande gasto y mucho trabajo. El hacerse cortesano del cielo, y tener letras soberanas,

no se puede hacer sin alguna ocupacion de tiempo y trabajo de espíritu.

Y con esto ceso de decir más á V. S., á quien pido perdon del atrevimiento que he tenido en representar esto, que aunque esté lleno de faltas, é indiscreciones, no es falta de celo, que debo tener al servicio de V. S. como verdadera oveja suya, en cuyas santas oraciones me encomiendo. Guarde nuestro Señor á V. S. con muchos aumentos de su gracia. Amen (1).

CAPITULO XIV.

De los pecados y conocimiento propio.—Santa locura celestial.

1. Y esto de los pecados, y conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer por delicados que sean en este camino de Oracion, y sin este pan no se podrian sustentar: mas háse de comer con tasa, que despues que una alma se ve ya rendida, y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga, para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí, sino irnos á otras cosas, que el Señor pone delante, y no es razon las dejemos? Que Su Majestad sabe mejor que nosotros, de lo que nos conviene (2).

(1) Carta VIII, tomo 1 de las Cartas.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XIII.

2. Bendito seais por siempre Señor, alaben os todas las cosas por siempre. Queréd ahora, Rey mio, suplicóoslo yo, que pues cuando esto escribo, no estoy fuera desta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, que tan sin merecimientos míos me haceis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó permitais que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me sacad dél. No puede ya, Dios mio, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin vos la vienen; que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis Vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer le mata; el dormir la congoja; ve que se le pasa el tiempo de la vida pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. O verdadero Señor, y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz teneis aparejada á los que llegan á este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre della, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morirse; no tiene en nada su descanso, á trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe que desee, más bien entiende, que no desea otra cosa sino á Vos (1).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XVI.

CAPITULO XV.

De cuán engañosos son honra y dineros.

Fatígase un alma del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traía de creer, que era honra lo que el mundo llama honra: vé que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende, que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y ménos que nada lo que se acaba, y no contenta á Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia dellos, aunque en esto nunca creo, y es así verdad, confesé culpa: hasta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; mas vé, que este bien se gana con dejarlo todo.

¿Qué es esto que se compra con estos dineros, que deseamos? ¿Es cosa de precio? ¿Es cosa durable? ó para qué los queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable, y pena sin fin. ¡O si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin trafagos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra y dineros! Tengo para mí se remediaria todo (1).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XX.

CAPITULO XVI.

Trata de los deleites y aduce una bella comparacion.

Vé de los deleites tan gran ceguedad, y como con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. Qué inquietud! Qué poco contento! Qué trabajar en vano! Aquí no sólo las telarañas vé de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño sea. Porque el Sol está muy claro, y así por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coje este sol, toda se vé muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que sino le dá el sol, está muy claro; y si dá en él, vése que está todo lleno de motas. Al pié de la letra es esta comparacion, ántes de estar el alma en esta éxtasis, parécete, que trae cuidado de no ofender á Dios, y que conforme á sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le dá este sol de Justicia, que la hace abrir los ojos, vé tantas motas, que los querría tornar á cerrar. Porque aun no es tan hijodesta águila caudalosa, que pueda mirar este sol de hito en hito; más por poco que los tenga abiertos, vése toda turbia. Acuérdate del verso que dice: Quien será justo delante de tí? (1). Cuando mira este divino sol, deslúmbrale la claridad; como se mira á sí, el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita: así acaece muy muchas veces quedarse así ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como vé (2).

(1) Quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens. Ps. 142, v. 2.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XX.

CAPITULO XVII.

De la diferencia de amigos y de Señores.

Comenzóme mucho mayor amor, y confianza deste Señor en viéndole, como quien tenía conversacion tan continua. Vése que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura sujeta á muchas caidas, por el primer pecado que él habia venido á reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por Señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas, ha de haber horas de hablar, y señaladas personas que las hablen: si es algun pobrecito que tiene algun negocio, mas rodeos, y favores, y trabajos le ha de costar tratarlo. O que si es con el Rey! Aquí no hay tocar gente pobre, y no caballerosa, sino preguntar quien son los mas privados, y á buen seguro que no sean personas que tengan al mundo debajo de los piés, porque estos hablan verdades, que no temen ni deben, no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar, por no ser desfavorecidos.

O Rey de gloria, y Señor de todos los Reyes, cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! Cómo no son menester terceros para Vos! Con mirar vuestra persona, se vé luego que sois solo el que mereceis que os llamen Señor, segun la

Majestad mostráis, no es menester gente de acompañamiento, ni de guarda, para que conozcan que sois Rey; porque acá un Rey solo, mal se conocerá por sí, aunque él mas quiera ser conocido por Rey, no le creerán, que no tiene mas que los otros, es menester que se vea por que lo creer. Y ansí es razon tengan estas autoridades postizas, porque si no las tuviere, no le ternían en nada: porque no sale de sí el parecer poderoso, de otros le ha de venir la autoridad. O Señor mio! O Rey mio! Quién supiera ahora representar la Majestad que teneis? Es imposible dejar de ver que sois grande Emperador en Vos mesmo, que espanta mirar esta Majestad: más, más espanta, Señor mio, mirad con ella vuestra humildad, y el amor que mostráis á una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quiéremos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra Majestad, con quedar mayor para no ofenderos, mas no por miedo del castigo, Señor mio, porque este no se tiene en nada, en comparacion de no perderos á Vos (1).

CAPITULO XVIII.

Sean los padres para sus hijos modelos de virtud y espejo donde se miren.—De las compañías.

1. Considero algunas veces, cuán mal lo hacen los padres, que no procuran vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras (2).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXVII.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. II.

2. Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres, que en esta edad (la de la mocedad) tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural ántes á lo peor, que á lo mejor.... Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía (1).

CAPITULO XIX.

De las mercedes de Dios.

Si no me hubiera nuestro Señor hecho las mercedes que me ha hecho, no me parece tuviera ánimo para las obras que se han hecho, ni fuerza para los trabajos que se han pasado, y contradicciones y juicios. Y ansí, despues que se comenzaron las fundaciones, se me quitaron los temores que ántes traía de pensar ser engañada, y se me puso certidumbre que era Dios, y con esto me arrojaba á cosas dificultosas, aunque siempre con consejo y obediencia, por donde entiendo, que como quiso nuestro Señor despertar el principio de esta Órden, y por su misericordia me tomó por medio, había su Majestad de poner lo que me faltaba, que era todo, para que hubiera efecto, y se mostrase mejor su grandeza en cosa tan ruín (2).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. II.

(2) *Fragmento LXXXVI*, tomo IV.

CAPITULO XX.

Encomendar á Dios todos nuestros negocios.—De la doctrina de la Cruz.—Conserva el Señor en los buenos propósitos.

1. Estoy considerando las romerías y oraciones en que V. E. andará ocupada ahora; y cómo muchas veces le parecerá, era vida mas descansada la prision. O váleme Dios, qué vanidades son las de este mundo! Y cómo es lo mejor no desear descanso, ni cosa dél! Sino poner todas las que nos tocaren, en las manos de Dios, que él sabe mejor lo que nos conviene, que nosotros lo pedimos (1).

2. Jesús, María y José, sean en el alma de mi padre Fray Juan de Jesús. Recibí la carta de V. R. en esta cárcel, á donde estoy con sumo gusto, pues paso todos mi trabajos por mi Dios y por mi religion. Lo que me dá pena, mi padre, es la que V. S. Reverencias tienen de mí: esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mio, no tenga pena, ni los demás la tengan; que como otro Pablo (aunque no en santidad) puedo decir: Que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religion, son regalos y mercedes para mí (2).

Nunca me he visto más aliviada de trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer á los afligidos

(1) Carta IX tomo I. de las cartas.

(2) In laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum. S. Pablo, II, cor. c. XI, v. 23.

y encarcelados, con su ayuda y favor. Doy á mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos, por la merced que me hace en esta cárcel. Hay (mi hijo y Padre), hay mayor gusto, ni más regalo, ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios? Cuándo estuvieron los santos en su centro y gozo, sino cuando padecían por su Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios, y el más cierto; pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así, padre mio, cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abracemos; y el día que nos faltaren, hay de la Religión descalza! Y hay de nosotros! (1).

3. Jesús sea con V. S. mercedes. Su carta recibí. Siempre me dá mucho contento saber de V. S. ms. y ver como las tiene nuestro Señor en sus buenos propósitos; que no es pequeña merced, estando en esa Babilonia, á donde siempre oirán cosas mas para divertir el alma que no para recogerla. Verdad es, que en buenos entendimientos, ver tantos, y tan diferentes sucesos, será parte para conocer la vanidad de todo, y lo poco que dura.

Los de nuestra Orden ha más de un año que andan de suerte, que á quien no entendiese las trazas de nuestro Señor, darian mucha pena. Mas viendo que todo es para purificarse más las almas, y que en fin ha de favorecer Dios á sus siervos, no hay de que la tener, sino mucho deseo de que crezcan los trabajos, y alabar á Dios, que nos ha hecho tan gran merced que padezcamos por la jus-

(1) Carta XXVII, tomo 1 de las Cartas.

ticia. Y vuestras mercedes hagan lo mesmo, y confíen en él, que cuando no se caten, verán cumplidos sus deseos. Su Majestad las guarde con la santidad que yo le suplico. Amen (1).

CAPÍTULO XXI.

De un vivo deseo del martirio.

Tenia un hermano casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque á todos tenía gran amor, y ellos á mí; juntábamonos entrambos á leer vidas de santos : como veía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes, que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habria para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allí nos descazasen : y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos parecia el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto ; y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad (2).

(1) Carta. XLI, tomo 1 de las Cartas.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. I.

CAPÍTULO XXII.

Pladosas exclamaciones á Dios.

1. O deleite mio, Señor de todo lo criado y Dios mio! hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? Qué remedio dais á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de Vos? O vida larga! O vida penosa! O vida que no se vive! O qué sola soledad! Qué sin remedio! Pues cuándo, Señor, cuándo? Hasta cuándo? Qué haré, bien mio, qué haré? Por ventura deseareé no deseáros? O mi Dios y mi Criador! Que llagais y no poneis la medicina : herís y no se vé la llaga : matais, dejando con más vida : en fin, Señor mio, haceis lo que quereis como poderoso. Pues un gusano tan depreciado, mi Dios, quereis sufra estas contrariedades? Sea así, mi Dios, pues Vos lo quereis, que yo no quiero sino quereros. Mas hay, hay, Criador mio! Que el dolor grande hace quejar, y decir lo que no tiene remedio, hasta que Vos querais! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos quereis. Quered, gloria mia, que crezca su pena, ó remediadla del todo. O muerte, muerte! No sé quién te teme, pues está en tí la vida! Mas, quién no temerá, habiendo gastado parte della en no amar á su Dios! Y pues soy ésta, qué pido y qué deseo? Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo permitais Vos, bien mio, que os costó mucho mi rescate. O ánima mia! Deja hacerse la voluntad de tu Dios,

eso te conviene : sirve, y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algun perdon dellas : no quieras gozar sin padecer. O verdadero Señor y Rey mio! Que áun para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré (1).

2. O esperanza mia, y Padre mio, y mi Criador, y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites, con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. O Señor del cielo y de la tierra! Y qué palabras estas para no desconfiar ningun pecador! Fáltaos, Señor, por ventura con quien os deleiteis, que buscáis un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz se oyó cuando el Bautismo que dice que os deleitais con vuestro hijo (2). Pues hemos de ser todos iguales, Señor? O qué grandísima misericordia; y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! Y que todo esto olvidemos los mortales? Acordaos Vos, Dios mio, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabidor. O ánima mia! Considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer á su Hijo, y el Hijo en conocer á su Padre, y la inflamacion con que el Espíritu Santo se junta con ellos : y como ninguna se puede apartar deste amor y conocimiento, porque son una mesma cosa. Estas soberanas Personas se co-

(1) Exclamacion VI.

(2) Hic est filius meus dilectus, in quo mihi complacui. San Mateo, cap. III, v. 17.

nocen, estas se aman, y unas con otras se deleitan. Pues qué menester es mi amor? Para qué le que-
reis, Dios mio? O qué ganais? O bendito seais Vos!
O bendito seais, Dios mio, para siempre! Aláben
os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no le puede
haber en Vos. Alégrate, ánima mia, que hay quien
ame á tu Dios como él merece. Alégrate, que hay
quien conoce su bondad y valor. Dále gracias, que
nos dió en la tierra quien así le conoce, como á su
único Hijo. Debajo deste amparo podrás llegar, y
suplicarle, que pues Su Majestad se deleita contigo,
que todas las cosas de la tierra no sean bastantes á
apartarte de deleitarle tú, y alegrarte en la grandeza
de tu Dios, y en cómo merece ser amado, y ala-
bado, y que te ayude para que tú seas alguna par-
tecita para ser bendecido su nombre, y que puedas
decir con verdad : *engrandece y loa mi ánima al
Señor* (1) (2).

3. O Señor, y verdadero Dios mio! Quien no os
conoce, no os ama. O qué gran verdad es esta!
Mas, ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os
quieren conocer! Temerosa cosa es la hora de la
muerte ; mas ay, ay, Criador mio! Cuán espantoso
será el día á donde se haya de ejecutar vuestra jus-
ticia! Considero yo muchas veces, Cristo mio, cuán
sabrosos, y cuán deleitosos se muestran vuestros
ojos á quien os ama, y Vos, bien mio, quereis mi-
rar con amor. Paréceme que sólo una vez deste
mirar tan suave á las almas que teneis por vuestras,

(1) Magnificat anima mea Dominum. San Lúcas, c. I, v. 46.

(2) Exclamacion VII.

basta por premio de muchos años de servicio. O váleme Dios! Que mal se puede dar esto á entender, sino á los que ya han entendido cuán suave es el Señor! O cristianos, cristianos! Mirad la hermandad que teneis con este gran Dios, conocedle, y no le menospreciéis; que ansí como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible, con espantable furia, para sus perseguidores. O que no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos, y potencias del alma: el que más puede, más traiciones intenta contra su Rey. Ya sabeis, Señor mio, que muchas veces me hacía á mí más temor acordarme si habia de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso dia del juicio final, que todas las penas y furias del infierno que se representaban, y os suplicaba me valiese vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y ansí os lo suplico ahora, Señor. Qué me puede venir en la tierra, que llegue á esto? Todo junto lo quiero, mi Dios, y líbrame de tan gran afliccion. No deje yo á mi Dios, no deje de gozar de tanta hermosura en paz: vuestro Padre nos dió á Vos, no pierda yo, Señor mio, joya tan preciosa. Confieso, Padre Eterno, que la he guardado mal, mas aun remedio hay, Señor, remedio hay, mientras vivimos en este destierro. O hermanos, ó hermanos, é hijos deste Dios! Esforcémonos, esforcémonos, pues sabeis que dice Su Majestad, que en pesándoos de haberle ofendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. O piedad tan sin medida! Qué más queremos! Por

ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos dá este Señor piadoso, y Dios nuestro : pues quiere amistades, quién las negará á quien no negó derramar toda su sangre, y perder la vida por nosotros? Mira que no es nada lo que pide, que por nuestro provecho nos está bien el hacerlo. O váleme Dios, Señor! O qué dureza! O qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja ó un gavilan, que no aprovecha de más de dar un gustillo á la vista de verle volar por el aire, nos dá pena, y que no la tengamos de perder esta Aguila caudalosa de la Majestad de Dios, y un Reino, que no ha de tener fin el gozarle! Qué es esto? Qué es esto? Yo no lo entiendo: remediad, Dios mio, tan gran desatino y ceguedad (1).

CPÍTULO XXIII.

De las armas y blasones de Nuestro Señor Jesucristo.

O Hijo del Padre Eterno Jesucristo Señor nuestro, Rey verdadero de todo! Qué dejastes en el mundo, que pudimos heredar de Vos vuestros descendientes! Qué poseísteis, Señor mio, sino trabajos, y dolores, y deshonras, y aún no tuvistes sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? En fin, Dios mio, que los que quisiéremos ser vuestros hijos verdaderos, y no renunciar

(1) Exclamacion XIV.

la herencia, no nos conviene huir del padecer. Vuestras armas son cinco llagas: ea pues, hijas mías, está ha de ser nuestra divisa, si hemos de heredar su Reino, no con descansos, no con regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que él compró con tanta sangre. O gente ilustre! Abrid por amor de Dios los ojos, mira que los verdaderos caballeros de Jesucristo, y los Príncipes de su Iglesia, un San Pedro y San Pablo no llevaban el camino que llevais. Pensais por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros? No lo creais (1).

CAPÍTULO XXIV.

Que los trabajos son el mejor, y más sabroso sustento para el alma.—Alienta en sus trabajos con la memoria de los de Cristo.—Las cosas temporales, á vista de las eternas, pierden su precio y estimacion.

1. Cayóme en gracia saber que ahora de nuevo desea V. Paternidad trabajos. Déjenos por amor de Dios, pues no los ha de pasar á sólas. Descansemos algunos dias. Yo bien entiendo, que es un manjar, que quien le gustare una vez de veras, entenderá que no puede haber mejor sustento para el alma. Mas como no sé si se extiende á más de la misma persona, no lo puedo desear. Quiero decir, que de padecer uno de sí, ó ver padecer á su pró-

(1) *Fundaciones*, cap. X.

jimo, debe haber harta diferencia. Contienda es esta, para que cuando vea á V. Paternidad, me la declare. Plegue á nuestro Señor, que acertemos á servirle, sea por donde él quisiere, y guarde á V. Paternidad muchos años, con la santidad que le suplico. Amen (1).

2. Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea con V. merced, hermana mía. En extremo he deseado saber cómo está, y les ha ido esta Pascua. Puede creer que han pasado muchas, que nunca tan presente tuve á V. merced, y á esa casa, para recomendarlos á nuestro Señor. Y aun para darme pena sus trabajos. Sea él bendito, que no vino al mundo á otra cosa, sino á padecer: y como entiendo que quien más le imitase en esto, guardando sus mandamientos, más gloria terná, esme harto consuelo: aunque me le diera más pasarlos yo, y que V. merced tuviera el premio, ó estar á donde más pudiera tratar á V. merced. Mas pues el Señor ordena otra cosa, sea por todo bendito (2).

3. Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea con V. merced. Aunque no he hecho esto ántes de ahora, puede V. merced estar cierta, que no la olvido delante de nuestro Señor en mis pobres oraciones, y que me da contento el que V. merced tiene. Plegue á nuestro Señor le goce muchos años en su servicio, que yo espero en Su Majestad no impedirá nada á V. merced para esto, aunque haya

(1) Carta XXV III, tomo II de las Cartas.

(2) Carta LIII, tomo II de las Cartas.

estorbos. Todas las cosas que llaman bienes en esta vida miserable, lo son: y así le aprovechará á V. merced muy mucho haber estado los años pasados empleada en Dios, para que dé á cada cosa su valor, y como lo que ha de acabarse tan presto, no lo estime (1).

(1) Carta LXX, tomo II de las Cartas.

LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

De la oracion

La oracion es el acto de dirigir el alma a Dios, y es el fundamento de toda vida espiritual. En la oracion se expresa el deseo de comunión con Dios, y se busca la gracia para vivir en su amor. La oracion es un deber para todo cristiano, y es el medio por el cual se fortalece la fe y se purifica el coraz3n.

Hay tres 3rdenes de oracion: la oracion de adoracion, la oracion de petici3n y la oracion de acci3n de gracias. La oracion de adoracion es el acto de reconocer la grandeza de Dios y de rendirle culto. La oracion de petici3n es el acto de pedir a Dios por las necesidades de los otros y por el bien de la Iglesia. La oracion de acci3n de gracias es el acto de agradecer a Dios por sus beneficios y por su misericordia.

La oracion debe ser hecha con pureza de coraz3n y con f3 en Dios. No se debe orar por vanidad o por intereses terrenos. La oracion debe ser hecha en silencio y con humildad. La oracion es el momento en el que el alma se eleva hacia Dios y se abre a su amor.

La oracion es el alimento del alma, y es el medio por el cual se alcanza la paz y la felicidad. La oracion es el acto de amor que nos une con Dios y con los otros. La oracion es el acto de entrega que nos libera de los pecados y nos hace hijos de Dios.

La oracion es el acto de fe que nos da la certeza de que Dios est3 con nosotros. La oracion es el acto de esperanza que nos da la seguridad de que Dios nos oye. La oracion es el acto de amor que nos hace capaces de amar a los otros como Dios nos ha amado.

La oracion es el acto de comunión que nos hace miembros del cuerpo de Cristo. La oracion es el acto de unidad que nos hace pueblo de Dios. La oracion es el acto de santidad que nos hace hijos de la gloria.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la oracion.

1. Aconsejaria yo á los que tienen oracion, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo: es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos á otros con sus oraciones, cuanto más que hay muchas más ganancias. Y no sé yo por qué, pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos, se ha de permitir, que quien comenzase de veras á amar á Dios, y á servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oracion. Porque si es de verdad el amistad que quiere tener con Su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá dello con mérito: y creo que el que tratando con esta intencion lo tratase, que aprovechará á sí y á los que le oyeren, y saldrá más enseñado así en entender, como en enseñar á sus amigos. El que

de hablar en esto tuviere vanagloria, también la terná en oír misa con devoción, si le ven, y en hacer otras cosas, que so pena de no ser cristiano las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto, para almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal, que no sé como lo encarecer (1).

1. Ha de hacer cuenta el que comienza á tener oración, que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las nuevas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oración una alma, y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores que den de sí gran olor, para dar recreación á este Señor nuestro, y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta y á holgarse entre estas virtudes (2).

3. Puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse á enamorarse mucho de su Sagrada Humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con él, pedirle para sus necesidades, y quejarse de sus trabajos, alegrarse con él en sus contentos, y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones com-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VII.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XI.

puestas, sino palabras conforme á sus deseos y necesidades. Es excelente manera de aprovechar y muy en breve; y quien trabajare á traer consigo esta preciosa compañía, y se aprovechase mucho della, y de veras cobrase amor á este Señor, á quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado (1).

4. Comencé á tornar á la oracion, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oracion entendia más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguia al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios. Teníanme atada las del mundo. Parece que queria concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos y gustos, y pasatiempos sensuales. En la oracion pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podia encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oracion, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto, qué sujeto bastó á sufrir, que no dejase lo uno ú lo otro; bien sé que dejar la oracion no era ya en mi mano, porque me tenia con las suyas, el que me quería para hacerme mayores mercedes (2).

5. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado á tener oracion, con decir: si torno á ser malo, es peor ir adelante en el ejercicio della. Yo lo creo, si se deja la oracion, y no se enmienda

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XII.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. VII.



del mal; mas si no la deja, crea que le sacará á puerto de luz (1).

6. Ya sabeis, que discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades, es otro. Decís quizá, que no me entendeis, y verdaderamente podrá ser que no lo entienda yo para saberlo decir; mas dirélo como supiese. Llamo yo meditacion al discurrir mucho con el entendimiento desta manera. Comenzamos á pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos á su único hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante á los misterios de toda su gloriosa vida; ó comenzamos en la Oracion del Huerto, y no para el entendimiento, hasta que está puesto en la Cruz; ó tomamos un poco de la Pasion, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él, y que sentir, así de la traicion de Judas, como de la huida de los Apóstoles y todo lo demás: y es admirable y muy meritoria oracion (2).

7. De lo que V. S. tiene del querer salir de la oracion no haga caso, sino alabe al Señor del deseo que trae de tenerla, y crea que la voluntad eso quiere, y ama estar con Dios. La melancolía congójase de parecer se le ha de hacer premio. Procure V. S. algunas veces, cuando se ve apretado, irse á donde vea el cielo, y andarse paseando, que no se quitará la oracion por eso, y es menester llevar esta flaqueza de arte, que no se apriete el na-

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VII.

(2) *Moradas sextas*, cap. VII.

tural. Todo es buscar á Dios, pues por él andamos á buscar medios, y es menester llevar el alma con suavidad. Para esto y para todo entenderá mejor mi Padre Retor lo que conviene (1).

CAPITULO II.

Qué es oracion de quietud y de union.

1. Comenzó el Señor á regalarme tanto, que me hacia merced de darme oracion de quietud, y alguna vez llegaba á union, aunque yo no entendia qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es, que duraba tan poco esto de union que no sé si era Ave María; más quedaba con unos afectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traia el mundo debajo de los piés, y ansí me acuerdo, que habia lástima á los que le seguian, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podia traer á Jesucristo, nuestro Bien y Señor, dentro de mi presente, y ésta era mi manera de oracion. Si pensaba en algun paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreacion; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento ni aprovecharme con la imaginacion, que la tengo tan torpe, que áun para pensar, y representar en mí, como lo procuraba traer la humanidad del Señor, nunca acababa. Y

(1) Carta III, tomo iv.

aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento, llegan más presto á la contemplacion, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupacion de la voluntad, y el haber en que se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo, y ejercicio, y da gran pena la soledad, y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposicion, les conviene más pureza de conciencia que á las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurre en lo que es mundo, y en lo que debe á Dios, y en lo mucho que sufrió, y en lo poco que le sirve, y lo que da á quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos, y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor, y conviéndele ocuparse mucho en leccion, pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña aprieta en que sin leccion (que ayuda mucho para recoger á quien desta manera proceda, y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oracion mental que no puede tener) digo que sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oracion, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño á la salud si porfía, porque es muy penosa cosa... Muchas veces he pensado, espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, áun en esta vida, ningun deseo bueno:

por ruines é imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mio las iba mejorando y perficionando, y dando valor, y los males y pecados luego los escondia. Aun en los ojos de quien los ha visto permite Su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud que el mesmo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga (1).

2. Es, pues, esta oracion (de quietud) una centellica, que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor, con regalo... Es esta centella una señal, ó prenda que da Dios á esta alma, de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibillas; es gran don, mucho más de lo que yo podré decir... Lo que ha de hacer el alma en los tiempos desta quietud, no es más de con suavidad, y sin ruido; llamo ruido, andar con el entendimiento buscando muchas palabras, y consideraciones, para dar gracias deste beneficio, y amontonar pecados suyos, y faltas, para ver que no lo merece (2).

CAPÍTULO III.

Qué es oracion mental.

1. No es otra cosa oracion mental, á mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando á solas con quien sabemos nos ama. Y si

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. IV.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XV.

vos aún no le amais, porque para ser verdadero e, amor, y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensuall ingrata, no podeis acabar con Vos de amarle tanto porque no es de vuestra condicion; más viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de Vos (1).

2. Sabed, hijas, que no está la falta para ser, ó no ser oracion mental, ni tener cerrada la boca: sí hablando estoy enteramente entendiendoy viendo que hablo con Dios, con mas advertencia que en las palabras que digo, junto esta oracion mental y vocal. Salvo si no os dicen que esteis hablando con Dios, rezando el *Pater noster*, y pensando en el mundo, aquí callo; mas si habeis de estar, como es razon se esté hablando con tan gran Señor, es bien esteis mirando con quien hablais, y quien sois vos, siquiera para hablar con crianza. Porque cómo podeis hablar, y llamar al Rey Alteza, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar á un grande, sino en ten-deis bien qué estado tiene, y qué estado teneis vos. Porque conforme á esto se ha de hacer el acatamiento y conforme al uso: porque aun esto es menester tambien que sepais, sino enviaros han para simple, y no negociareis cosa. Pues qué es esto, Señor mio? Qué es esto, mi Emperador? Cómo se puede sufrir? Rey sois Dios mio sin fin, que no es

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. VIII.

Reino prestado el que teneis. Cuando en el Cielo se dice, vuestro Reino no tiene fin, casi siempre me es particular regalo. Aláboos Señor, y bendígoos para siempre: en fin, vuestro Reino durará para siempre. Pues nunca Vos Señor permitais se tenga por bueno, que quien fuere á hablar con Vos sea solo con la boca. Qué es esto, Cristianos? Los que decís no es menester oracion mental, entendeis os? Cierto que pienso que no os entendeis, y así quereis desatinemos todos, ni sabeis cuál es oracion mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplacion, porque si lo supiéredes, no condenariades por un cabo, lo que alabais por otro. Yo he de poner siempre junta oracion mental con la vocal, cuando se me acordare, porque no os espanten hijas, que yo sé en qué caen esas cosas, que he pasado algun trabajo en este caso; y así querria que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir con miedo este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque diciendo á algun caminante, que va errado y que ha perdido el camino, le acaece andar de un cabo á otro, y todo lo que anda buscando por donde ha de ir, se cansa y gasta el tiempo, y llega más tarde. Quién puede decir que es mal, si comienza uno á rezar las horas ó el rosario; que comience á pensar con quién vá á hablar, y quién es el que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo, Hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos, se hiciese bien, que primero que comenceis la oracion vocal, que vais á rezar, ocupeis harto

tiempo en la mental. Sí, que no hêmos de llegar á hablar á un Príncipe con el descuido que á un labrador, ó como á un pobre, como nosotras, que como quiera que nos hablaren, va bien. Razon es que ya que por la humildad deste Rey, si como grosera no sé hablar con él, no por eso me deja de oír, ni me deja de llegar á sí, ni me echan fuera sus guardas (porque saben los Angeles que están allí, la condicion de su Rey, que gusta más desta grosería de un pastorcillo humilde, que vé que si más supiera, más dijera, que de los muy sabios letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad) ansí, que no porque él sea bueno, hemos de ser nosotros descomedidos. Siquiera para agradecerle el mal olor que sufre en consentir cabe sí una como yo, es bien que procuremos conocer su limpieza y quién es. Es verdad, que se entiende luego en llegando, como con los Señores de acá; con que nos digan quien fué su padre, y los cuentos que tiene de renta, y el dictado, no hay más que saber, porque acá no se hace cuenta de las personas, para hacerles honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. O miserable mundo! Alabad mucho á Dios, hijas mias, que habeis dejado cosa tan ruin, á donde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos; y si ellos faltan, luego falta el mundo de hacerles honra. Cosa donosa es esta, para que os holgueis, cuando hayais todas de tomar alguna recreacion, que este es buen pasatiempo, entender cuán ciegamente pasan su tiempo los del mundo.

O Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la misma sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber términos en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura, que tiene en sí todas las hermosuras, la misma fortaleza. O váleme Dios, quién tuviera aquí junta toda la elocuencia de los mortales, y sabiduría para saber bien (como acá se puede saber, que todo es no saber nada) para en este caso dar á entender alguna de las muchas cosas, que podemos considerar para conocer algo de quien es este Señor, y Bien nuestro. Sí, llegaos á pensar, y entender, en llegando, con quién vais á hablar, ó con quién estais hablando. En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor, que los Angeles tiemblan delante de él, todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar. Pues razon será, hijas mias, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener. O váleme Dios! Pues acá cuando uno se casa, primero sabe con quién, y quién és y qué tiene: nosotras ya desposadas, antes de las bodas, que nos ha de llevar á su casa, no pensaremos en nuestro Esposo? Pues acá no quitan estos pensamientos á las que están desposadas, por qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre, y quién es su padre, y qué tierra es esta á donde me ha de llevar, y qué bienes son los que promete darnos, qué condicion tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué

le haré placer, y estudiar cómo haré mi condicion que conforme con la suya? Pues si una mujer ha de ser bien casada, no la avisan otra cosa, sino que procure esto, aunque sea hombre muy bajo su marido. Pues, Esposo mio, en todo han de hacer ménos caso de Vos, que de los hombres? Si á ellos no les parece bien esto, déjenos nuestras esposas, que han de hacer vida con Vos. Es verdad, que es buena vida, si un esposo es tan celoso, que quiere no trate con nadie su esposa, linda cosa es, que no piense cómo le harán este placer, la razon que tiene de sufrirle no querer que trate con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer. Esta es oracion mental, hijas mias, entender estas verdades. Si quereis ir entendiendo esto, y rezando vocalmente, muy enhorabuena, no me esteis hablando con Dios, y pensando en otras cosas, que esto hace no entender qué cosa es oracion mental: creo va dado á entender, plega al Señor lo sepamos obrar. Amen (1).

CAPÍTULO IV.

Locuciones de Dios en la oracion.

Otra manera tiene Dios de despertar á el alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser más peligrosa, y por eso me deterné algo en ello, que son unas hablas con el alma de muchas maneras, unas parece vienen de fuera, otras de lo más interior del alma, otras de lo

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXII.

superior della; otras tan en lo exterior, que se oyen con los oidos porque parece es voz formada. Algunas veces, y muchas puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginacion ó melancólicas (digo de melancolía notable); destas dos maneras de personas no hay que hacer caso, á mi parecer, aunque digan que ven, y oyen, y entienden, ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oírlas como á personas enfermas, diciendo á la Priora, ó confesor á quien lo dijere, que no haga caso dello, que no es la sustancia para servir á Dios; y que á muchos ha engañado el demonio por allí, aunque no será quizá así á ella, por no la affigir mas que trae con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que jurará que lo vé, y lo oye, porque le parece así.

Verdad es, que es menester traer cuenta con quitarle la oracion, y lo más que se pudiere, que no haga caso dello; porque suele el demonio aprovecharse destas almas así enfermas, aunque no sea para su daño, para el de otras, ya enfermas, ya sanas; siempre destas cosas hay que temer, hasta ir entendiendo el espíritu. Y digo, que siempre es lo mejor á los principios deshacersele; porque si es de Dios, es mas ayuda para ir adelante, y antes crece cuando es probado. Esto es así, mas no sea apretando mucho el alma, é inquietándola; porque verdaderamente ella no puede más.

Pues tornando á lo que decia de las hablas con el ánima de todas las maneras que he dicho, pueden ser de Dios, y tambien del demonio, y de la

imaginacion. Diré (si acertase) con el favor del Señor, las señales que hay de entender estas diferencias, y cuándo serán estas hablas peligrosas; porque hay muchas almas que las entienden entre gente de oracion, y querría, hermanas, que no penseis haceis mal en no las dar crédito, ni tampoco en dársele. Cuando son solamente para vosotras mismas de regalo, ó aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, ó sean antojo, que poco va en ello. De una cosa os aviso, que no penseis, aunque sean de Dios, sereis por eso mejores, que harto habló á los fariseos, y todo el bien está cómo se aprovechan destas palabras; y ninguna que no vaya muy conforme á la Escritura, hagais más caso dellas que si las oyéredes al mesmo demonio: porque aunque sean de vuestra flaca imaginacion, es menester tomarse como una tentacion de cosas de la fé, y así resistid siempre, para que se vayan quitando; y sí quitarán, porque llevan poca fuerza consigo.

✓ Pues tornando á lo primero, que venga de lo interior, que de lo superior, que de lo exterior, no importa para dejar de ser Dios. Las más ciertas señales que se pueden tener, á mi parecer, son estas. La primera, y más verdadera, es el poderío, y señorío que trae consigo, que es hablando y obrando. Declaróme más. Está un alma en toda la tribulacion, y alboroto interior, que queda dicho, y escuridad del entendimiento, y sequedad: con una palabra destas que diga solamente, «no tengas pena», queda sosegada, y sin ninguna, y con gran

luz, quitada toda aquella pena, con que le parecía que todo el mundo, y letrados que se juntáran á darle razones para que no la tuviese, no la pudieran, con cuanto trabajáran, quitar de aquella afliccion.

Está afligida por haberle dicho su confesor, y otros, que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor; y con una palabra que se le diga solo, *Yo soy, no hayas miedo*, se le quita del todo, y queda consoladísima, y pareciéndole que ninguno bastará á hacerla creer otra cosa. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no sabe cómo han de suceder, entiende, que se sosiegue, que todo sucederá bien : queda con certidumbre, y sin pena, y de esta manera otras muchas cosas.

La segunda señal, una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto, y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios. ¡O Señor! Si una palabra enviada á decir con un page vuestro, que á lo que dicen (al menos estas en esta morada, no las dice el Señor, sinó algun angel) tienen tanta fuerza, ¿qué tal la dejareis en el alma, que está atada por amor con Vos, y Vos con ella?

La tercera señal es, no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos; digo, que oimos de los hombres, que aunque sean muy graves, y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco si son en cosas por venir las creemos como á estas, que queda una

certidumbre grandísima, de manera que (aunque algunas veces en cosas muy imposibles, al parecer, no deja de venirle duda, si será, ó no será, y anda con algunas vacilaciones el entendimiento) en la misma alma está una seguridad, que no se puede rendir, aunque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años, no se le quita aquel pensar, que Dios buscará otros medios, que los hombres no entienden, mas que en fin se ha de hacer, y así es que se hace.

Aunque (como digo) no se deja de padecer, cuando vé muchos desvíos, porque como ha tiempo que lo entendió, y las operaciones, y certidumbres, que al presente quedan ser Dios, es ya pasado, han lugar estas dudas, pensando si fué demonio, si fué de la imaginacion; ninguna destas le queda al presente, sino que moriría por aquella verdad. Mas como digo, con todas estas imaginaciones, que debe poner el demonio para dar pena, y acobardar el alma, en especial si es en negocio, que en el hacerse lo que se entendió ha de haber muchos bienes de almas, y son obras para gran honra, y servicio de Dios, y en ellas hay gran dificultad, ¿qué no hará? Al menos enflaquece la fé, que es harto daño no creer que Dios es poderoso, para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos.

Con todos estos combates, aunque haya quien diga á la misma persona que son disbarates (digo los confesores con quien se traten estas cosas) y con cuantos malos sucesos hubiere para dar á entender que no se pueden cumplir, queda una centella, no

sé donde, tan viva de que será, aunque todas las demás esperanzas estén muertas, que no podría, aunque quisiese, dejar de estar viva aquella centella de seguridad. Y en fin (como he dicho) se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta, y alegre, que no querría sino alabar siempre á Su Majestad, y mucho más por ver cumplido lo que se le habia dicho, que por la mesma obra, aunque le vaya muy mucho en ella.

No sé en qué va esto, que tiene en tanto el alma, que salgan estas palabras verdaderas, que si á la mesma persona la tomasen en algunas mentiras, no creo sentiria tanto: como si ella en esto pudiese más, que no dice, sino lo que la dicen. Infinitas veces se acordaba cierta persona de Jonás profeta, sobre esto, cuando temia, no habia de perderse Nínive. En fin, como es espíritu de Dios, es razon se le tenga esta fidelidad, en desear no le tengan por falso, pues es la suma verdad. Y así es grande la alegría, cuando despues de mil rodeos, y en cosas dificultosísimas lo ven cumplido; aunque á la mesma persona se le hayan de seguir grandes trabajos dello, los quiere más pasar, que no que deje de cumplirse lo que tiene por cierto le dijo el Señor. Quizá no todas las personas ternán esta flaqueza (si lo es) que no le puedo condenar por malo. Si son de la imaginacion, ninguna destas señales hay, ni certidumbre, ni paz, y gusto interior. Salvo que podria acaecer (y aun yo sé de algunas personas á quien ha acaecido) estando muy embebidas en oracion de quietud, y sueño espiritual, que algunas son tan

flacas de complexion, ó imaginacion, ó no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí, que no se sienten en lo exterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme (y aun quizá es así, que están adormecidas) como manera de sueño les parece que las hablan, y aun que ven cosas y piensan que es de Dios, y deja los efectos en fin como de sueño. Y tambien podría ser pidiendo una cosa á nuestro Señor afectuosamente parecerles que les dicen lo que quieren, y esto acaece algunas veces. Mas á quien tuviere mucha esperiencia de las hablas de Dios, no le podrá engañar en esto, á mi parecer.

De la imaginacion, y del demonio hay más que temer, mas si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asegurar ser de Dios, aunque no de manera, que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí, ó de negocios de terceras personas, jamás haga nada, ni le pase por pensamiento, sin parecer de confesor letrado, avisado, y siervo de Dios, aunque más, y más entienda, y le parezca claro ser de Dios. Porque esto quiere Su Majestad, y no es dejar de hacer lo que él manda, pues nos tiene dicho tengamos al confesor en su lugar á donde no se puede dudar ser palabras suyas; y estas ayudan á dar ánimo, si es negocio dificultoso, y nuestro Señor le porná al confesor, y le hará crea es espíritu suyo, cuando él lo quisiere; y sino, no están más obligados. Y hacer otra cosa sino lo dicho, y regirse nadie por su

parecer en esto, téngalo por cosa muy peligrosa; y así hermanas, os amonesto de parte de nuestro Señor, que jamás os acaezca.

Otra manera hay, cómo habla el Señor al alma, que yo tengo para mí ser muy cierto de su parte, con alguna vision intelectual, que adelante diré cómo es. Están en lo íntimo del alma, y parecele tan claro oír aquellas palabras con los oídos del alma al mismo Señor, y tan en secreto, que la misma manera de entenderlas, con las operaciones que hace la misma vision, asegura y da certidumbre, no poder el demonio tener parte allí. Deja grandes efectos para creer esto, al ménos hay seguridad de que no procede de la imaginacion, y tambien si hay advertencia la puede siempre tener de esto, por estas razones.

La primera, porque debe ser diferente en la claridad de la habla, que esté tan clara, que una sílaba que falte de lo que entendió, se acuerda; y si se dijo por un estilo ó por otro, aunque sea todo una sentencia, y en lo que se antoja por la imaginacion, será habla no tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada. La segunda, porque acá no se pensaba muchas veces en lo que se entendió, digo que es á deshora, y aún algunas estando en conversacion, aunque hartas se responde á lo que pasa de presto por el pensamiento, ó á lo que ántes se ha pensado; mas muchas es en cosa que jamás tuvo acuerdo de que habian de ser, ni serian, y así no las podia haber fabricado la imaginacion, para que el alma se engañase en antojár-

sele lo que no habia deseado, ni querido, ni venido á su noticia. La tercera, porque lo uno es como quien oye, y lo de la imaginacion, es como quien va componiendo lo que él mesmo quiere que le digan poco á poco. La cuarta, porque las palabras son muy diferentes, y con una se comprende mucho, lo que nuestro entendimiento no podría comprender tan de presto. La quinta, porque junto con las palabras, muchas veces (por un modo que yo no sabré decir) se da á entender mucho más de lo que ellas suenan, sin palabras. En este modo de entender, hablaré en otra parte más, que es cosa muy delicada, y para alabar á nuestro Señor; porque en esta manera y diferencias, ha habido personas muy dudosas, en especial alguna por quien ha pasado: y así habrá otras que no acababan de entenderse: y así sé que lo ha mirado con mucha advertencia (porque ha sido muy muchas veces las que el Señor le hace esta merced) y la mayor duda que tenia era en esto, si se le antojaba á los principios; que el ser demonio más presto se puede entender; aunque son tantas sus sutilezas, que sabe bien contrahacer el espíritu de luz; mas será (á mi parecer) en las palabras, decirlas muy claras, que tampoco queda duda si se entendieron como en el espíritu de verdad: mas no podrá contrahacer los efectos que quedan dichos, ni dejar esa paz en el alma, ni luz, ántes inquietud, y alboroto; mas puede hacer poco daño, ó ninguno, si el alma es humilde, y hace lo que he dicho, de no se mover á hacer nada, por cosa que entienda. Si son favo-

res y regalos del Señor, mire con atención si por ellos se tiene por mejor, y si mientras mayor palabra de regalo, no quedare más confundida, crea que no es espíritu de Dios, porque es cosa muy cierta, que cuando lo es, mientras mayor merced le hace, muy más en ménos se tiene la misma alma, y más acuerdo trae de sus pecados, y más olvidada de su ganancia, y más empleada su voluntad, y memoria en querer sólo la honra de Dios, ni acordarse de su propio provecho, y con más temor anda de torcer en ninguna cosa su voluntad, y con mayor certidumbre de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno.

Como hagan estos efectos, todas las cosas y mercedes que tuviere en la oración, no ande el alma espantada, sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel, y no dejará que el demonio la engañe, aunque siempre es bien se ande con temor. Podrá ser, que á las que no lleva el Señor por este camino, les parezca que podrian estas almas no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, distraerse de manera que no se admitan, y con esto andarán sin estos peligros. A esto respondo, que es imposible : no hablo de los que se les antoja, que con no estar tanto apeteciendo alguna cosa, ni queriendo hacer caso de las imaginaciones tienen remedio. Acá ninguno, porque de tal manera el mismo espíritu que habla, hace parar todos los otros pensamientos, y advertir á lo que se dice, que en alguna manera me parece (y creo es así) que sería más posible no entender á una per-

sona que hablase muy á voces, otra que oyese muy bien, porque podría no advertir, y poner el pensamiento, y entendimiento en otra cosa. Mas en lo que tratamos, no se puede hacer, no hay oídos que se atapar, ni poder para pensar, sino en lo que se la dice, en ninguna manera; porque el que pudo hacer parar el sol por petición (de Josué creo era) puede hacer parar las potencias, y todo el interior de manera, que vé bien el alma, que otro mayor Señor gobierna aquel castillo que ella, y hácela harta devoción, y humildad; así que en escusarlo no hay remedio ninguno. Dénsle la Divina Majestad, para que solo pongamos los ojos en contentarle, y nos olvidemos de nosotros mismos, como he dicho. Amen. Plega á él, que haya acertado á dar á entender lo que en esto he pretendido, y que sea de algun aviso para quien lo tuviere (1).

CAPÍTULO V.

Del Padre nuestro.

1. Pues de tal Maestro, como quien nos enseñó esta oracion, y con tanto amor, y deseo de que nos aprovechára, nunca Dios quiera, que no nos acordemos dél muchas veces, cuando decimos la oracion, aunque por flacos no sean todos. Pues en cuanto á lo primero, ya sabeis que enseña Su Majestad, que sea á solas, que así lo hacia él siempre

(1) *Moradas sextas*, cap. III.

que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios, y con el mundo, que no es otra cosa estar rezando, y escuchando por otra parte lo que están hablando, ó pensar en lo que se le ofrece, sin más irse á la mano (1).

2. Ahora, pues, tornemos á nuestra oracion vocal, para que se rece de manera, que sin entendernos, nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razon, la examinacion de la conciencia, y decir la confesion, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero; luego, hija, procurad, pues estais sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mesmo Maestro que enseñó la oracion que vais á rezar? Representad al mesmo Señor junto con Vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no esteis sin tan buen amigo. Si os acostumbrais á traerle cabe Vos, y él ve que lo haceis con amor, y que andáis procurando contentarle, no le podreis, como dicen, echar de Vos: no os faltará para siempre: ayudaros há en todos vuestros trabajos: tenerle heis en todas partes. ¿Pensais que es poco un tal amigo al lado? O hermanas! Las que no podeis tener mucho discurso en el entendimiento, ni podeis tener el pensamiento sin divertirnos, acostumbraos: mirad que sé yo que podeis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo, de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y ésto

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXIV.

muy grande, mas sí, que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad á pedírselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en más; no nos duele el tiempo en cosa que tambien se gasta : ¿quién va tras nos-ótras? Digo que esto puede acostumbrarse á ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penseis en él, ni que saqueis muchos conceptos, ni que hagais grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento, no os pido más de que le mireis. Pues quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podeis más, á este Señor? Pues podeis mirar cosas muy feas, y no podeis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar (1)?

3. Padre nuestro, que estás en los cielos. O Señor mió, cómo parecis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seais Vos por siempre jamás. No fuera al fin de la Oracion esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y haceis tan gran merced, que sería harto bien henchiese el entendimiento, para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. O qué bien venia aquí, hijas, contemplacion perfecta! O con cuánta razon entraría el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí mesma á que le diese este Santo Hijo á entender, qué cosa es el lugar á donde dice que está su Padre, que es en los Cielos! Sal-

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXVI.

gamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razon se tenga en tan poco, que despues que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. O Hijo de Dios y Señor mio! Cómo dais tanto junto á la primera palabra? Ya que os humillais á Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja, y miserable, como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que quereis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligasle á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos á él, como el hijo pródigo. Hános de perdonar, hános de consolar en nuestros trabajos, hános de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y despues de todo esto, hacernos participantes y herederos con Vos. Mirad, Señor mio, que ya que á Vos con el amor que nos teneis, y con vuestra humildad no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estais en la tierra, y vestido della, pues teneis nuestra naturaleza, parece teneis alguna causa para mirar nuestro provecho) mas mirad que vuestro Padre está en el Cielo, Vos lo decís, es razon que mireis por su honra; ya que estais Vos ofrecido á ser deshonor por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obligueis á tanto por gente tan ruin como yo, que le ha de dar tan malas gracias. O buen Jesús, qué claro habeis

mostrado ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya y la suya vuestra! Qué confesion tan clara, Señor mio, qué cosa es el amor que nos tenéis! (1).

CAPÍTULO VI.

Hágase tu voluntad.

Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor para que haga en todo lo que nos toca conforme á ella, nunca deja beber desta agua. Esto es contemplacion perfecta, lo que dijistes os escribiese; y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni trabajamos, ni negociamos, ni es menester más, porque todo lo demás estorba, é impide, sino decir: *Fiat voluntas tua*; cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad, de todos los modos y maneras que Vos, Señor mio, quisiéredes: si quereis con trabajos, dadme esfuerzo, y vengan: si con persecuciones, y enfermedades, y deshonoras, y necesidades, aquí estoy; no volveré el rostro, Padre mio, ni es razon vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad, no es razon falte por mi parte, sino que me hagais Vos merced de darme vuestro Reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió: disponed en mí en cosa vuestra conforme á vuestra voluntad (2).

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXVII.

(2) *Camino de perfeccion*, cap. XXXII.

CAPÍTULO VII.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy.

O Señor Eterno! Cómo acetais tal peticion? Cómo la consentís? No mireis su amor, que á trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará cada dia hacer pedazos. Vuestro es mirar, Señor mio, ya que á vuestro hijo no se le pone cosa delante, porque ha de ser todo nuestro bien á su costa? Por qué calla á todo, y no sabe hablar por sí sino por nosotros? Pues no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? He mirado yo como en esta peticion solo duplica las palabras, porque dice primero, y pide que nos deis este pan cada día, y torna á decir: Dánosle hoy, Señor. Es como decirle, que ya una vez nos le dió, que no nos le torne á quitar, hasta que se acabe el mundo, que le deje servir cada dia. Esto os enternezca el corazon, hijas mias, para amar á vuestro Esposo, que no hay esclavo que de buena gana diga lo que es, y que el buen Jesús parece se honra dello.

O Padre Eterno, qué mucho merece esta humildad, con qué tesoro compramos á vuestro Hijo! Venderlo, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle no hay precio que baste. Y cómo se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza. Y como Señor de su voluntad lo acuerda á su Padre, que pues es

suya, que nos la puede dar; y así dice: Pan nuestro, no hace diferencia de sí á nosotros, mas hácenos á nosotros unos consigo, para que juntando cada día Su Majestad nuestra oracion con la suya, alcance la nuestra delante de Dios lo que pidiéremos (1).

CAPÍTULO VIII.

Libranos, Señor, de todo mal.

Los que participan de los regalos de Dios, no es mucho que deseen estar á donde no los gocen á sorbos, y que no quieran estar en vida, á donde tantos embarazos hay para gozar de tanto bien, y que deseen estar á donde no se les ponga el sol de justicia. Haráseles todo oscuro, cuanto acá despues vén, y de como viven me espanto. No debe ser con contento, quien ha comenzado á gozar, y le han dado ya acá prendas de su Reino, á donde no ha de vivir por su voluntad, sino por la del Rey.

O cuán otra vida debe ser ésta para no desear la muerte! Cuán diferentemente se inclina aquí nuestra voluntad, á lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere que queramos la verdad, nosotros queremos la mentira: quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos á lo que se acaba: quiere que queramos cosas grandes y subidas; acá queremos bajas y de tierra: querría quisiésemos sólo lo seguro, acá amamos lo dudoso. Que es burla, hijas, sino supli-

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXXIII.

car á Dios nos libre para siempre de todo mal. Y aunque no vamos con el deseo con tanta perfeccion, esforcémonos á pedir la peticion. Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos á poderoso? Vergüenza sería pedir á un gran Emperador un maravedí. Y para que acertemos, dejemos á su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra, y sea para siempre santificado su nombre en los Cielos, y en la tierra, y en mí sea hecha siempre su voluntad. Amen.

Ahora mirad, hermanas, como el Señor me ha quitado de trabajo, enseñando á vosotras, y á mí, el camino que comencé á deciros, dándome á entender lo mucho que pedimos, cuando decimos esta oracion evangélica. Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino á mi pensamiento, que habia tan grandes secretos en ella, que ya habeis visto que encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio, hasta engolfar Dios el alma, y darla abundantamente á beber de la fuente de agua viva, que estaba al fin del camino: y es así, que salida della, digo desta oracion, no sé ya más ir adelante. Parece nos ha querido el Señor dar á entender, hermanas, la gran consolacion que está aquí encerrada, y que es gran provecho para las personas que no saben leer, si lo entendiesen por esta oracion, podrian sacar mucha doctrina, y consolarse en ella (1).

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XLII.

CAPITULO IX.

Gran determinacion á tener oracion.—De la oracion más acepta.

1. No os espanteis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por él gran tesoro, no es mucho que cueste mucho á nuestro parecer; tiempo verná que se entienda cuán no nada es todo para tan gran precio. Ahora tornando á los que quieren ir por él, y no parar hasta el fin, que es llegar á beber desta agua de vida, como han de comenzar, digo que importa mucho, y el todo, una grande y determinada determinacion, de no parar hasta llegar á ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, ó no tenga corazon para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo: como muchas veces acaece con decirnos, hay peligros, fulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro que rezaba mucho cayó, hacen daño á la virtud, no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones, mejor será que hilen, no han menester esas delicadezas, basta el *Pater noster* y *Ave María*. Esto así lo digo, hermanas, y cómo si basta: siempre es gran bien fundar vuestra oracion sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razon; que si no estuviese ya nuestra flaqueza

tan flaca, y nuestra devocion tan tibia, no eran menester otros conciertos de oraciones, ni eran menester otros libros (1).

2. El caso es, que en estas cosas interiores de espíritu la oracion más acepta y acertada, es la que deja mejores dejos. No digo luego al presente mucho deseos; que en esto, aunque es bueno á las veces no son como nos los pinta nuestro amor propio. Llamo dejos, confirmados con obras, que los deseos que tiene de la honra de Dios, se parecen en mirar por ella muy de veras, y emplear su memoria y entendimiento en cómo le ha de agradar, y mostrar más el amor que le tiene.

¡O que ésta es la verdadera oracion! Y no unos gustos para nuestro gusto, no más; y cuando no se ofrece lo que he dicho, mucha flojedad y temores, y sentimientos de si hay falta en nuestra estima. Yo no desearia otra oracion, sino la que me hiciese crecer las virtudes. Si es con grandes tentaciones, y sequedades, y tribulaciones, y esto me dejase más humilde, esto ternia por buena oracion; pues lo que más agrada á Dios, ternia por más oracion. Que no se entiende, que no era el que padece, pues lo está ofreciendo á Dios y muchas veces mucho más, que el que se está quebrando la cabeza á sus solas, y pensará, si ha estrujado algunas lágrimas, que aquello es la oracion (2).

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXI.

(2) Carta XXIII, tomo 1 de las Cartas.

CAPÍTULO X.

Discurso celestial sobre la oracion.

Jesus. Son tan dificultosas de decir, y más de manera que se puedan entender estas cosas interiores, cuanto más con brevedad, que si la obediencia no lo hace, sería dicha atinar en espécial en cosas tan dificultosas. Poco va en que desatine; pues va á manos, que otros mayores habrá entendido de mí. En todo lo que dijere suplico á V. m. entienda, que no es mi intento pensar es acertado, porque yo podré no entenderlo; mas lo que puedo certificar es, que no diré cosa, que no haya experimentado algunas, y muchas veces. Si es bien ó no, V. m. lo verá, y me avisará dello.

Paréceme, que será dar á V. m. gusto comenzar á tratar del principio de cosas sobrenaturales, que devocion, ternura, lágrimas y meditacion, que acá podemos adquirir con ayuda del Señor, entendidas están.

Qué es oracion sobrenatural: La primera oracion que sentí, á mi parecer sobrenatural (que llamo yo lo que con industria, ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure; aunque disponerse para ello sí, y debe de hacer mucho al caso) es un recogimiento interior, que se siente en el alma, que parece ella tiene otros sentidos como acá los exteriores, que ella en sí, parece se quiere apartar del bullicio de estos exteriores: y

ansí algunas veces los lleva tras sí, que le da gana de cerrar los ojos, y no oír, ni ver, ni entender, sino aquello en que el alma entónces se ocupa, que es tratar con Dios á solas. Aquí no pierde ningun sentido, ni potencia, que todo está entero; mas estálo para emplearse en Dios. Y esto á quien lo hubiere dado, será fácil de entender; y á quien no, no; al ménos será menester muchas palabras, y comparaciones.

Oracion de quietud, qué es : Deste recogimiento viene muchas veces una quietud, y paz interior, que está el alma que no le parece le falta nada; que aún el hablar le cansa, digo el rezar, y meditar; no querría sino amor : dura rato y aún ratos (1).

Sueño de las potencias, en qué consiste : Desta oracion suele proceder un sueño, que llaman de las potencias, que ni están absortas, ni tan suspensas, que se pueda llamar arrobamiento; ni es del todo union.

Qué es union de sola la voluntad : Alguna vez, y muchas veces entiende el alma, que es unida sola la voluntad, y se entiende muy claro (digo claro, á lo que parece) que está toda empleada en Dios, y que ve el alma la falta de poder estar ni obrar en otra cosa; y las otras dos potencias están libres para negocios, y obras del servicio de Dios: en fin andan juntas Marta y María. Yo pregunté al Padre Francisco si sería engaño esto. Porque me traia abobada; y me dijo que muchas veces acaecía.

(1) Puede verse el cap. II de este libro tercero, pág. 147.

Qué es union de todas las potencias. En esta union ama la voluntad más que entiende el entendimiento : Cuando es union de todas las potencias, es muy diferente; porque en ninguna cosa pueden obrar, porque el entendimiento está como espantado. La voluntad ama más que entiende; mas ni entiende si ama, ni qué hace, de manera que lo pueda decir. La memoria, á mi parecer, que no hay ninguna, ni pensamiento, ni áun por entónces no son los sentidos despiertos, sino como quien los perdió, para más emplear el alma en lo que goza, á mi parecer; porque aquel breve rato se pierde, y pasa presto.

En la riqueza, que queda en el alma de humildad, y otras virtudes, y deseos, se entiende el gran bien que le vino de aquella merced; mas no se puede decir lo que es: porque aunque el alma se dé á entender no sabe cómo lo entender, ni decirlo. A mi parecer ésta (si es verdadera) es la mayor merced de las que nuestro Señor hace en este camino espiritual; al ménos de las grandes.

Qué es arrobamiento y cómo se distingue de la suspension : Arrobamiento y suspension, á mi parecer, todo es uno, sino que yo acostumbro á decir suspension, por no decir arrobamiento, que espanta; y verdaderamente tambien se puede llamar suspension esta union que queda dicha. La diferencia que hace el arrobamiento della, es esta.

Que dura más, y siéntese más en esto exterior, que se va acortando el huelgo, de manera que no se puede hablar, ni los ojos abrir; y aunque esto

más se hace en la union, es acá con mayor fuerza (porque el calor natural se va no sé yo á dónde) que quando es grande arrobamiento. En todas estas maneras de oracion hay más y ménos.

Quando es grande, como digo, quedan las manos heladas, y algunas veces extendidas como unos palos, y el cuerpo, si le toma en pié, así se queda, ó de rodillas; es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se olvida de animar al cuerpo, y le deja desamparado. Y así, si dura quedan los miembros con sentimiento.

Paréceme que quiere aquí el Señor, que el alma entienda más de lo que goza, que en la union; y así se le descubren algunas cosas de Su Majestad aquel rato muy ordinariamente: y los efectos con que el alma queda, son grandes: y el olvidarse á sí por querer que sea conocido, y alabado tan gran Dios y Señor. Y á mí me parece, que si es Dios, no puede sino quedar un gran conocimiento de que ella allí no puede nada, y de su miseria é ingratitud de no haber servido á quien por sola su bondad le hace tan grandes mercedes; porque el sentimiento y suavidad es tan excesivo de todo lo que acá se puede comparar, que si aquella memoria durase, y no se le pasase, siempre habría asco de contentos de acá; y así viene á tener todas las cosas del mundo en poco.

Diferencia entre el arrobamiento, y arrebatamiento: La diferencia que hay de arrobamiento á

arrebatamiento es, que el arrobamiento vá poco á poco muriéndose á estas cosas exteriores, perdiendo los sentidos, y viviendo á Dios. El arrebatamiento viene con sola una noticia, que Su Majestad dá en lo muy íntimo del alma, con una velocidad que parece que le arrebatara lo superior della : á su parecer se le vá del cuerpo ; y así es menester ánimo á los principios, para entregarse en los brazos del Señor, que la lleve donde quisiere. Porque hasta que Su Majestad la pone en paz á donde quisiere llevarla (digo llevarla, que entienda cosas altas) cierto es menester á los principios estar bien determinada á morir por él ; porque la pobre alma no sabe que ha de ser aquello.

A los principios quedan las virtudes, á mi parecer, desto más fuertes; porque déjase más, y dáse más á entender el poder deste gran Dios, para temerle y amarle; pues así sin ser en nuestra mano, arrebatara el alma, bien como Señor della, y queda con grande arrepentimiento de haberle ofendido, y espanto de como osó ofender á tan gran Majestad, y grandísima ánsia, porque no haya quien le ofenda, sino que todos le alaben. Pienso que deben venir de aquí estos deseos grandísimos, de que se salven las almas, y de ser alguna parte para ello, y para que este Dios sea alabado como merece.

Qué sea vuelo de espíritu : El vuelo de espíritu, es un no sé cómo le llame, que sube de lo más íntimo del alma : sola esta comparacion se me acuerda, que puse á donde V. m. sabe, que están

largamente declaradas todas estas maneras de oracion, y otras; y es tal mi memoria, que luego se me olvida. Paréceme que el alma y el espíritu deben de ser una cosa; sino que como un fuego, si es grande y ha estado dispuesto para arder, así el alma de la disposicion que tiene con Dios, como el fuego, ya de que presto arde, echa una llama, y sube á lo alto, aunque éste fuego es como lo que está en lo bajo, y no porque ésta llama suba deja de quedar fuego: así le acaece al alma, que parece que produce de sí una cosa tan de presto, y tan delicado, que sube á la parte superior: vá á donde el Señor quiere; que no se puede declarar más que esto. Y verdaderamente parece vuelo, que yo no sé otra comparacion más propia: sé que se entiende muy claro, y que no se puede estorbar.

Parece que aquella avecita del espíritu se escapó desta miseria desta carne y cárcel deste cuerpo, y desocupada dél puede mas emplarse en lo que la dá el Señor. Es cosa tan delicada y sutil y tan preciosa, á lo que entiende el alma, que no le parece hay en ello ilusion, ni áun en ninguna cosa destas. Cuando pasa, despues quedan los temores, por ser tan ruin quien lo recibe, que todo le parecía habría razon de temer, aunque en lo interior del alma quedaba certidumbre, y seguridad, con que se podía vivir; más no para dejar de poner diligencia, para no ser engañada.

Qué sea ímpetu de espíritu: Ímpetus llamo yo un deseo que dá al alma algunas veces, sin haber

precedido antes oracion, y aun lo mas contino una memoria, que viene de presto, de que está ausente Dios; ú de alguna palabra que oye, que vaya á esto. Es tan poderosa esta memoria, y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina: como cuando se dá á una persona unas nuevas de presto, que no sabía, muy penosas, ó un gran sobresalto, ó cosa así, que parece quita el discurso al pensamiento para consolarse, sino que se queda como absorta. Así es acá, salvo que la pena es por tal causa, que queda al alma un conocer, que es bien empleado un morir por ella. Ello es, que parece que todo cuanto el alma entiende entónces, es para más pena, y que no quiere el Señor, que todo su ser le aproveche de otra cosa, ni que pueda tener consuelo, ni aun acordarse que es voluntad suya que viva, sino parécele que está en una tan grande soledad y desamparo de todo, que no se puede escribir; porque todo el mundo, y las cosas dél le dán pena, y ninguna cosa criada le parece le hará compañía.

No quiere el alma sino al Criador; y esto vélo imposible, si no muere: y como ella no se puede matar, muere por morir. De tal manera, que verdaderamente es peligro de muerte: y vése como colgada entre el cielo, y la tierra, y no sabe qué hacer de sí. Y de poco en poco dále Dios una noticia de sí, para que vea lo que pierde, de una manera tan extraña, que no se puede decir, ni esta pena encarecer, porque ninguna hay en la tierra, al ménos de cuantas yo he pasado, que le iguale.

Baste, que de media hora que dure, deja tan descoyuntado el cuerpo, y tan abiertas las canillas, que aun no quedan las manos para poder escribir, y con grandísimos dolores.

Desto ninguna cosa siente, hasta que se pasa aquel ímpetu. Harto tiene que hacer en sentirlo interiormente, ni creo sentiría graves tormentos; y está con todos sus sentidos, y puede hablar y mirar; andar no, que la derrueca el gran golpe del amor. Esto aunque se muera por tenerlo, sino es cuando lo da Dios, no aprovecha. Deja grandísimos efetos, y ganancia en el alma. Unos letrados dicen uno; otros, otro: nadie lo condena. El Padre Maestro Avila me escribió que era bueno; y así lo dicen todos: el alma bien entiende que es grande merced del Señor: á ser á menudo, poco duraria la vida.

El ordinario ímpetu es que viene este deseo de ver á Dios una gran ternura, y lágrimas por salir deste destierro; mas como hay libertad para considerar el alma, que es la voluntad del Señor que viva, con eso se consuela; y le ofrece el vivir, suplicándole que no sea para sí, sino para su gloria: con esto pasa.

Herida de amor: Otra manera harto ordinaria de oracion es una manera de herida, que parece el alma verdaderamente como si una saeta la metiesen por el corazon, ó por ella mesma. Así causa un dolor grande, que hace quejar, y tan sabroso, que nunca querría le faltase. Este dolor no es en

el sentido, ni tampoco se ha de entender que es llaga material, que no hay memoria deso, sino en lo interior del alma, sin que parezca dolor corporal; sino que como no se puede dar á entender sino por comparaciones, pónense estas groserías, que para lo que ello es lo son; mas no sé decirlo de otra suerte. Por eso no son estas cosas para decir ni escribir; porque es imposible entenderlo, sino quien lo ha experimentado, digo á donde llega esta pena; porque las penas del espíritu son diferentísimas de las de acá. Por aquí saco yo cómo padecen más las almas en el infierno y purgatorio, que acá se puede entender por estas penas corporales.

Otras veces parece que esta herida del amor saca de lo íntimo del alma los afectos grandes; y cuando el Señor no la da, no hay remedio, aunque más se procure: ni tampoco dejarlo de tener cuando él es servido de darlo. Son como unos deseos de Dios tan vivos y delgados, que no se pueden decir; y como el alma se vé atada para no gozar como quería de Dios, dále un aborrecimiento grande con el cuerpo. Parécele como una gran pared, que la estorva para que no goce su alma de lo que entiende entónces á su parecer que goza en sí, sin embarazo del cuerpo. Entónces ve el gran mal que nos vino por el pecado de Adán en quitar esta libertad.

Esta oracion antes de los arrobamientos, y los ímpetus grandes que dije se tuvo, olvidéme de decir, que casi siempre no se quitan aquellos ímpetus grandes, sino es con un arrobamiento y regalo.

grande del Señor, á donde consuela el alma, y la anima, para vivir por él.

Todo esto que está dicho no puede ser antojo, por algunas causas que sería largo de decir: si es bueno, ó no, el Señor lo sabe. Los efectos, y como deja aprovechada el alma, no se puede dejar de entender á todo mi parecer.

Las personas veo tan claro ser distintas, como ví ayer, cuando hablaba á V. m. y al Padre Provincial, salvo que ni veo nada, ni oigo, como ya á V. m. he dicho; mas es una certidumbre extraña, aunque no ven los ojos del alma, y en faltando aquella presencia, sabe que falta: el cómo yo no lo sé; mas muy bien sé, que no es imaginacion; porque aunque despues yo me deshaga para tornarlo á representar así, no puedo, que harto lo he probado; y así es todo lo demás que aquí va, á cuanto yo puedo entender, que como há tantos años, háse podido ver, para decirlo con esta determinacion. Verdad es (y advierta V. m. en esto) que la persona que habla siempre, bien puedo afirmar lo que me parece que es: las demás no podría afirmarlo. La una bien sé que nunca ha sido: la causa jamás la he entendido, ni yo me ocupo jamás en pedir más de lo que el Señor quiere; porque luego me parece me habría de engañar el demonio: ni tampoco le pediré ahora que habia temor dello.

La principal pareceme que alguna vez ha sido; mas como ahora no me acuerdo muy bien, ni lo que era, no lo osaré afirmar. Todo está escrito adonde V. m. sabe, y esto muy largamente; y aquí

va, aunque no debe de ser por estas palabras. Aunque se dan á entender estas personas distintas por una manera tan extraña, entiende el alma ser un solo Dios. No me acuerdo haberme parecido que habla nuestro Señor, sino es la humanidad: ya digo, esto puedo afirmar que no es antojo.

Lo que dice V. m. del agua, yo no lo sé, ni tampoco he entendido á donde está el paraíso terrenal. Ya he dicho que lo que el Señor me dá á entender, que yo no puedo excusar, enténdolo porque no puedo más; mas pedir yo á Su Majestad que me dé á entender alguna cosa, jamás lo he hecho, ni osaría hacerlo: luégo me parecería que yo lo imaginaba, y que me habia de engañar el demonio. Ni jamás, gloria á Dios, fuí curiosa en desear saber cosas; ni se me da nada, digo de saber más: harto trabajo me ha costado lo que sin querer, como digo, he entendido, aunque pienso ha sido medio que tomó el Señor para mi salvacion, como me vió tan demasiada de ruin, que los buenos no han menester tanto para servir á Su Majestad.

Presencia de Dios habitual: Otra oracion me acuerdo, que es primero que la primera que dije, que es una presencia de Dios, que no es vision de ninguna manera, sino que cada, y cuando (al ménos cuando no hay sequedad) de que una persona se quiere encomendar á Su Majestad, aunque sea rezar vocalmente, le halle. Plegue á él que no pierda yo tantas mercedes por mi culpa, y que haga misericordia de mí (1).

(1) Carta XVIII, tomo 1 de las Cartas.

CAPITULO XI.

Arrobamientos.

1. Tengo para mí que un alma que llega á este estado de arrobamiento, que ya ella no habla, ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano Rey. O váleme Dios, qué claro se vé aquí la declaracion del verso, y cómo se entiende tenia razon, y la ternán todos, de pedir alas de paloma! (1). Entiéndese claro, es vuelo el que da el espíritu, para levantarse de todo lo criado, y de sí mesmo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido (2) (3).

2. Estando una vez en oracion, era tanto el deleite que en mí sentía, que como indigna de tal bien, comencé á pensar en cómo merecia mejor estar en el lugar que yo habia visto estar para mí en el infierno, que como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me ví. Comencé con esta consideracion á inflamar más mi alma, y vínome un arrobamiento de espíritu, de suerte, que yo no lo sé decir. Parecióme estar metido, y lleno de aquella Majestad que he entendido otras veces. En esta Majestad se me dió á entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, porque no ví nada. Dijéronme, sin ver quien, mas bien entendí ser la mesma verdad: No

(1) ¿Quis dabit mihi pennas sicut columbæ? Ps. 54. v. 7.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XX.

(3) Véase el capitulo anterior pág. 185. Arrobamiento.

es poco esto que hago por tí, que una de las cosas es en que me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad, no faltará una tilde della. A mí me pareció, que siempre yo habia creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: *Ay hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira, lo que no es agradable á mí; con claridad verás esto, que ahora no entiendes en lo que aprovecha á tu alma.* Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que despues acá tanta vanidad, y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la oscuridad que están en esta verdad (1).

CAPÍTULO XII.

Qué es oracion de recogimiento.—Cuándo levanta Dios el alma con un vuelo del espíritu.

1. Ahora mirad que dice vuestro Maestro: Que estás en los cielos. Pensais que importa poco saber qué cosa es cielo, y adonde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo, que para entendimientos derramados, que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recoger el alma.

(1) *Vida de Santa Teresa, cap. XL.*

Ya sabeis que Dios está en todas partes, pues claro está, que adonde está el Rey está la córte; en fin, que adonde está Dios, es el cielo: sin duda lo podeis creer, que adonde está Su Majestad, está toda la gloria; pues mirad que dice San Agustin, que le buscaba en muchas partes, y que le vino á hallar dentro de sí mismo. Pensais que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar á voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá, ni há menester alas para ir á buscarla, sino ponerse en soledad, y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como á Padre, pedirle como á Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad. Sí, que no está la humildad en que si el Rey os hace una merced, no la tomeis, sino tomarla, y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene á ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad, ni le quiera responder, ni estarme con él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo? Y que estándome diciendo y rogando que le pida, por humildad me quede pobre, y aún le deje ir de que ve que no acabo de determinarme (1).

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXVIII.

2. Otra manera de arrobamiento hay, ó vuelo del espíritu le llamo yo (que aunque todo es uno en la sustancia, en lo interior se siente muy diferente) porque muy de presto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad, que pone hartó temor, en especial á los principios: que por eso os decía, que es menester ánimo grande, para quien Dios ha de hacer estas mercedes, y aun fé, y confianza, y resignacion grande de que haga nuestro Señor del alma lo que quisiere. Pensais que es poca turbacion estar una persona muy en su sentido, y verse arrebatado el alma? (Y aun algunos hemos leído, que el cuerpo con ella) sin saber á dónde va, ó quién la lleva, ó cómo: que al principio deste momentáneo movimiento no hay tanta certidumbre de que es Dios. Pues hay algun remedio de poder resistir? En ninguna manera: ántes es peor, que yo lo sé de alguna persona, que parece quiere Dios dar á entender al alma, que pues tantas veces con tan grandes veras se ha puesto en sus manos, y con tan entera voluntad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí, y notablemente con más impetuoso movimiento es arrebatada; y tomaba ya por sí no hacer más, que hace una paja, cuando la levanta el ámbar (si lo habeis mirado) y dejarse en las manos de quien tan poderoso es, que vé es lo más acertado hacer de la necesidad virtud. Y porque dije de la paja, es cierto así, que con la facilidad que un gran jayan puede arrebatado una paja, este

nuestro gran gigante, y poderoso arrebató el espíritu. (1) (2).

CAPÍTULO XIII.

Del modo de proceder en la oracion.

Jesús. La manera de proceder en la oracion que ahora tengo, es la presente. Pocas veces son las que estando en oracion, puedo tener discurso de entendimiento; porque luego comienza á recogerse el alma, y estar en quietud ó arrobamiento, de tal manera, que ninguna cosa puedo usar de los sentidos; tanto, que sino es oír, y eso no para entender otra cosa, no aprovecha.

Acaéceme muchas veces, sin querer pensar en cosa de Dios, sino tratando de otras cosas, y pareciéndome, que aunque mucho procurase tener oracion, no lo podría hacer, por estar en gran sequedad, ayudando á esto los dolores corporales; darme tan de presto aqúeste recogimiento, y levantamiento de espíritu, que no me puedo valer, y en un punto dejarse con los efectos, y aprovechamientos, que despues trae. Y esto, sin haber tenido vision, ni entendido cosa, ni sabido donde estoy, sino que pareciéndome se pierde el alma, la veo con ganancias, que aunque en un año quisiera ganarlas yo, me parece no fuera posible, segun quedó con ganancias.

(1) *Moradas sextas, cap. V.*

(2) Se trata tambien de este favor divino en el cap. X de este libro, pág. 118.

Otras veces me dan unos ímpetus muy grandes con deshacimiento por Dios, que no me puedo valer; parece se va á acabar la vida, y así me hace dar voces, y llamar á Dios, y esto con grande furor me da. Algunas veces no puedo estar sentada, segun me dan las bascas, y esta pena me viene sin procurarla, y es tal, que el alma nunca quería salir della, mientras viviese. Y son las ansias que tengo, por no vivir, y parecer que se vive sin poderse remediar; pues el remedio para ver á Dios, es la muerte, y ésta no puede tomarla; y con esto parece á mi alma, que todos están consoladísimos, sino ella, y que todos hallan remedios para sus trabajos, sino ella; es tanto lo que aprieta esto, que si el Señor no lo remediase con algun arrobamiento (donde todo se aplaca, y el alma queda con gran quietud, y satisfecha: algunas veces vé algo de lo que desea; otras con entender otras cosas) sin nada desto, era imposible salir de aquella pena.

Otras veces me vienen unos deseos de servir á Dios, con unos ímpetus tan grandes, que no sé encarecer, y con una pena de ver de cuán poco provecho soy. Paréceme entonces, que ningun trabajo, ni cosa se me pornía delante, ni muerte, ni martirio, que no las pasase con facilidad. Y esto es tambien sin consideracion, sino en un punto, que me revuelve toda, y no sé de donde me viene tanto esfuerzo. Paréceme, que querría dar voces, y dar á entender á todos lo que les vá en nose contentar con cosas pocas, y cuánto bien hay que nos dará Dios en disponernos nosotros. Digo, que son estos de-

seos de manera, que me deshago entre mí. Parece-me, que quiero lo que no puedo. Paréceme que me tienen atada á este cuerpo, por no ser para servir á Dios, en nada, y al Estado; porque á no le tener, haria cosas muy señaladas, en lo que mis fuerzas pueden; y así de verme sin ningun poder para servir á Dios, siento de manera esta pena, que no lo puedo encarecer: acabo con regalo y consuelo de Dios.

Otras veces me ha acontecido (cuando me dan estas ánsias por servirle) querer hacer penitencias, mas no puedo. Esto me aliviára mucho, y alivia, y alegra, aunque no son casi nada. por flaqueza de mi cuerpo; aunque si me dejaren con estos deseos, creo haria demasiado.

Algunas veces me dá gran pena el haber de tratar con nadie; y me aflige tanto, que me hace llorar harto, porque toda mi ánsia es por estar sola, aunque algunas veces no rezo ni leo, me consuela la soledad, y la conversacion (especial de parientes y deudos) me parece pesada, y estoy como vendida; salvo con los que trato cosas de oracion y del alma, que con estos me consuelo y alegro: aunque algunas veces estos me hartan, y no querria verlos, sino irme á donde estuviese sola; aunque esto pocas veces, especialmente con los que trato mi conciencia, siempre me consuelan.

Otras veces me da gran pena haber de comer y dormir, y ver, que yo más que nadie no lo puedo dejar. Hágo por servir á Dios, y así selo ofrezco. Todo el tiempo me parece brève, y que me falta

para rezar; porque de estar sola nunca me cansaría. Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer, porque á esto he sido muy aficionada. Leo muy poco porque en tomando el libro me recojo, y así se vá la leccion en oracion, y es poco, porque tengo muchas ocupaciones, y aunque buenas, no me dan el contento que me daría esto. Y así ando siempre deseando tiempo, y esto me hace siempre desabrida (segun creo) ver que no se hace lo que quiero, y deseo.

Estos deseos, y más de virtud me ha dado nuestro Señor despues que me dió esta oracion quieta, con estos arrobamientos, y hállome tan mejorada, que me parece era ántes una perdicion. Déjanme estos arrobamientos, y visiones con ganancias que aquí dije: y digo, que si algun bien tengo, de aquí me ha venido.

Háme venido una determinacion muy grande de no ofender á Dios, ni venialmente, que ántes moriría mil muertes, que tal hiciese, entendiendo lo que hago. Determinacion de que ninguna cosa que yo pensáre ser mas perfeccion, y que haría más servicio á nuestro Señor diciéndolo quien de mí tiene cuidado, y me rige, que lo hiciese, sintiese cualquiera cosa, que por ningun tesoro le dejaría de hacer. Y si lo contrario hiciese, me parece no ternía cara para pedir nada á Dios nuestro Señor, ni para tener oracion, aunque en todo esto hago muchas faltas, é imperfecciones.

Obediencia á quien me confiesa, aunque con imperfeccion; pero entiendo yo, que quiere una

cosa, ó me la manda, segun entiendo, no la dejaría de hacer: y si la dejase, pensaría andaba muy engañada.

Deseo de pobreza, aunque con imperfeccion; más pareceme, que aunque tuviese muchos tesoros, no ternía renta particular, ni dineros para mí sola, ni se me dá nada, solo querría tener lo necesario. Con todo, siento tengo harta falta en esta virtud; porque aunque para mí no lo deseo, querríalo tener para dar, aunque no deseo renta ni cosa para mí.

Casi con todas las visiones que he tenido, me he quedado con aprovechamiento, si no es engaño del demonio: en esto remítome á mis confesores.

Cuando veo alguna cosa hermosa y rica (como agua, campo, flores, olores, músicas, etc.,) pareceme no lo querría ver, ni oír: tanta es la diferencia dello á lo que yo suelo ver, y así se me quita la gana dellas. Y de aquí ha venido el dárseme tan poco por estas cosas, que si no es primer movimiento, otra cosa no me ha quedado dello: y esto me parece basura.

Si hablo, ó trato con algunas personas profanas (porque no puede ser ménos) aunque sea de cosas de oracion, si mucho lo trato (aunque sea por pasatiempo, si no es necesario) me estoy forzando, porque me dá gran pena.

Cosa de regocijo, de que solía ser amiga y de cosas del mundo, todo me dá en rostro, y no lo puedo ver.

Estos deseos de amar y servir á Dios, y verle

que he dicho que tengo) no son ayudados con consideracion, como tenía antes, cuando me parecía que estaba muy devota, y con muchas lágrimas; mas con una inflamacion y fervor tan excesivo, que torno á decir, que si Dios no me remediase con algun arrobamiento (donde me parece queda el alma satisfecha) me parece sería acabar presto la vida.

A los que veo más aprovechados, y con estas determinaciones, y desasidos, y animosos, los amo mucho, y con tales querría yo tratar, y parece que me ayudan. Las personas que veo tímidas, y que me parece á mí que van atentando en las cosas, que conforme á razon acá se pueden hacer, parece que me congojan, y me hacen llamar á Dios, y á los santos, que estas tales cosas, que ahora nos espantan, acometieron. No porque yo sea para nada, sino porque me parece que ayuda Dios á los que por él se ponen á mucho, y que nunca falta á quien en él solo confía, y querría hallar quien me ayudase á creerlo así, y no tener cuidado de lo que he de comer y vestir, sino dejarlo á Dios.

No se entiende, que este dejar á Dios lo que he menester, es de manera que no lo procure, mas no con cuidado (que me dé cuidado digo) y despues que me ha dado esta libertad, me vá bien con esto, y procuro olvidarme de mí cuanto puedo: esto me parece habrá un año, que me lo ha dado nuestro Señor.

Vanagloria (gloria á Dios) que yo entienda, no hay por qué la tener; porque veo claro en estas co-

sas, que Dios da, no poner nada de mí. Antes me dá Dios á sentir mis miserias, que con cuanto yo pudiera pensar, no pudiera haber tantas verdades como en un rapto conozco.

Cuando hablo destas cosas (de pocos dias acá) paréceme son como de otra persona; antes me parecia algunas veces era afrenta, que las supiesen de mí, mas ahora paréceme no soy por esto mejor, sino más ruin, pues tampoco me aprovecho con tantas mercedes. Y cierto por todas me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo: y ansí las virtudes de las otras me parecen de más merecimiento, y que no hago sino recibir mercedes, y que á los otros les ha de dar Dios por junto, lo que aquí me quiere dar á mí, y suplícole no me quiera pagar en esta vida: y ansí creo que de flaca, y ruin, me ha llevado Dios por este camino.

Estando en oracion, y aun casi siempre que yo puedo considerar un poco, aunque yo lo procurase, no puedo pedir descansos ni desearlos de Dios, porque veo que no vivió Él sino con trabajos, y éstos le suplico me dé, dándome primero gracia para sufrirlos.

Todas las cosas desta suerte, y de muy subida perfeccion, paréceme se me imprimen en la oracion, tanto, que me espanto de ver tantas verdades y tan claras, que me parecen desatino las cosas del mundo: y ansí he menester cuidado para pensar como me había antes en las cosas del mundo, que me parece que sentir las muertes y trabajos dél, es desatino, al ménos, que dure mucho el do-

lor, ó el amor de los parientes, etc. Digo que ando con cuidado, considerándome lo que era, y lo que solía sentir.

Si veo en algunas personas algunas cosas, que á la clara parecen pecados, no me puedo determinar, que aquéllos hayan ofendido á Dios : y si algo me detengo en ello (que es poco, ó nada) nunca me determinaba, aunque lo veía claro; y parecíame, que el cuidado que yo traigo de servir á Dios traen todos. Y en esto me ha hecho gran merced, que nunca me detengo en cosa mala, que se me acuerde despues ; y si se me acuerda, siempre veo otra virtud en la tal persona. Ansí, que nunca me fatigan estas cosas, sino es lo comun, y las heregías, que muchas veces me afligen, y casi siempre que pienso en ellas, me parece, que sólo este trabajo es de sentir. Y tambien siento, si veo algunos, que trataban en oracion, y tornan atrás : esto me da pena, mas no mucha, porque procuro no detenerme.

Tambien me hallo mejorada en curiosidades que solía tener, aunque no del todo, que no me veo estar en esto siempre mortificada, aunque algunas veces sí.

Esto todo que he dicho, es lo ordinario que pasa en mi alma, segun puedo entender, y muy continuo tener el pensamiento en Dios. Y aunque trate de otras cosas, sin querer yo (como digo) no entiendo quien me despierta ; y esto no siempre, sino cuando trato algunas cosas de importancia. Y esto (gloria á Dios) es á ratos el pensarlo; y no me ocupa siempre.

Vienen algunos dias (aunque no son muchas veces, y dura como tres, ó cuatro, ó cinco dias) que me parece, que todas las cosas buenas, y fervorosas, y visiones se me quitan, y aún de la memoria, que aunque quiera no sé qué cosa buena haya habido en mí. Todo me parece sueño, al ménos no me puedo acordar de nada. Apriétanme los males corporales en junto. Túrbaseme el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo, no lo entiendo: paréceme estoy llena de faltas, sin ningun ánimo para la virtud; y el grande ánimo que suelo tener, queda en esto, que me parece á la menor tentacion, y murmuracion del mundo no podría resistir. Ofréceseme entónces, que no soy para nada, que quién me mete en más de lo comun: tengo tristeza, paréceme tengo engañados á todos los que tienen algun crédito de mí: querríame esconder donde nadie me viese: no deseo entónces soledad de virtud, sino de pusilanimidad. Paréceme querría reñir con todos los que me contradicen: traigo esta batería, salvo que me hace Dios esta merced, que no le ofendo más que suelo, ni le pido me quite esto, mas que si es su voluntad, que esté así siempre, que me tenga de su mano, para que no le ofenda, y confórmome con él de todo corazon, y creo, que el no tenerme siempre así es merced grandísima que me hace.

Una cosa me espanta, que estando desta suerte, una sola palabra de las que suelo entender, ó una vision, ó un poco de recogimiento, que dura una Ave María, ó en llegándome á comulgar, queda el



alma, y el cuerpo tan quieto, tan sano, y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suele, y tengo esperiencia desto, que son muchas veces; al ménos cuando comulgo, há más de medio año, que notablemente siento clara salud corporal, y con los arrobamientos algunas veces; y dúrame de tres horas algunas veces; otras, todo el dia estoy con gran mejoría, y á mi parecer no es antojo, que lo he echado de ver, y tenido cuenta con ello. Y así, que cuando tengo este recogimiento, no tengo miedo á ninguna enfermedad. Verdad es, que cuando tengo la oracion, como solía ántes, no tengo esta mejoría.

Todas estas cosas que he dicho, me hacen á mí creer, que estas cosas son de Dios; porque como conozco quien yo era, que llevaba camino de perderme, y en poco tiempo, con estas cosas (es cierto que mi alma se espantaba, sin entender por donde me venian estas virtudes) no me conocia, y veia ser cosa dada, y no ganada por trabajo. Entiendo con toda verdad, y claridad, y sé que no me engaño, que no sólo ha sido medio para traerme Dios á su servicio; pero para sacarme del infierno, lo cual saben mis confesores, á quien me he confesado generalmente.

Tambien cuando veo alguna persona, que sabe alguna cosa de mí, le querría dar á entender mi vida; porque parece ser honra mia, que nuestro Señor sea alabado, y ninguna cosa se me da por lo demás. Esto sabe él bien, y yo estoy muy cierta, que ni honra, ni vida, ni gloria, ni bien alguno, ni

en cuerpo, ni alma hay quien me detenga, ni quiera, ni desee mi provecho, sino su gloria. No puedo yo creer, que el demonio ha buscado tantos bienes, para ganar mi alma, para despues perderla, que no le tengo por tan necio. Ni puedo creer de Dios, que ya que por mis pecados mereciese andar engañada, haya dejado tantas oraciones de tan buenos, como dos años há se hacen, que yo no hago otra cosa, sino rogarlo á todos, para que el Señor me dé á conocer, si es esto su gloria, ó me lleve por otro camino. No creo permitirá su Divina Majestad, que siempre fuesen adelante estas cosas, si no fueran suyas. Estas cosas y razones de tantos santos, me esfuerzan, cuando traigo estos temores de si no es Dios, siendo yo tan ruin. Mas cuando estoy en oracion, y los dias que ando quieta, y de pensamiento en Dios, aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo, y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrían hacer creer que esto es demonio, porque no puedo. Y cuando me quisieron poner en que lo creyese, temia, viendo quien lo decia, y pensaba que ellos debian decir verdad, y que yo (siendo la que era) debia estar engañada. Mas á la primera palabra ó recogimiento ó vision, era deshecho todo lo que me habian dicho (y yo no podia más) y creia que era Dios.

Aunque puedo pensar, que podia mezclarse alguna vez demonio, y esto es ansí, como he dicho, y visto, mas trae diferentes efetos; y quien tiene esperiencia, no le engañará, á mi parecer. Con

todo esto digo, que aunque creo, que es Dios ciertamente, yo no haria cosa alguna, si no le pareciese á quien tiene cargo de mí, que es más siervo de nuestro Señor, por ninguna cosa; y nunca he entendido, sino que obedezca, y que no callé nada, que esto me conviene. Soy muy de ordinario reprendida de mis faltas, y de manera, que llega á las entrañas; y avisos, cuando hay, ó puede haber algun peligro en cosa que trato, que me han hecho harto provecho, trayéndome los pecados pasados á la memoria muchas veces, que me lastima harto.

Mucho héme alargado, mas es ansí cierto, que en los bienes que me veo, cuando salgo de oracion, me parece quedo corta; despues con muchas imperfecciones, y sin provecho, y harto ruin. Y por ventura las cosas buenas ni las entiendo, mas que me engaño; empero la diferencia de mi vida es notoria, y me lo hace pensar.

En todo lo dicho, digo lo que me parece que es verdad haber sentido. Estas son las perfecciones que siento haber el Señor obrado en mí ruin, é imperfecta. Todo lo remito al juicio de V. m. pues sabe toda mi alma (1).

(1) Carta XI, tomo II de las Cartas

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Libro verdadero á donde he visto las verdades.

Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oracion, si el confesor me decía otra, me tornaba el mesmo Señor á decir, que le obedeciese: despues Su Majestad le volvía, para que me lo tornase á mandar. Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreacion leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latin, me dijo el Señor: *No tengas pena que yo te daré libro vivo.* Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones; despues, desde á bien pocos dias lo entendí muy bien, porque he tenido tanto que pensar, y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca ó casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el Libro verdadero á donde he visto las verdades. Bendito sea tal Libro, que deja imprimido lo que se ha de leer, y hacer de manera, que no se puede olvidar. Quién vé al Señor cubierto de llagas, y afligido con persecuciones, que

no las abrace, y las ame, y las desee? Quién vé algo de la gloria, que dá á los que le sirven, que no conozca que es todo nada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? Quién vé los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá, en su comparacion, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? (1)

CAPÍTULO II.

Del Medianero entre el alma y Dios.

Paréceme á mí que el Espíritu Santo debe ser Medianero entre el alma y Dios, y es el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender el fuego soberano, que tan cerca está. O Señor, qué son aquí las misericordias que usais con el alma! Seais bendito y alabado para siempre, que tan buen amador sois. O Dios mio y Criador mio! Es posible que hay alguien que no os ame? Porque no merece conoceros. Cómo baja sus ramas este Divino Manzano para que coja el alma las manzanas, considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias, que ha usado con ella y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo nuestro Señor de su Pasion, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor (2).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXVI.

(2) *Conceptos del amor de Dios*, cap. V.

CAPÍTULO III.

Dios, uno en esencia y trino en personas.

Considera que su Padre es Dios, trino en personas y uno en esencia, principio y autor de todas las cosas, un Sér sin principio, que es causa y autor de todos los séres, por quien nos movemos, y en quien vivimos, y por quien somos, que todo lo sustenta, todo lo mantiene. Y considérese á sí, que es Hijo deste Padre tan poderoso, que puede hacer infinitos mundos, y tan sábio que los sabrá regir á todos ellos como sabe regir éste, sin faltar su providencia á ninguna criatura, desde el más alto serafin hasta el más bajo gusanillo de la tierra; tan bueno, que de valde se está siempre comunicando á todas, segun su capacidad. Y en especial considere el hombre, y diga: ¡Cuán bueno es este Padre para mí! Pues quiso que tuviese yo sér y gozase de esta dignidad de hijo suyo, dejándose por criar á otros hombres que fueran mejores que yo, ponderando aquí lo que merece ser amado y servido este Padre, que por sola su bondad crió para mí todas las cosas, y á mí para que le sirviese y gozase de él (1).

CAPÍTULO IV.

Del Divino Pastor.

1. Quién podrá encarecer los pastos de la doctrina celestial con que las apacienta? La gracia de

(1) *Meditaciones sobre el Pater noster. Peticion I.*

las virtudes con que las esfuerza? La virtud de los Sacramentos con que las mantiene? Si la oveja se desmanda á lo vedado, procura apartarla y reducirla con el dulce silbo de su santa inspiracion: si no lo hace por bien, arrójale el cayado de algun trabajo, de manera que la espante, y no la hiera, ni la mate. A las fuertes mantiene y las hace andar, á las flacas espera, á las enfermas cura, á las que no pueden caminar las lleva sobre sus hombros, sufriendo sus flaquezas. Cuando despues de haber comido reposan y rumian la comida, y lo que han cogido de la Doctrina Evangélica, él las guarda el sueño, y sentándose en medio de ellas, con la suavidad de sus consolaciones, las hace música en sus almas, como el pastor con la flauta á sus ovejas. En el invierno las busca los abrigos á donde descansan de sus trabajos, recátalas de las yerbas ponzoñosas, avisándolas que no se pongan en ocasiones: llévalas por las florestas y dehesas muy seguras de sus consejos: y aunque andan por polvaredas, y torbellinos, y otras veces por barrancos; pero en lo que toca á las aguas, siempre las lleva á las más claras y dulces, porque éstas significan la doctrina, que siempre ha de ser clara y verdadera.

Vió San Juan á este Divino Pastor como Cordero, en medio de sus ovejas, que las regía y gobernaba, y guiándolas por los más frescos y hermosos jardines, las llevaba á las fuentes de agua de vida. O qué dulce cosa es ver al Pastor hecho Cordero! Pastor es, porque apacienta, y Cordero porque es el mismo pasto. Pastor es porque mantiene, y

Cordero, porque es manjar. Pastor, porque cría ovejas; y Cordero, porque nació de ellas. Pues cuando le pedimos que nos dé el pan cotidiano, ó sobresustancial, es decir, que el Pastor sea nuestro pasto, y nuestro mantenimiento (1).

2. Considérese el alma en una soledad sin camino, en tinieblas y escuridad, cercada de lobos, de leones y osos, sin favor del cielo ni de la tierra, sino sólo el de este Pastor, que la defiende ó guie. De esta manera nos vemos muchas veces en tinieblas; y cercados de ambicion y propio amor, y de tantos enemigos visibles é invisibles, donde no hay otro remedio, sino llamar aquel Divino Pastor, que sólo nos puede librar de tales aprietos (2).

CAPÍTULO V.

De cómo debemos acercarnos al Santísimo Sacramento.

Por cierto que pienso, que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fé y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricas, cuánto más de tantas? Sino que no parece sino cumplimiento el llegarnos á él, y así nos hace tan poco fruto. O miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de los que viven en tí, para que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpétuas! O Señor del cielo y de la tierra! Qué, es posible que aún estando en esta vida mortal, se pueda gozar de Vos con particular amistad? Y que tan á las claras lo

(1) *Meditaciones sobre el Pater Noster*. Peticion IV.

(2) *Meditaciones sobre el Pater Noster*. Peticion IV.

diga el Espíritu Santo en estas palabras: *Béseme con el beso de su boca* (1), y que aun no lo queramos entender, qué son los regalos con que trata Su Majestad con las almas en estos cánticos? Qué requiebros, qué suavidades? Qué habia de bastar una palabra de estas á deshacernos en Vos. Seais bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada. Qué de caminos, por qué de maneras y modos nos mostrais el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada dia injurias, y perdonando : y no sólo con esto, sino con unas palabras heridoras para el alma que os ama, que le dais en estos cánticos, y le enseñais que os diga, que no sé como se pueden sufrir, si Vos no ayudais, para que lo sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme á nuestra flaqueza (2).

CAPÍTULO VI.

Despues de haber recibido el Santísimo Sacramento.

Estaos Vos de buena gana con él, no perdais tan buena ocasion de negociar, como es la hora despues de haber comulgado. Mirad, que éste es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús, que le tengais compañía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder, si la obediencia no os mandare, hermanas, otra cosa : procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es, no os dejará de enseñar, aunque no lo entendais, que

(1) Osculetur me osculo oris sui. Cant. I, v. 1.

(2) Conceptos del amor de Dios, cap. III.

si luego llevais el pensamiento á otra parte, y no haceis caso, ni teneis cuenta con quien está dentro de Vos, no os quejeis sino de Vos. Este pues es buen tiempo, para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oyamos, y besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros. Si esto habeis de pedir, mirando una imágen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la misma persona, por mirar el dibujo. No lo sería, si tuviésemos mucho un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese á ver, dejar de hablar con ella, y tener toda la conversacion con el retrato? Sabeis para cuándo es muy bueno y santísimo, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la misma persona, y quiere darnos á entender que lo está, con muchas sequedades, es gran regalo ver una imágen de quien con tanta razon amamos; á cada cabo que volviese los ojos la quería ver. En qué mejor cosa, ni mas gustosa á la vista la podemos emplear, que en quien tanto nos ama, y en quien tiene en sí todos los bienes? Desventurados de estos herejes, que han perdido por su culpa esta consolacion con otras (1)!

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XXXIV.

CAPITULO VII.

De la quietud y sosiego de un alma privilegiada y feliz.

Jesús. ¡Oh! quién pudiera dar á entender bien á V. S. la quietud y sosiego] con que se halla mi alma; porque de que ha de gozar á Dios, tiene ya tanta certidumbre, que le parece, que ya le ha dado la posesion, aunque no el gozo: como si uno hubiese dado una gran renta á otro con muy firmes escrituras, para que la gozara de aquí á cierto tiempo, y llevara los frutos; mas hasta entonces, no gozaba sino de la posesion, que ya le han dado, de que gozará esta renta; y con el agradecimiento que le queda, no la querria gozar, porque le parece no la ha merecido, sino servir, aunque sea padeciendo mucho; y aunque algunas veces parece, que de aquí á la fin del mundo seria poco para servir á quien le dió esta posesion; porque á la verdad, ya en esta parte no está sujeta á las miserias del mundo, como solía; porque aunque pasa más, no parece que es sinó como en la ropa: que el alma está como en un castillo con señorío, y así no pierde la paz. Aunque esta seguridad no quita gran temor de no ofender á Dios, y quitar todo lo que le puede impedir á no le servir, antes anda con más cuidado. Mas anda tan olvidada de su provecho, que le parece ha perdido en parte el ser, segun anda olvidada de sí. En esto todo va á la honra de Dios, y como haga más su voluntad, y sea glorificado (1).

(1) Carta IV, tomo II de las Cartas.

CAPITULO VIII.

Del Serafin armado con dardo de oro.

Quiso el Señor, que viese aquí algunas veces esta vision, veia un angel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver, sino por maravilla, aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos.... En esta vision quiso el Señor le viese así, no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me lo dicen, mas bien veo que en el cielo, hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no los sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada de amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan escesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay deseos que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aún harto. Es un requiebro tan suave, pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad la dé á gustar á quien pensare que miento (1).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXIX.

CAPITULO IX.

Se declaran visiones.

1. Estando un dia del glorioso San Pedro en oracion, ví cabe mí, ó sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo, ni del alma no ví nada, mas parecióme estaba junto cabe mi Cristo, y veía ser él el que me hablaba, á mi parecer. Yo como estaba ignorantísima de que podía haber semejante vision, dióme grande temor al principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra solo de asegurarme, quedaba como solía, quieta, y con regalo y sin ningun temor. Parecióme andar siempre al lado Jesucristo, y como no era vision i imaginaria, no veía en qué forma : mas estar siempre á mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, ó no estuviese muy divertida, podia ignorar que estaba cabe mí (1).

2. Despues de mucho tiempo, que el Señor me habia hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un dia en oracion, me hallé en un punto toda sin saber como, que me parecia estar metida en el infierno. Entendí que queria el Señor, que viese el lugar que los demonios allá me tenian aparejado, y yo merecido por mis pecados. Fllo fué en brevísimo espacio, mas aunque yo viviese muchos años, me

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXVII.

parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada á manera de un callejon muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo, y oscuro, y angosto : el suelo me parecia de una agua como lodo muy súcio, y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él : al cabo estaba una conca-vidad metida en una pared á manera de una alacena, á donde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista, en comparacion de lo que allí sentí (1).

3. Vime estando en Oracion en un gran campo á solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenian rodeada, todas me parece tenian armas en la manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas, y otras estoques muy largos. En fin, yo no podia salir por ninguna parte, sin que me pusiese á peligro de muerte, y sola sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta afliccion, que no sabia que me hacer, alcé los ojos al cielo, y ví á Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendia la mano hácia mí, y desde allí me favorecia, de manera que yo no temia toda la otra gente, ni ellos, aunque querian, me podian hacer daño. Parece sin fruto esta vision, y háme hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba; y poco despues me ví casi en aquella batería, y conocí ser aquella vision un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXII.

á la triste alma: dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro, que cuando no se cata se vé enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar mas amigos, y parientes, y lo que más me espanta, personas muy buenas. De todo me ví despues tan apretada, pensando ellos que hacian bien, que yo no sabia cómo me defender, ni qué hacer (1).

CAPÍTULO X.

Preséntase el Señor.—Representacion del Señor resucitado.—De Cristo nuestro Señor.

1. Viene á veces el Señor con tan grande Majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mesmo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fé. Representátese tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma, se vé consumir en Cristo. O Jesus mio, quién pudiese dar á entender la Majestad con que os mostrais. Y cuán Señor de todo el mundo, y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos, y cielos que vos criáredes, entiende el alma, segun con la Majestad que os representais, que no es nada para ser vos Señor dello (2).

2. Casi siempre se me representaba el Señor, así resucitado, y en la hostia lo mesmo: sino eran

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXIX.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXVIII.

algunas veces para esforzarme, si estaba en la tribulacion, que me mostraba las llagas, algunas veces en la Cruz, y en el Huerto, y con la corona de espinas, pocas, y llevando la Cruz tambien algunas veces, para, como digo, necesidades mias, y de otras personas; mas siempre la carne glorificada (1).

3. Estando una vez en las horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lados ni alto, ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veia claro, como en un espejo, y tambien este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpia todo en el mesmo Señor, por una comunicacion, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta vision de gran provecho, cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme á entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla, y quedar muy negro, y ansí no se puede representar, ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que escurecido. Es muy diferente el como se vé, á decirse, porque se puede mal dar á entender (2).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXIX.

2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XL.

CAPITULO XI.

Sobre las Revelaciones.

Que no se escriba cosa, que sea revelacion, ni se haga caso de ello; porque aunque es verdad, que muchas son verdaderas; pero tambien se sabe, que son muchas falsas y mentirosas; y es cosa recia andar sacando una verdad entre cien mentiras; y que es cosa peligrosa, y para ello me dió muchas razones.

La primera, que quanto más hay de este modo, más se desvian de la fé; la cual luz es más cierta, que cuantas revelaciones hay.

La segunda, que los hombres son muy amigos de esta manera de espíritu, y santifican facilmente el alma que las tiene; y es negar el órden, que Dios tiene puesto para la justificacion del alma, que es por medio de las virtudes, y el cumplimiento de su ley, y mandamientos.

Dice: Que V. P. ponga mucho en alejar esto, cuanto pudiere, porque importa mucho. Y que por la mayor parte somos las mujeres muy fáciles de dejarnos llevar de imaginaciones; y como falta la prudencia, y letras de los hombres, para poner las cosas en lo que son, tienen mayor peligro de esto.

Y por esto dice, que le pesará lean mucho sus Hijas sus libros, particularmente el grande, que trata de su vida; porque no piensen que está en aquellas revelaciones la perfeccion, y con esto las deseen, y procuren, pensando imitarla.

Por esta manera dió á entender muchas verdades, que lo que ella tiene, y goza, no se lo dieron por las revelaciones que tuvo, sino por las virtudes. Y que V. P. vá estragando el espíritu á sus Monjas, entendiendo les hace bien en darles lugar á esto. Y que es menester, aunque haya algunas que las tengan, y muy ciertas, y verdaderas, que se les des-haga, y haga que se repare poco en ellas, como cosa que vale poco, y que á veces impiden más que aprovechan. Y ha sido esto con tanta luz que me ha quitado el deseo que tenía de leer el libro de nuestra Santa Madre.

Esta presencia de nuestra Santa Madre advierte: Que en estas visiones imaginarias, sin que vayan juntamente con las intelectuales, puede haber más sutil engaño. Porque lo que se vé con los ojos interiores, tiene más fuerza que lo que se vé con los ojos del cuerpo. Y que, aunque nuestro Señor regala algunas veces á las almas de esta manera, para grandes provechos, es cosa peligrosísima, por la gran guerra que puede hacer el demonio á gente espiritual para cosas malas por este camino del espíritu, en especial cuando hay propiedad en ellas. Y que en esto habrá seguridad, cuando cree más á quien la rige, que á su propio espíritu. Y que el espíritu más subido es el que aparta de todo sentir sensual (1).

(1) Aviso IX, tomo 1 de las Cartas.

CAPÍTULO XII.

De las Apariciones.

1. Estando haciendo oracion en la Iglesia, antes que entrase en el Monasterio, estando así en arrobamiento, ví á Cristo, que con grande amor me pareció me recibia, y ponía una corona, y agradeciéndome lo que habia hecho por su Madre.

Otra vez estando todas en el Coro en oracion, despues de Completas, ví á nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecia ampararnos á todas: entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta casa (1).

2. Un dia de la Asuncion de la Reina de los Angeles, y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al Cielo, y el alegría, y solemnidad con que fué recibida, y el lugar á donde está. Decir como fué esto, yo no sabria. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes efetos, y aprovechéme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme grande deseo de servir á esta Señora, pues tanto mereció (2).

(1) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXVI.

(2) *Vida de Santa Teresa*, cap. XXXIX.

CAPITULO XIII.

Todo bien nos viene de Dios.

O Señor mio! Cuando pienso por qué de maneras padecistes, y cómo por ninguna lo merecíades, no sé qué me diga de mí, ni dónde tuve el seso, cuando no deseaba padecer, ni á donde estoy cuando me disculpo. Sabeis Vos, Bien mio, que si tengo algun bien, que no es dado por otras manos, sino por las vuestras. Pues qué os va más, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecia las mercedes que me habeis hecho. Es posible que yo he de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de Vos, que sois bien sobre todos los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mio, ni querría yo que sufriéredes Vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente á vuestros ojos. Pues mira, Señor, que los míos están ciegos, y se contentan de muy poco, dadme Vos luz, y haced con verdad yo desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado á Vos, amándome con tanta fidelidad. Qué es esto, mi Dios? Qué pensamos sacar de contentar á las criaturas? Qué nos vá en ser muy culpadas de todas ellas, si delante de Vos, Señor, estamos sin culpa?

O hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y así nunca acabaremos de estar en la cumbre de la perfeccion, si mucho no lo andamos considerando, y pensando, qué es lo que

es, y qué es lo que no es! Pues cuando no hubiese otra ganancia, sino la confusion que le quedará á la persona que os hubiese culpado, de ver que Vos sin ella os dejais condenar, es grandísima. Más levanta una cosa de estas á las veces el alma, que diez sermones. Pues todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras, pues el Apóstol y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos de palabras. Nunca penseis que ha de estar secreto el mal ó el bien que hiciéredes, por encerradas que esteis. ¿Y pensais, hijas, que aunque vosotras no os disculpeis, ha de faltar quien torne por vosotras? Mirad cómo respondió el Señor por la Magdalena en casa del fariseo, y cuando su hermana la culpaba. No os llevará por el rigor que á sí, que ya al tiempo que tuvo un ladron que tornase por él, estaba en la Cruz. Así que Su Majestad moverá á quien torne por vosotras, y cuando no, no será menester (1).

CAPITULO XIV.

De la admirable vision de la Santísima Trinidad.

Jesús un dia despues de San Mateo, estando como suelo, despues que ví la vision de la Santísima Trinidad, y cómo está con el alma que está en gracia, se me dió á entender muy claramente, de manera, que por ciertas maneras y comparaciones, por vision imaginaria lo ví. Y aunque otras veces

(1) *Camino de perfeccion*, cap. XV.

se me ha dado á entender por vision la Santísima Trinidad intelectualmente, no me quedaba despues de algunos dias la verdad, como ahora, digo para poderlo pensar. Y ahora veo, que de la misma manera lo he oido á letrados, y no lo entendia, como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creia, porque no he tenido tentaciones de la fé.

A las que somos ignorantes, parécenos que las personas de la Santísima Trinidad todas tres están, como lo vemos pintado, en una persona; á manera de como cuando se pinta en un cuerpo con tres rostros: y así nos espanta tanto, que parece cosa imposible, y que no hay quien ose pensar en ello; porque el entendimiento se embaraza, y teme no quede dudoso de esta verdad, y quita una gran ganancia.

Lo que á mí se me representó, son tres personas distintas, que cada una se puede mirar, y hablar por sí. Y despues he pensado, que sólo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas personas se aman, y comunican, y se conocen. Pues si cada una es por sí, cómo decimos que todas tres es una esencia, y lo creemos, y es muy grande verdad, y por ella moriria mil muertes? En todas tres personas, no hay más que un querer, y un poder, y un señorío. De manera, que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de todas cuantas criaturas hay, es solo un criador. Podría el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mesmo el Espíritu Santo, así que es un solo Dios Todopoderoso, y todas tres perso-

nas una Majestad. Podría uno amar al Padre, sin querer al Hijo, y al Espíritu-Santo? No, sino quien contentáre á la una de estas tres personas, contenta á todas tres; y quien la ofendiere, lo mesmo. Podrá el Padre estar sin el Hijo, y sin el Espíritu-Santo? No, porque es una esencia, y donde está el uno, están todas tres, que no se pueden dividir. ¿Pues cómo vemos que están divisas tres personas, y cómo tomó carne humana el Hijo, y no el Padre, ni el Espíritu-Santo? Eso no lo entendí yo, los teólogos lo saben. Bien sé yo, que en aquella obra tan maravillosa, que estaban todas tres, y no me ocupó pensar mucho en esto: luego se concluye mi pensamiento con ver, que es Dios Todopoderoso, y como lo quiso, lo pudo, y así podrá todo lo que quisiere, y mientras ménos lo entiendo, más lo creo, y me hace mayor devocion. Sea por siempre bendito.

Despues añade la Santa de su letra estas palabras: ¿De qué te aflijas, pecadorcilla? ¿No soy yo tu Dios? ¿No ves cuán mal allí soy tratado? ¿Si me amas, por qué no te dueles de mí (1)?

(1) Carta XIII, tomo II de las Cartas.

ÍNDICE.

	Págs.
PRÓLOGO.....	5
LIBRO PRIMERO.	
CAPÍTULO I.—Del gran amor al Señor.—Ama el Señor á quien le ama.....	13
II.—Del amor y temor de Dios.....	14
III.—Del amor de Dios y del prójimo.—¿Qué nos impide muchas veces el perdonar?	17
IV.—De los bienes que hay en el cielo.—Qué dones da el Señor á los que ama.....	19
V.—Plática de Dios con el alma.—Manera de entenderse Dios y el alma.....	21
VI.—Del estado del alma.—Descansa el alma gozando de Dios.....	22
VII.—Desprendimiento que hemos de tener.—Que no es nada lo que dejamos por Dios.....	25
VIII.—De las mercedes que nos hace el Señor con suma bondad.....	26
IX.—El Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen.—Nuestra nada en presencia de Dios..	29
X.—Invocacion al Señor, y palabras de gran consuelo.—Con Dios ó por Dios.....	31
XI.—Larga es la vida para el alma que se desea ver en la presencia de Dios.	33
XII.—Todo mi bien, Dios mio, está en contentaros.....	34
XIII.—Quién más amigo de dar que el Señor.—Se halla la suma perfeccion en estar nuestra voluntad conforme con la de Dios.....	38
XIV.—Bien que se recibe en los trabajos.—De los trabajos.—Dios á quien ama, da trabajos.....	40

XV.—Que por ser tan aceptada á Dios fué conveniente la probase la tribulacion.—A mayores trabajos corresponde más gloria.	41
XVI.—De las fundaciones.	42
XVII.—De los Monasterios.	44
XVIII.—De los confesores.	48
XIX.—San José.—San Agustín.	51
XX.—Concierto en todo.—Dios es buen pagador.	52
XXI.—Pasa la figura de este mundo.—Ejemplar resolucion.—Cruz y más cruz.	54
XXII.—Sentimiento por la persecucion de sus hijos.—Segun los dolores de mi corazon tus consolaciones alegraron mi alma. .	55
XXIII.—A mucho obliga la necesidad.—Dificultad de componer la virtud con el interés.—Confianza en nuestro Soberano Padre.	56
XXIV.—Poder de la nobleza virtuosa.—El Señor mide el padecer conforme á las fuerzas.—Buscar á Dios en sus principios.	56
XXV.—De la Compañía de Jesús.—Para sacar fruto de las persecuciones.	58
XXVI.—Cartas de pésame á personas afligidas.	59
XXVII.—Del agua bendita.	62
XXVIII.—Reglas admirables de conducta y máximas divinas.	62

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.—De la humildad.	65
II.—Rasgo de grandísima humildad.—Seamos humildes y no soberbios.	67
III.—De la humildad y mortificacion.—Del amor y humildad.	68
IV.—Qu' énes deben llevar la bandera de la humildad.—Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad.	70
V.—De las almas bienaventuradas.	72
VI.—De la hermosura y dignidad de nuestras almas.—Vuelo que desea tomar el alma.	74
VII.—De las almas que no tienen oracion.—Al-	

ma en gracia, y alma en pecado.....	76
VIII.—De las almas que están en pecado mortal, y fuerza que tienen las palabras de la consagracion.....	78
IX.—De los deseos del bien de las almas.—Silvo suave del Divino Pastor.....	80
X.—De los llamamientos del Señor.—De la brevedad y miseria de la vida.....	82
XI.—En qué está el merecer.—Qué es lo que causa fatiga.....	84
XII.—No es posible agradar á la vez al mundo y á Dios.—Desemejanza de este mundo al otro.....	86
XIII.—Leccion espiritual á un Prelado de la Iglesia.....	88
XIV.—De los pecados y conocimiento propio.—Santa locura celestial.....	96
XV.—De cuán engañosos son honra y dinero..	98
XVI.—Trata de los deleites, y aduce una bella comparacion.....	99
XVII.—De la diferencia de amigos y de Señores.	100
XVIII.—Sean los padres para sus hijos modelos de virtud, y espejo donde se miren.—De las compañías.....	101
XIX.—De las mercedes de Dios.....	102
XX.—Encomendar á Dios todos nuestros negocios.—De la doctrina de la Cruz.—Conserva el Señor en los buenos propósitos.	103
XXI.—De un vivo deseo del martirio.....	105
XXII.—Piadosas exclamaciones á Dios.....	106
XXIII.—De las armas y blasones de Nuestro Señor Jesucristo.....	110
XXIV.—Que los trabajos son el mejor y más sabroso sustento para el alma.—Alienta en sus trabajos con la memoria de los de Cristo.—Las cosas temporales á vista de las eternas, pierden su precio y estimacion.....	111

LIBRO TERCERO.

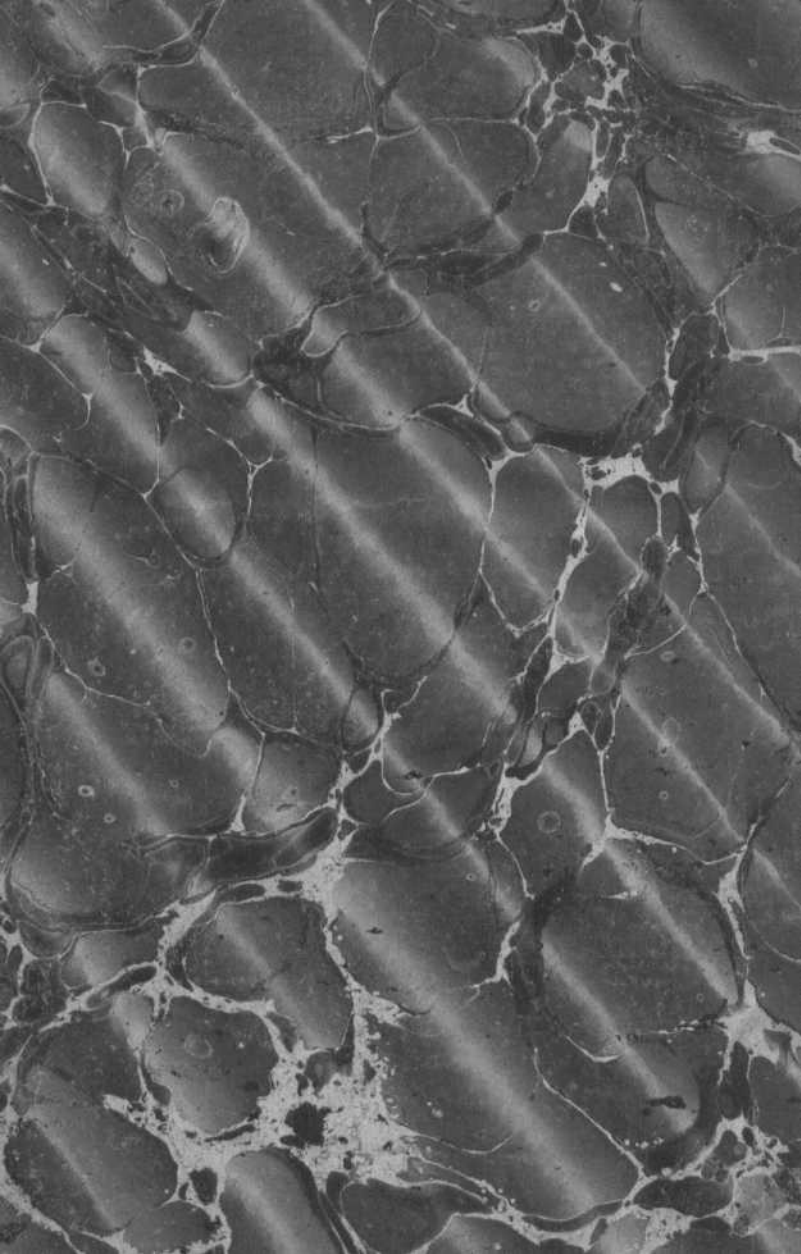
CAPÍTULO I.—De la oracion.....	115
II.—Qué es oracion de quietud y de union.....	119

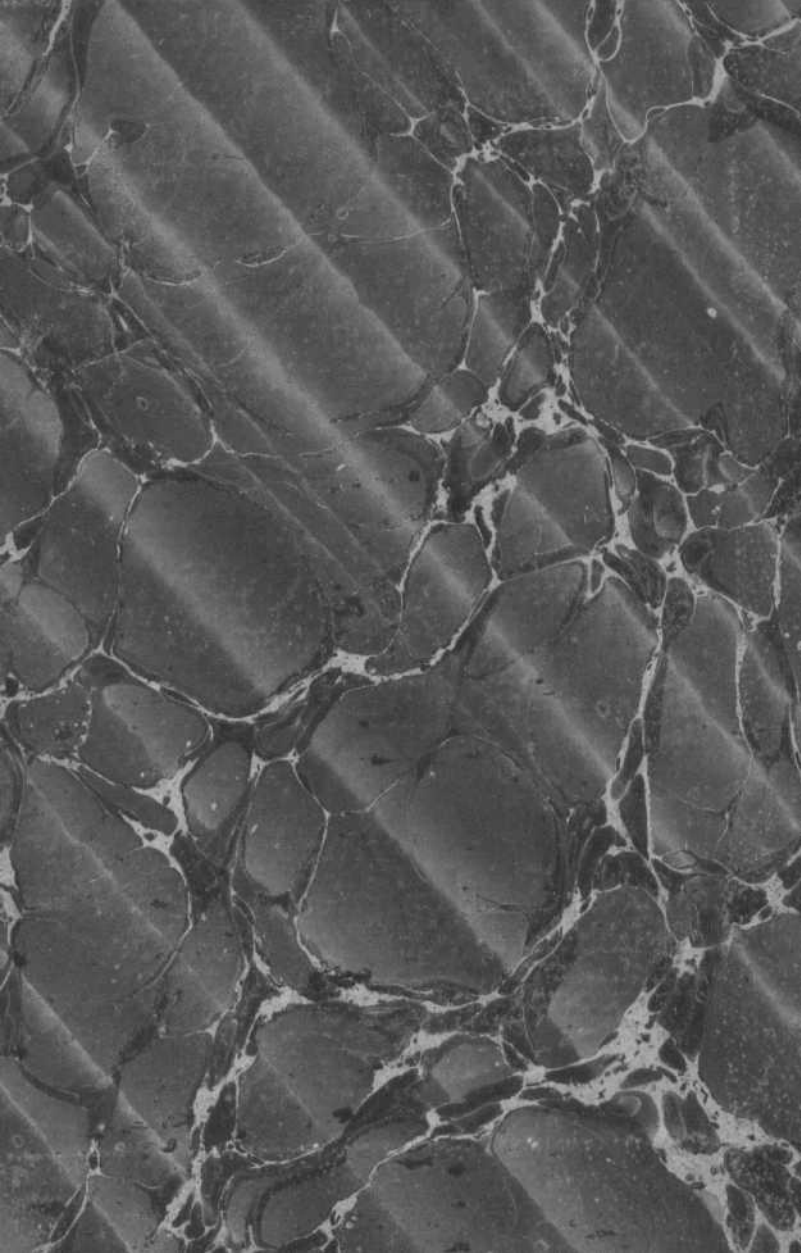
III.—Qué es oracion mental.....	121
IV.—Locuciones de Dios en la oracion.....	126
V.—Del Padre nuestro.....	136
VI.—Hágase tu voluntad.....	140
VII.—El pan nuestro de cada día dánosle hoy.	141
VIII.—Libranos, Señor, de todo mal.....	142
IX.—Gran determinacion á tener oracion.—De la oracion más acepta.....	144
X.—Discurso celestial sobre la oracion.....	146
XI.—Arrobamientos.....	157
XII.—Qué es oracion de recogimiento.—Cuándo levanta Dios el alma con un vuelo del espíritu.....	158
XIII.—Del modo de proceder en la oracion....	161

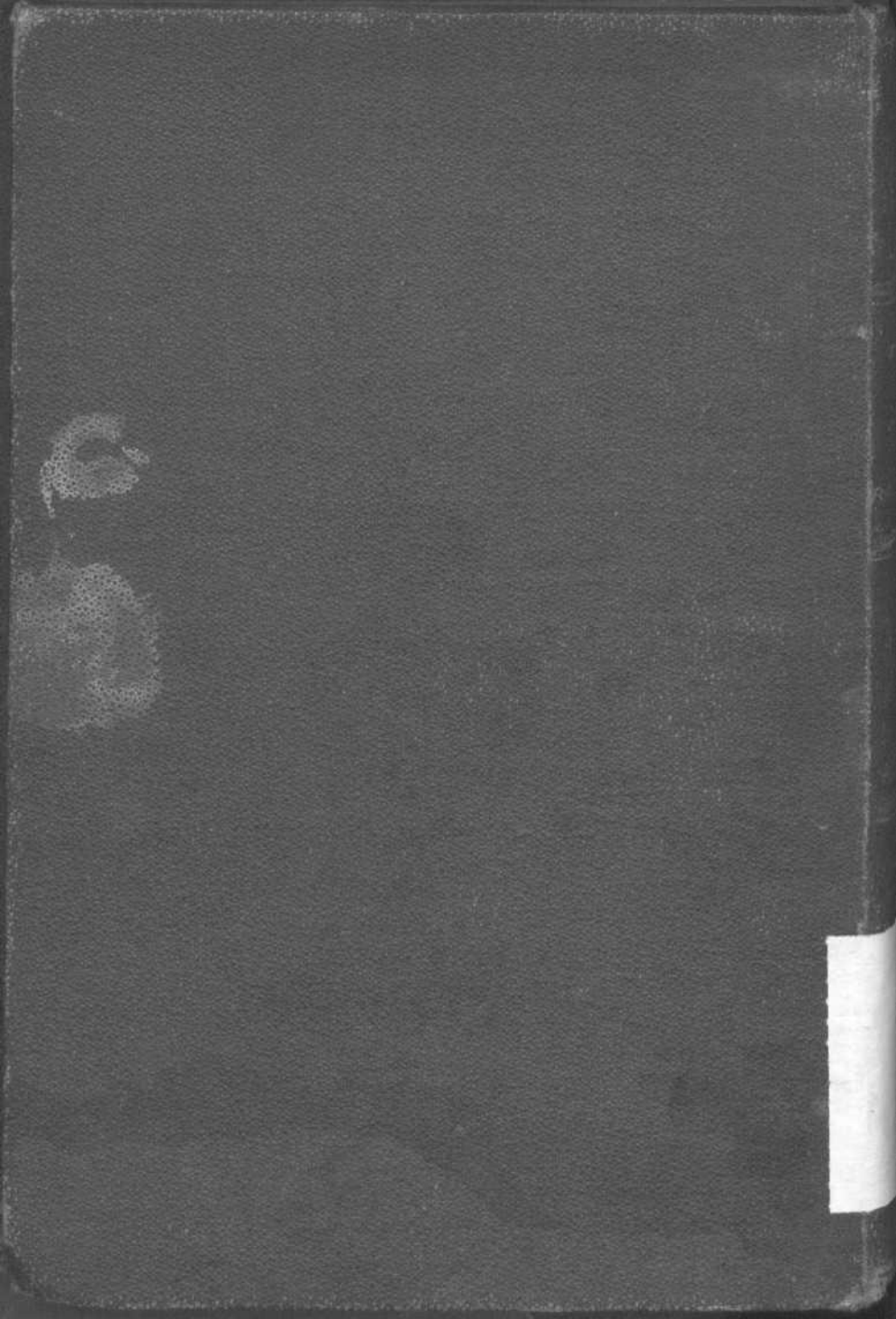
LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO I.—Libro verdadero á donde he visto las verdades.....	172
II.—Del Medianero entre el alma y Dios.....	174
III.—Dios, uno en esencia, y trino en personas.	175
IV.—Del Divino Pastor.....	175
V.—De cómo debemos acercarnos al Santísimo Sacramento.....	177
VI.—Después de haber recibido al Santísimo Sacramento.....	178
VII.—De la quietud y sosiego de un alma pri- vilegiada y feliz.....	180
VIII.—Del Serafin armado con dardo de oro...	181
IX.—Se declaran visiones.....	182
X.—Preséntase el Señor.—Representacion del Señor resucitado.—De Cristo nuestro Señor.....	184
XI.—Sobre las revelaciones.....	186
XII.—De las apariciones.....	188
XIII.—Todo bien nos viene de Dios.....	189
XIV.—De la admirable vision de la Santísima Trinidad.....	190

Her-
Za







G 295551